

International BestSeller

Un libro de la colección

*Dina  
Drake*



*La frontera del*  
**PERDON**

Un libro de  
Dina Drake

# La Frontera del Perdón

Basado en hechos reales

2024

MailBox 048132

.24 X 19 cm – 567844 | 58679FT367

567 M | ER2 / 467N4N356K7

Tutti i diritti riservati.

È vietata la riproduzione totale o parziale di quest'opera, in qualsiasi forma, senza il permesso degli editori.

Edizione digitale

Para proteger la privacidad y seguridad de las personas involucradas, se han modificado los nombres de los personajes y lugares. Si bien esta historia se basa en hechos reales, algunos eventos han sido dramatizados o modificados con fines narrativos.

Nuestra intención es presentar una obra de ficción inspirada en la realidad, sin pretender representar con completa exactitud todos los detalles de los eventos originales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

# PROLOGO

La relación de Casey y Logan, que alguna vez estuvo impregnada de amor y complicidad, se había desintegrado hasta convertirse en un amargo desenlace de resentimientos y acusaciones. La traición de Logan, su infidelidad y sus intentos desesperados por enmendar su error a través de engaños, habían minado la confianza y el vínculo que alguna vez compartieron.

Pasaron dos años y la única conexión que persistía entre ellos era su hija Maddison, el fruto de un pasado que ya no podían cambiar. Para Casey, Maddison se convirtió en el único puente hacia Logan, pero era también el único lazo que estaba dispuesta a mantener con él. Desde que Allan había entrado en su vida, Casey había trazado una línea firme, determinada a mantener a Logan a una distancia segura, reservando solo un lugar en la vida de su hija.

Sin embargo, en su determinación por proteger su propia paz y la estabilidad de su familia reconstruida, Casey nunca había contemplado la posibilidad de que Logan pudiera tener una visión diferente de las cosas. Esta falta de consideración hacia los sentimientos y la perspectiva de Logan la dejó vulnerable ante cualquier cambio repentino en la situación, sin estar preparada para las consecuencias imprevistas que podrían surgir.

# CAPÍTULO 1

Inglaterra, 1990

Casey se sirvió una segunda taza de café y trató de no darse por enterada del ceño de su hija, que estaba sentada al otro lado de la mesa de pino de la cocina. El cartero acababa de irse y Casey estaba revisando la correspondencia. Al sacar el recibo de la luz abrió los ojos de par en par y se propuso pedirle a Maddison que procurara no utilizar tan a menudo los aparatos eléctricos y la calefacción.

Su hija veía como algo perfectamente natural poner todos los aparatos en funcionamiento en cuanto llegaba de la escuela. Cada vez que Casey entraba en su habitación, encontraba el televisor encendido.

— ¿No vas a casarte con él, verdad mamá?

Maddison abandonaba al fin el hosco silencio que había mantenido durante el desayuno. Colocó los codos sobre la mesa y miró suplicante a su madre.

— ¿No se te está haciendo tarde? — respondió Casey poco dispuesta a empezar otra discusión — . Oh, y acuérdate de sacar las zapatillas del baño. Menos mal que no están llenas de barro. La última vez que corriste...

— ¡Mamá! No hablemos de eso, ahora — hizo una pausa — . Si piensas casarte con el señor Hayes, ¿no crees que deberías pedir opinión? Yo no quiero vivir en ese viejo y deprimente lugar. Me gusta vivir aquí, en nuestra casa.

— Lo sé — Casey suspiró — , pero desgraciadamente no siempre podemos hacer lo que queremos. Además, esta casa es demasiado grande para nosotras dos. Maddison, y es obvio que Allan no puede venir a vivir aquí con nosotras.

— ¿Por qué?

— Tú sabes por qué. Green Hill no es sólo la casa de Allan. Es la granja en la que trabaja. Además, esta casa pertenece a tu padre y no creo que viera con buenos ojos que otro hombre viviera aquí.

— ¿Ya le has contado a papá lo que vas a hacer?

— No.

Casey se preguntó si Maddison habría mencionado a Allan en su última entrevista con su padre.

— ¿Por qué no?

Casey evitó hacer comentarios de los que después pudiera arrepentirse y se volvió hacia su hija.

— Maddison, no podemos hablar de eso ahora. Te sugiero que te laves los dientes y vayas a buscar tu mochila. El autobús está a punto de llegar y supongo que no querrás perderlo.

— No me importa — murmuró.

No hizo el menor intento por obedecer. A los casi nueve años de edad, empezaba a mostrar un carácter marcadamente independiente.

— Prepárate ahora mismo — le ordenó.

Maddison obedeció al oír el tono de su madre.

Era obvio que le llevaría algún tiempo convencerla de que mudarse a Green Hill sería lo mejor para todos. Maddison todavía necesitaba un padre, y Allan era el candidato ideal para el puesto. Al recordar al padre de Maddison, Casey recordó también la difícil tarea que tenía para ese día: llamar a Logan; decirle lo que pensaba hacer y pedirle el divorcio.

Maddison volvió con el uniforme de la escuela, ya puesto. También llevaba la mochila.

— ¿Lista? — Casey trató de dar un tono optimista a su voz.

Maddison no tenía humor para responder de la misma manera.

— Por si te importa — murmuró, y buscó en sus bolsillos, los guantes que su madre le había llevado de Londres en su último viaje — . La señorita Adrienne me pidió que te diera esto — añadió y sacó una nota donde la escuela solicitaba ayudantes para un evento de caridad — . Como ayudaste el año pasado, pensó que quizá querías hacerlo también este. Le dije que probablemente estarías muy ocupada, con lo del señor Hayes y todo eso, pero la señorita Adrienne me pidió que te lo dijera de cualquier manera.

Casey apretó los labios. No creía que Maddison hubiera hablado de Allan Hayes con su maestra. De hecho, al igual que todo lo referente a su padre, Maddison prefería enterrar la cabeza en la arena y esperar a que el problema desapareciera. Sólo trataba de provocar a su madre. Ese era su juego.

— ¿Oh? ¿Y qué dijo la señorita Adrienne a eso? — le preguntó, y vio cómo su hija se sonrojaba.

— No me acuerdo — murmuró Maddison, de mal humor. Salió al vestíbulo y se asomó por la ventana — . Ya ha llegado el autobús, y debo irme.

Casey besó a su hija y la observó salir de la casa y abordar el autobús amarillo que la llevaría a la escuela de Gloucester. Aunque en el pueblo de al lado había una escuela, había sido idea de Logan enviar a Maddison a Trung Academy, y como era él el que pagaba, Casey no tenía nada que objetar.

Maddison estaba feliz en Trung, aunque le resultaría difícil ir hasta allí cuando se mudaran a Green Hill. Cerró la puerta y miró el acogedor vestíbulo de la casa. Tenía paneles de madera de roble; vigas en el techo y una chimenea en un rincón. Eso fue lo primero que le había gustado de la casa, siete años atrás. E incluso después de todo lo sucedido, Casey sabía que echaría mucho de menos el lugar cuando se mudaran. Era una casa cómoda y espaciosa para la gran familia con la que soñaban cuando habían ido a vivir allí.

Pero era absurdo ponerse sentimental. Secó los pocos platos que ella y su hija habían utilizado durante el desayuno, y después subió a su habitación para maquillarse un poco. No solía maquillarse mucho. Sólo un toque de sombra en los párpados y otro de colorete en las mejillas; y en los labios un poquito de lápiz labial en tono ambarino, que iba muy bien con el pelo castaño rojizo.

Al final de la escalera estaba la puerta de la buhardilla. La habitación tenía el techo

parcialmente inclinado y una amplia ventana saliente. Casey entró en la habitación que hasta hacía poco tiempo había sido el estudio de Logan. Cuando él se había llevado su escritorio, ella había puesto una mesa de trabajo. En aquella época pretendía usar el estudio como cuarto de costura, pero nunca lo había hecho. A pesar del cambio de muebles, seguía siendo el mismo cuarto en el que Logan trabajaba cuando vivía con ellas.

Le iba a resultar muy difícil dejar aquella casa. Logan siempre había insistido en que viviera allí después de su separación, pero la casa era de él.

Unos trémulos rayos de sol iluminaron la calle cuando Casey salió de casa para dirigirse al garaje. Aquella primavera estaba siendo muy lluviosa. Los narcisos estaban empapados. Aquel fin de semana haría un esfuerzo para podar los rosales, pensó al verlos. También tendría que limpiar el invernadero si quería que crecieran tomates decentes ese año, aunque posiblemente no estaría allí aquel invierno, se recordó. Allan había sugerido que se mudaran a una de las casas cercanas a la granja, mientras esperaban el fallo de su divorcio.

Decía que era lo más sensato, pues tardaba cerca de veinte minutos en llegar a Norton, donde ella vivía, y otros veinte en volver a la granja. «¡Sólo pienso en todo el combustible que ahorraría!», le había explicado; pero como después le había sonreído y guiñado un ojo, ella no sabía en realidad si lo había dicho en serio o no.

De cualquier manera, mudarse hasta allí tenía otras ventajas, entre ellas el hecho de que no tendría el gasto de mantenimiento de la casa, que era una parte considerable de su salario. Podría pedirle a Logan que le aumentara la pensión que recibía para el mantenimiento de Maddison, la cual, reconocía, era muy generosa, pero era demasiado orgullosa para hacerlo. Incluso, si ella pudiera, sostendría sola a Maddison, pero no era justo permitir que esta sufriera sólo porque su madre tuviera ansias de independencia.

Después de todo, Logan había sido el que había traicionado a su familia; el que había destruido su hogar. Hasta ese momento ellas tenían la casa y justo lo suficiente para vivir. Si Logan sentía algo por el cambio de circunstancias, seguramente sería alivio. Al fin y al cabo sería una ventaja para él librarse de las ataduras de un matrimonio.

Mientras pasaba las señales que marcaban los límites de Richwood, Casey pensó que sería poco probable que Logan lo viera de esa manera. Era un hombre muy posesivo y Casey dudaba que aceptara de buen grado que otro hombre tomara su lugar en la vida de su exmujer y su hija. Logan no se había opuesto cuando Casey le había pedido la custodia de Maddison y había dejado que ella fuera la que decidiera, lo que le parecía más apropiado respecto a las visitas a la niña, a las que él tenía derecho.

Pero todo eso había sucedido dos años atrás, cuando no existía ningún hombre en la vida de Casey, ¿cómo reaccionaría Logan al saber que Allan había entrado en sus vidas? Casey dudaba que aplaudiera el lecho de que la vida de Maddison volviera a sufrir un cambio. Pero ella no tenía la culpa, se dio Casey mientras giraba para entrar en la villa. Norton era la casa que habían elegido Logan y ella para vivir.

Casey recordó con tristeza la búsqueda de la casa de sus sueños. Cuando la habían encontrado, habían determinado su destino, aunque no de la forma que imaginaban. Habían sido felices al principio. Su vida era tranquila a pesar de la arriesgada empresa de comprar una casa, pues no siempre tenían dinero para pagar la hipoteca. Pero su

vida era muy diferente de la que llevaban en el apartamento de Londres. Tenían un jardín para que Maddison jugara, mucho espacio para que ella trabajara sin ser molestada y para que su familia heredara. ¿Habrían sido diferentes las cosas si ella hubiera tenido otro hijo? ¿Habría entrado en sus vidas Cassandra Knight, si Casey no hubiera decidido volver a trabajar?

No lo había hecho porque necesitaran el dinero, ya que pronto Logan había recibido su primer adelanto por novela, *La Guerra de las Lombrices*. Su agente hablaba de numerosas ventas en el extranjero y el pago de los derechos sobre la película, y Logan trabajaba con ahínco para completar su segundo manuscrito. Casey se preguntaba a veces si el éxito de Logan habría tenido que ver en que ella se sintiera poco realizada. Si su primera novela política no hubiera tenido tanta aceptación, ¿habría ella analizado sus propios fracasos? Casey no envidiaba a Logan, pero sí se había sentido inferior. Sentimiento que nunca había experimentado cuando él era periodista y trabajaba para un diario nacional, y ella acababa de salir de la Escuela de Arte.

Pero era inútil barajar hipótesis. También había supuesto una enorme frustración para ella abortar por segunda vez. Según aseguraba el doctor, no existía ninguna razón aparente para ello, y le había sugerido que esperara unos meses y lo intentara de nuevo, pero Casey se había negado; tenía demasiado miedo a sufrir un nuevo fracaso. Cuando Logan había intentado persuadir, ella lo había acusado de no tener sentimientos, y cuando ella le había dicho que deseaba encontrar un empleo, Logan la había acusado de estar celosa de su triunfo.

En aquel momento, se había abierto una profunda grieta en su matrimonio. Después había entrado en escena Cassandra Knight. Logan no podía cuidar a Maddison cuando Casey estaba en el trabajo, así que habían buscado una mujer que lo hiciera. Cassandra había contestado el anuncio que habían puesto en el periódico. Trabajaba para una familia de Gloucester que iba a cambiar de ciudad y como ella quería quedarse en el distrito, podía hacerse cargo de la niña de inmediato. Casey apretó los labios, debería haberse imaginado lo que iba a ocurrir. Cassandra era más joven y más bonita que ella y desde el principio había sido obvia la admiración que sentía por Logan.

Sin embargo, como era buena con Maddison, Casey no había querido ver lo que estaba sucediendo delante de sus narices. No quería creer que Logan pudiera estar engañándola con Cassandra, hasta que, una mañana, había llegado a casa inesperadamente y los había encontrado en «circunstancias comprometedoras». Casey se había sentido tan mal, que había vomitado en el suelo del baño.

Su humillación había sido completa cuando el mismo Logan, cubriendo su desnudez con una toalla, la había limpiado y la había conducido hasta su habitación para que se acostara un rato. Por supuesto, Logan había tratado de hablar con ella; de explicarle que si Cassandra estaba embarazada, como afirmaba, eso no tenía nada que ver con él. Logan culpó a Cassandra y Casey a él. Logan gritó que no era lo que ella pensaba, y se puso furioso cuando Casey se negó a escucharlo; Logan también le dijo que si hubiera decidido tener una aventura, la cual, según él, nunca había tenido, ella habría sido la única culpable.

Eso le había recordado que hacía meses que no hacían el amor. Como temía volver a quedar embarazada, Casey no estaba dispuesta a arriesgarse. La sugerencia de Logan

de que le dejara tomar las precauciones a él había encontrado una llorosa negativa por parte de Casey. En su tristeza, Casey insistía en que se mantuviera a distancia, y con el tiempo había llegado a reconocer que ella era en parte culpable de que él hubiera encontrado consuelo en otra mujer.

Logan se había ido a casa la siguiente semana. Casey no lo había sabido hasta más tarde. Su hija y ella, con algunas de sus pertenencias, habían salido para Londres esa misma tarde y habían pasado las dos siguientes semanas con la madre de Casey, en Kensington.

Casey había aprovechado el tiempo para pensar y planear el futuro, y cuando habían vuelto a Richwood, ya estaba segura de lo que quería hacer. Sin embargo, no esperaba que Logan se hubiera ido de allí. Después de todo la casa era suya. Además, a ella le resultaría imposible mantenerla con el salario que percibía por trabajar con el señor Hughes, el anticuario de la localidad.

Maddison echaría la casa de menos, era cierto, pero no quedaba otra opción que venderla. Sin embargo, Logan había sido inflexible. Después de recibir una carta de los abogados de Casey en la que le exponían la situación como Casey la veía, Logan había llegado a Richwood una fría tarde de noviembre, y les había dicho que si ella optaba por impedirle tomar decisiones sobre la vida de la niña, se opondría a que obtuviera la custodia de ella y que Casey debía permanecer con la niña en Richwood, en aquella casa, para que su vida sufriera los menores cambios posibles.

Casey pensaba que quizá Logan no quería tener las responsabilidades de una niña de siete años. Él era un hombre libre, con dinero, cuya reputación como escritor e historiador crecía a pasos agigantados. Casey no entendía por qué él no aceptaba el divorcio. En su lugar, ella sí lo habría querido. Pero quizá hasta le convenía también tener una esposa y una hija lejos.

En algunos artículos que había leído sobre él, mencionaban a varias mujeres, pero nunca se hablaba de Cassandra Knight. Al parecer había perdido pronto el interés en ella. Nunca se había dicho nada, tampoco, del hijo que Cassandra presumiblemente tenía. Quizá lo había dado en adopción; o quizá Logan los mantenía a él y a Cassandra en otro lugar. Casey no quería saberlo. Aquel período de su vida había terminado.

Casey se preguntaba algunas veces lo que Maddison realmente pensaría de su separación. Lo que ella le había explicado era que sus padres necesitaban más tiempo para ellos mismos. Aquella explicación había sido suficiente cuando Maddison era más pequeña, pero últimamente la niña empezaba a preguntar las razones por las que vivían separados; las preguntas eran más frecuentes desde que Allan Hayes había entrado en sus vidas. Maddison no disimulaba su antipatía por el fornido granjero e incluso había llegado a preguntar por qué si su madre necesitaba la compañía de un hombre, no le pedía a su padre que volviera a vivir con ellas.

A veces, Casey deseaba que Maddison hubiera sido mayor cuando Logan y ella se habían separado. Habría sido más fácil, que tratar el asunto con eufemismos y medias verdades. Eso le recordó que debía decirle a Logan lo que planeaba hacer. Era posible que Maddison le hubiera preparado el terreno. Después de todo, Allan salía con ella desde hacía bastante tiempo y Maddison pasaba un fin de semana cada mes con su padre. El arreglo había sido propuesto por Logan. Un fin de semana, al mes, y con mayor frecuencia durante las vacaciones escolares, llegaba un coche a buscar a

Maddison y la llevaba hasta la lujosa casa de Logan, en Stone Square, donde una niñera uniformada la atendía y la mantenía alejada de él, cuando Logan tenía invitados. A menudo, Logan participaba en diversos encuentros literarios. Casey lo sabía, porque todavía recortaba los artículos que encontraba sobre él en periódicos o revistas. Se decía que sólo lo hacía por Maddison, pero lo que en realidad pasaba era que ella sentía un orgullo inevitable cada vez que veía su nombre impreso. Después de todo, ella había sido consciente de su talento, incluso antes que él mismo, y había sido idea suya que renunciara a su empleo y se dedicara a escribir.

Estaba tan absorta en sus pensamientos, que estuvo a punto de pasar de largo la pequeña tienda de antigüedades en la que trabajaba, cuya entrada principal estaba en Old Street. El señor Hughes, como siempre, se aseguraba de tener artículos, poco comunes en el escaparate, para llamar la atención de los posibles clientes.

En ese momento, por ejemplo, tenía una mesa de tres patas del siglo dieciocho, que era todo su orgullo, y sobre la superficie de caoba de ésta, un reloj chino de oro. Como le encantaba combinar diferentes cosas, tenía colocadas a un lado de la mesa un par de sillas, aunque para un ojo experto era obvio que las sillas no eran del mismo estilo que la mesa. Casey sabía que un ojo experto valía más que una docena de libros de arte, y había sido esa capacidad suya la que había convencido al señor Hughes para contratarla.

Casey aparcó el coche en el patio posterior de la tienda y caminó hasta la entrada principal. El señor Webster, que restauraba muchos de los muebles que el señor Hughes adquiría, estaba trabajando en el taller que estaba dentro de la misma tienda. Se trataba de un individuo alegre que siempre tenía una sonrisa y una palabra amable para Casey, y ese día no fue la excepción.

— Ya viene la primavera — anunció, con firme convicción — . ¿Entonces, por qué tiene ese aspecto tan triste? ¿Se anda quejando ese cascarrabias otra vez?

— Oh, no — Casey sonrió — , y usted no debería decir esas cosas, señor Webster, ¿quiere que me echen?

— ¿Echarla a usted? No se desharía nunca de usted. Es demasiado valiosa para él, Casey. Conoce bien su trabajo, ¿no se lo he dicho siempre?

— Usted tiene mucha labia — replicó Casey, secamente. Admiró el acabado que el señor Webster le estaba dando un cofre — , ¿Es este el cofre, estilo Reina Anne, que Mack encontró en Wester? Es precioso y usted ha hecho un magnífico trabajo.

— Ah, por fin es la de siempre, Casey.

La voz de su jefe, que se acercaba, puso fin a su charla con el señor Webster. Casey siguió al señor Hughes por el pasillo lleno de mercancías que conducía a la tienda. Casey reflexionó, no por primera vez, que cualquier inspector de incendios que examinara el lugar probablemente lo cerraría.

Casey amaba su trabajo, y durante los cinco años que llevaba con el señor Mack Hughes había demostrado su valía, por lo cual sabía que este no vería con buenos ojos sus planes de casarse otra vez. A Mack le gustaba sentir que contaba con su total atención. Casey se preguntaba si debería hablarle a su jefe de sus planes, antes de que los rumores llegaran a sus oídos.

El señor Hughes le dijo:

— Debo salir. Acabo de oír que hay un juego de estatuillas, entre todos esos trastos que subastan en Pionner, y quiero llegar allí y echar un vistazo, antes de que Stanley Miller les ponga las manos encima. ¿Puede arreglárselas sola? Quizá tenga tiempo de desembalar esa caja de cristalería, y también ver si hay algún problema en las figuras que Carter nos envió.

Casey titubeó.

— Bueno — quizá no fuera ese el momento más propicio para hablar de sus planes — . Quisiera decirle algo...

— Más tarde, Casey.

Su jefe consultó el reloj que guardaba en el bolsillo de su chaleco. Mentalmente, calculó el tiempo que tardaría en llegar a Pionner Court, y se cercioró de si llevaba la chequera y el catálogo.

— De acuerdo.

Casey decidió no forzar las cosas. No podía garantizar que no lo entretendría, y no tenía ganas de servir de pretexto para que no adquiriera ninguna de las estatuillas.

Él se encaminó hacia la salida.

Cuando el señor Hughes salió, Casey suspiró con tristeza y lo observó subirse a su coche. No podría decir quién era más viejo, si el señor Hughes o el coche. El señor Hughes sería viejo y también irritable a veces, pero siempre la había apoyado cuando más lo había necesitado. Eso le recordó la llamada que debía hacer y, después de que el coche de Hughes se perdiera entre los demás de la calle, volvió a su escritorio.

## CAPÍTULO 2

Se sintió rara cuando marcó el número de teléfono de Logan, en Londres, e irritada cuando se dio cuenta de que no necesitaba consultar la agenda para hacerlo. Suponía que quizá era porque durante los primeros días, después de su separación, lo había llamado muchas veces debido a su negativa a tratar con los abogados de ella. De todas maneras, no era nada fácil hacer la llamada. Miró enfadada cómo le temblaban las manos.

Era absurdo. Ella sólo iba a pedirle que terminara algo que ya estaba concluido hacía dos años. No sabía nada de la vida de Logan y éste nada de la de ella. Ya era hora de que se separaran legalmente. Maddison podría no querer la separación, pero ella tenía que rehacer su vida.

— ¿Sí? — descolgó el teléfono una mujer — . ¿Quién es, por favor?

A Casey le entraron ganas de colgar o decir una grosería, pero, ¿qué le importaba quién respondiera el teléfono de Logan?, se recordó. Ella no buscaba una reconciliación, sino todo lo contrario. Sin embargo, le molestó el tono brusco de la mujer. Era como si su llamada hubiera interrumpido algo importante. Como si le hubieran aconsejado que terminara de hablar cuanto antes. Sin haber dicho una sola palabra, ya sentía que molestaba. Suspiró. Era una tontería. Aquella mujer no sabía todavía quién era.

— Hmm. ¿Con quién hablo? — preguntó.

Se dio cuenta de que parecía estar hablando a la defensiva cuando ya era demasiado tarde para evitarlo. Estaba poco dispuesta a darle su nombre a una de las «amigas» de Logan. Si Logan quería saber quién era, debería haber descolgado él el teléfono.

— Soy Kayleigh Gray, la secretaria del señor Gallagher — respondió la mujer, después de un titubeo momentáneo — . ¿Quiere hablar con él? Si quiere darme su nombre, veré si puede atenderla, está muy ocupado.

¡Su secretaria! Casey torció los labios. Bueno, ella le daría peores nombres a su trabajo. Estaba segura de que Logan no tenía secretaria.

— Creo que querrá hablar conmigo — dijo consciente de que no estaba siendo muy amable, pero incapaz de reaccionar de otra manera — , soy la señora Gallagher, ¡la esposa del señor Gallagher! Quizá si usted le dice quién soy, no le importe ponerse al teléfono.

— ¡La esposa del señor Gallagher!

Estaba claro que la mujer estaba impresionada, ¿o estaría simplemente sorprendida?, se preguntó Casey, con pesar.

— Sí, la esposa del señor Gallagher — repitió, con menos énfasis — . ¿Está allí? Es muy importante.

— Un momento, señora Gallagher.

Casey enredó el cordón del teléfono alrededor. Era evidente que Logan tenía uno de esos teléfonos con interruptor, ideal para que los indeseados que llamaban no pudieran oírlo. Casey se preguntó si también tendría uno en su habitación e inmediatamente se despreció por aquel pensamiento, sus asuntos privados no tenían nada que ver con ella.

— ¿Casey?

La voz que oyó en el auricular le resultó de pronto desagradablemente familiar. Podrían haber pasado meses, años, desde su última conversación, pero el enigmático y suave tono de su voz era inconfundible.

— Hola, Logan. Siento molestarte.

— Puedo tomarme un momento para hablar contigo — respondió — . ¿Qué pasa? ¿Le ha ocurrido algo a Maddison?

Debería haberse imaginado que Logan atribuiría inmediatamente sus razones para llamarlo a su hija y por un momento la molestó. Ella tenía una vida propia, deseó exclamar en voz alta, el mundo no giraba alrededor de Maddison.

— Maddison está bien — replicó con rapidez. Mentalmente, recordó sus recientes altercados con su hija — , le gusta la escuela y ha hecho muchos amigos. Estoy segura de que te lo ha contado. Oh, me han pedido en la escuela que ayude otra vez en el evento de caridad que van a hacer este año.

— ¿Estoy invitado?

— ¿Qué? — por un momento Casey se quedó tan sorprendida que no recordaba exactamente por qué le había hablado del evento — . Oh, no. No, no te llamo por eso. Creo que ya dejamos claro que no nos meteríamos en las actividades del otro.

— De acuerdo — la voz de Logan tenía una nota de censura — . Debería haberme imaginado que no tendrías ningún interés en que pareciéramos una familia. Bueno, si no me has llamado para hablar de Maddison, ¿para qué entonces, Casey? No sé si Kayleigh te lo ha dicho, pero estoy muy ocupado.

— ¿Tu secretaria? No sabía que tenías secretaria, Logan. Maddison nunca la ha mencionado. ¿Es nueva?

— ¿Y a ti qué te importa? — Casey se clavó las uñas en las palmas — . Vamos, Casey. Estoy seguro de que no me has llamado para saber qué empleados tengo. ¿Has decidido aceptar mi ofrecimiento de aumentar la pensión? Puedo darle efecto retroactivo, si quieres. Me atrevo a decir que una buena suma te vendría bien.

— No quiero que me mantengas — replicó Casey.

La enfurecía que pensara que andaba mal de dinero.

— Como quieras — Logan parecía aburrido — , pero si no has llamado para hablar de Maddison, ni por cuestiones económicas, ¿qué quieres? La última vez que intenté hablar contigo, me dijiste que no teníamos nada de que hablar.

Casey suspiró.

— Mira, siento haberte llamado en un momento poco oportuno, pero no estaba segura de encontrarte por la noche. Creo que debería haberte escrito. Los abogados prefieren esas cosas por escrito, ¿no? Para que no haya equívocos. Pero sé que no quieres tratar con el señor Burks, y antes de que se pusiera en contacto contigo, he pensado que debería advertirte. Quiero decir, estoy segura de que podemos tratar esto como

adultos. No quiero que nos enfademos. Sé que no me crees, pero sólo pretendo ser amable.

— ¡Espera un momento! — Logan rompió su monólogo con aspereza — . ¡Por Dios, Casey! ¿De qué... demonios hablas?

— Estoy hablando de divorcio — contestó apresuradamente, antes de que la arrogancia de él y su propia timidez la anularan otra vez — . Quiero el divorcio, Logan. He conocido a otro hombre y queremos casarnos.

Hubo un total silencio después de sus palabras. Si Casey no hubiera sabido qué el teléfono tenía un interruptor, habría pensado que Logan había cortado la llamada. Pero no era el estilo de Logan. Él nunca retrocedía ante un desafío. El silencio se alargó todavía más, y cuando sus nervios estaban a punto de estallar, Logan dijo con sorprendente tranquilidad:

— Creo que tenemos que hablar.

Casey suspiró aliviada.

— Oh, estoy de acuerdo. Por eso te he llamado. Pensaba que podríamos arreglar algunos detalles y que tú podrías concertarme una cita para ver a tu abogado.

— No.

Después del anterior alivio, su negativa la hundió.

— ¿Qué significa «no»?

— Creo que me has interpretado mal.

— ¿Quieres decir que no vas a concederme el divorcio?

— No.

— ¿Entonces? — recobró la compostura y trató de ser razonable — . Creo que deberías darme rápidamente una explicación. Al igual que tú, también tengo mucho trabajo.

La puerta de la tienda se abrió en ese momento y entró un hombre de constitución fuerte y musculosa. Llevaba un traje de lana de colores, botas verdes y una gorra de pana. Se trataba de Allan Hayes, y Casey, a quien normalmente le hubiera complacido verlo, lo miró nerviosa. No era que no quisiera verlo, se dijo, lo que no quería era que interpretara su tolerancia ante la actitud de Logan como una intimidación. Él había oído la historia de Casey de sus propios labios y estaba naturalmente resentido por el dolor que Logan le había causado. Había amenazado con hablar con él, si le ponía las cosas difíciles.

Casey no estaba completamente convencida de que Allan resultara una amenaza para Logan, pero no quería que su nuevo matrimonio empezara de esa manera. Además, Maddison nunca le perdonaría a Allan que hiciera daño a su padre.

— Escucha, no podemos continuar hablando — se volvió hacia Allan y le ofreció una sonrisa de bienvenida — . Hmmm. ¿Puedo llamarte más tarde? Acaba de llegar un cliente.

— ¿De verdad? — repuso Logan con ironía.

Casey deseó tener libertad para decirle lo que pensaba de él, pero hasta que consiguiera el divorcio era poco inteligente disgustarlo.

— Sí — aseveró mientras Allan le daba un beso en la mejilla, algo receloso — . Tardo un minuto — le aseguró a Allan, después de cubrir con la mano el auricular. Luego, le

dijo a Logan — . ¿Te parece bien? — mientras, su prometido se sentó encima del escritorio.

— De acuerdo, Casey. Ah, y dile a Maddison que le mando muchos besos. Dile que nos veremos pronto.

— Lo haré.

Sin darle oportunidad a decir más, Casey cortó la llamada, y al volverse a mirar a Allan, se dio cuenta de que ni siquiera le había dicho adiós a Logan.

— ¿Un cliente pesado? — preguntó Allan.

Casey lo miró insegura, sin saber qué contestarle.

— No, en realidad no — explicó, y bajó la vista hasta su escritorio.

Fingió buscar en el cajón algunos papeles, segura de que estaba ruborizada. No estaba acostumbrada a andarse con rodeos, y no estaba del todo segura de por qué lo hacía en ese momento. Logan no se había negado a hablar sobre el divorcio. Sacó del cajón lo que supuestamente buscaba y dijo con amabilidad:

— No te esperaba.

— Pero soy bienvenido, espero — indicó Allan, y le sonrió.

Ella lanzó un traicionero suspiro.

— Desde luego — no era del todo sincera, y le permitió que le tomara la mano — . Pero pensaba que estarías muy ocupado con la siembra de primavera.

— Estaríamos muy mal si estuviéramos empezando a sembrar — declaró Allan, acariciándole la muñeca — . Tienes mucho qué aprender, Casey, y será un placer para mí enseñarte. Ahora dime, ¿dónde está el anciano para el que trabajas? Quiero pedirle un favor.

— ¿El señor Hughes? — Casey se quedó sorprendida.

— Sí, el señor Hughes — repuso Allan, le soltó la mano y se levantó del escritorio — . Tengo que ir a Urben esta mañana y le he dicho a mi madre que vendrías conmigo — miró a su alrededor — . Dime, ¿dónde está?

— Ha salido — contestó con cierta indignación. Allan debería haberle preguntado si quería ir a Urben. Se puso de pie también y se frotó las manos — . El señor Hughes ha ido a la subasta de Pionner. No sé cuánto tiempo tardará en volver. Por lo menos varias horas.

— ¿Y se supone que no puedes dejar la tienda, verdad? ¡Qué fastidio! ¡Cuanto antes dejes de trabajar, mejor!

— ¿Qué quieres decir, Allan? — preguntó enfadada — . Espero trabajar para el señor Hughes muchos años todavía. Me gusta mi trabajo. Creía que lo entendías. Que te dabas cuenta de qué era importante es para mí.

Allan enrojeció. Casey era consciente de que su reacción había sido un poco exagerada. Todo era culpa de Logan, se dijo. Él todavía ocupaba un lugar demasiado importante en sus pensamientos. Debería sentirse halagada de que Allan disfrutara tanto de su compañía.

— Y así es, por supuesto — explicó él, con rapidez — . No he querido decir que quería que renunciaras a tu empleo, Casey, sólo que me apetece que tengamos oportunidad de estar juntos. Quiero a Maddison, lo sabes, pero nunca quiere dejarnos solos cuando voy a tu casa.

Casey se mordió el labio. Deseaba defender a su hija, pero la verdad era que Maddison se mostraba muy posesiva siempre que Allan andaba cerca.

— Es difícil, lo sé, pero tenemos tiempo para estar juntos cuando Maddison se va a la cama.

— Mmm — Allan no parecía muy convencido — , mientras no le duele la tripa, o tiene sed, o descubre una araña en el baño.

— Sí, es una mina de excusas — contestó riendo — , pero cuando me divorcie...

— Aunque no es suficiente pronto para mí — repuso Allan — , quizá será más fácil entonces, y eso si tu exesposo no intenta mantener demasiada influencia sobre ella, Casey. Creo que sería una buena idea cambiar el tipo de custodia para que quede establecido que tú controlarías la educación de Maddison. Es obvio que no sería práctico que siga en Trung cuando se muden a Green Hill. Hay una escuela perfectamente adecuada en Norton, y cuando ella tenga once...

— Creo que deberíamos hablar de esto en otra ocasión, Allan.

Sabía que hasta que ella no hubiera hablado con Logan, no habría manera de que tomara decisiones en contra de lo establecido. Allan no sabía cómo reaccionaría Logan ante cualquier cambio en la vida de su hija, y el hecho de que no se hubiera enfadado con ella, cuando le había planteado el asunto del divorcio, no quería decir que se tornara con indiferencia sus planes. Volvería a llamarlo esa misma noche. Quizá después de haber tenido tiempo de pensarlo, comprendería que era lo mejor.

— Supongo que tienes razón — para su alivio, Allan parecía acceder a sus deseos — . Bueno, creo que será mejor que me vaya, si es que no puedes venir conmigo. Pensaré en ti cuando esté sentado en Nichola's disfrutando uno de sus filetes a la pimienta.

— Hazlo.

Casey lo acompañó hasta la puerta.

— Te veré esta noche — dijo Allan — . ¿A las siete?

— ¿Te importaría que nos viéramos otra noche? Yo... bueno, tengo que llamar a Logan, y esta noche me parece mejor que ninguna.

— ¿Y no quieres que yo te oiga? — preguntó secamente — . Supongo que esa es la razón por la que te despediste de él tan rápidamente antes — hizo una pausa — . No te olvides de decirle a Maddison «que le manda muchos besos».

— ¡Lo has oído todo!

— Bueno, mi oído es bastante agudo, a pesar de mis años — observó — . ¿Por qué no me has dicho que era él, Casey? Creía que no teníamos secretos.

— Así es, y él no me ha llamado. Lo he llamado yo, pero no quería meterte en esto, porque no me parecía necesario.

— Para mí todos tus asuntos son «necesarios» — replicó Allan, mirándola fijamente — , pero respetaré tu deseo de tratar con él en privado. Sin embargo, si hubiera algún problema para obtener el divorcio...

— No lo habrá — Casey cruzó los dedos.

— Espero que no. No le estás pidiendo nada, sólo quieres que termine algo que debió acabar hace mucho tiempo.

## CAPÍTULO 3

Casey y Maddison llegaron a casa. El señor Hughes volvió de Pionner casi a las cinco, e insistió en que Casey lo pusiera al corriente de todo lo sucedido durante su ausencia. Como había bebido más de la cuenta en la subasta, Casey tuvo que repetirle todo varias veces.

— ¿Está borracho? — siseó Maddison, y el anciano anticuario la oyó con evidente disgusto.

— Si no puede enseñar a esa chiquilla mejores modales, sería mejor que buscara otro lugar para que se quedara mientras usted está trabajando — le dijo a Casey.

Casey pensó que algunos días parecían especialmente propicios para los problemas. Después de todo, quizá aquella no fuera una buena noche para llamar a Logan. Tal como estaba el ambiente, era probable que se opusiera a todo.

— Creo que deberías pedirle disculpas al señor Hughes, Maddison.

Aunque la miró con ojos acusadores, sabía reconocer cuándo debía obedecer a su madre.

— Lo siento — murmuró, rebelde.

El señor Hughes la miró como si estuviera conteniendo una maldición, pero el estridente timbre del teléfono distrajo su atención, y cuando terminó de hablar, ya había olvidado sus problemas con Maddison. Por otro lado, Casey se aseguró de que su hija se mantuviera fuera de su vista, hasta la hora en que se fueran. Como consecuencia, Casey ya no tuvo humor para llamar a Logan. Después de ver cómo Maddison se comía un plato con filetes de pescado y patatas fritas, decidió que merecía alguna compensación por el terrible día que había tenido.

Sacó del frigorífico una botella de vino, sirvió una copa y se la llevó a la sala.

De pie, en el centro de ésta, miró a su alrededor. Iba a echar mucho de menos aquella casa. A excepción de los recuerdos más desagradables, había sido feliz allí. Era su casa desde hacía siete años y no podía dejarla sin sentir remordimientos ni lamentarse por lo que podría haber sido su vida, si no se hubiera separado de Logan.

— ¿Puedo ver la televisión, mamá?

Casey se volvió, su hija la observaba desde la puerta que estaba abierta, y aunque su melancolía la inclinaba a mostrarse generosa, no concedió inmediatamente la petición.

— ¿Recuerdas lo que ha pasado esta tarde? — preguntó, severa — . Has sido muy maleducada con el señor Hughes, y te he dicho que pasarías dos días sin ver la tele.

— Ya me acuerdo.

— Bien, ¿entonces?

— Pero no es justo...

— Sí, lo es. Sabes perfectamente que no debes hacer comentarios personales de nadie. Hoy mismo he hablado contigo sobre tu actitud hacia Allan.

— Esto es diferente — replicó Maddison.

— ¿Por qué es diferente?

— Bueno — Maddison sollozó — , tú me dijiste que la gente que bebe no debería conducir — afirmó, y Casey suspiró.

— ¿Y? — ella sabía la respuesta.

— Bueno, el señor Hughes ha conducido, ¿o no? Ha venido desde Pionner. ¿Qué habría pasado si hubiera tenido un accidente? ¿O si hubiera atropellado a algún niño? Casey negó con la cabeza.

— No ha pasado nada de eso.

Maddison entrecerró los ojos.

— ¿Pero... y si hubiera sucedido?

— Eso no es excusa para tu comportamiento.

— ¡Pero se suponía que no iba a oírlo! — protestó con fuerza.

Casey tuvo que dominar unas ganas incontenibles de echarse a reír. Maddison estaba tan indignada, tan frustrada... Y aunque no existía excusa para lo que había dicho, era sólo una niña.

— Eso es lo de menos.

Casey todavía estaba pensando en lo que debía hacer, cuando Maddison se alejó de la puerta y se dirigió hacia la ventana. Las cortinas estaban todavía descorridas, y los tiestos con los bulbos de primavera, que Casey había plantado el anterior otoño, se reflejaban en el cristal. Ella observó cómo Maddison arrancaba pensativa uno de los delicados brotes y se dio cuenta de que cada año se parecía más a su padre, no sólo en su aspecto, sino también en su temperamento.

Observó por los cristales el jardín. Uno o dos meses más adelante, podrían sentarse afuera después de la cena. Aunque no allí, se recordó otra vez. Si Allan se salía con la suya, se irían a Green Hill cuando Maddison tuviera las vacaciones de Pascua. Y ese pensamiento la instó a ceder.

Por mucho que se dijera que tanto Maddison como ella ganarían al mudarse a Green Hill, la verdad era que no iba a ser fácil para ninguna de las dos. Y aunque quería mucho a Allan, vivir en una casa, en los terrenos de la granja, en Green Hill, iba a representar un cambio importante en sus vidas.

— De acuerdo. No hablemos más de eso...

Cuando se acercó a su hija para intentar acortar la brecha que se había abierto entre las dos, los faros de un coche iluminaron la habitación. Incluso antes de que Maddison dejara escapar un grito de excitación, Casey presintió que aquel no era el coche de Allan.

— ¡Es papá! ¡Es papá! — gritó Maddison, alegre, mientras miraba a su madre. Todo su anterior malhumor quedó olvidado — . ¿Me has oído? ¡Es papá! ¿Sabías que vendría? ¿Tú crees que viene a quedarse?

«No, si yo puedo hacer algo para evitarlo», pensó Casey, e hizo una mueca.

¡Santo Dios! Esto era lo que le faltaba. Debería haberse imaginado que Logan no cedería con una sola llamada telefónica. Ojalá hubiera bebido algo más fuerte, antes de ver a su esposo, otra vez.

Durante los primeros días de su separación, Logan había ido a la casa en varias ocasiones, para recoger libros y papeles que había dejado allí. Siempre avisaba, y la mayoría de las veces Casey trataba de estar ausente. En aquella época Logan tenía llaves de la casa, pero hacía un año ella había cambiado las cerraduras. El único contacto que había entre ellos era a través de Maddison.

Oyó la voz de Logan en el pasillo exterior de la casa y se le secó la boca. Cualquiera que fuera el motivo de su visita, Maddison lo estaba invitando en ese momento a pasar. Se dio cuenta de que, si esperaba un poco más, la encontraría allí, en el centro de la sala, con la copa de vino, vacía. Así que dejó la copa sobre la repisa de la chimenea y se dirigió a la puerta.

Cuando llegó a la puerta, se detuvo un momento y se armó de valor para poder mirar de frente al hombre que una vez había sido su única razón para vivir. ¡Dios!, qué ingenuidad la suya, pensó con amargura. Sin embargo, por mucho que quisiera a Allan, nunca tendría ese poder sobre ella. Ningún hombre lo tendría, nunca más.

— ¡Hola, Casey!

A pesar de su determinación de controlar la situación, al ver a Logan se le puso muy nerviosa. Él, que estaba jugando con Maddison, se enderezó y le pidió a Maddison que se comportara. Cuando Casey se encontró con esos ojos tan oscuros como la noche y vio la velada hostilidad que en ellos se reflejaba, supo que esa no iba a ser una visita agradable.

— ¡Hola! — respondió.

— ¿Cómo estás?

Su pregunta fue hecha con indiferencia, y Casey pensó que era típico de Logan tomarla desprevenida. Permanecía quieto, frío y seguro de sí. Llevaba un suéter negro de lana y pantalón negro.

— Estoy bien — respondió fríamente Casey — . ¿Y tú?

— Cansado.

No lo parecía. Al contrario, tenía un aspecto inmejorable. Su estatura, superior a la de ella, le recordaba a Casey lo que era alzar el rostro para mirar a un hombre. Con su metro setenta y siete, Casey no necesitaba levantar la cabeza para mirar a sus amigos. Ni siquiera a Allan, que se cohibía por su baja estatura, y la animaba a usar botas y zapatos sin tacón, cuando salían juntos.

— ¿De verdad? Entonces, no entiendo por qué te has molestado en venir hasta aquí, no era necesario. Te he dicho que te llamaría.

— ¿No era necesario? — sonrió con ironía — . Siento que no estés de acuerdo — miró a su hija, quien hacía lo posible por llamar su atención — , pero en lo concerniente a mi hija nada es ninguna molestia.

— También es mi hija — replicó Casey.

— ¿No vas a ofrecerle a papá una copa? — protestó Maddison.

Era consciente de la tensión que había entre sus padres.

— Mamá acaba de abrir una botella de vino — le dijo a su padre, inocentemente — . Te traeré una copa, ¿quieres? Mamá y tú podéis sentaros.

— No creo...

— Tu padre no puede beber, tiene que conducir.

Casey y Logan hablaron al mismo tiempo y Maddison los miró primero a uno y luego a la otra, con ansiedad.

— Papá no conducirá más esta noche. No tienes que volver a Londres, ¿verdad?

— No inmediatamente.

Logan miró a Casey y ella sintió que se ruborizaba. Era típico de él llegar cuando sabía que Maddison iba a estar presente para defenderlo, pensó enfadada. Si lo despedía en ese momento, quedaría como una bruja ante los ojos de su hija.

— Estoy segura de que tu padre no ha recorrido toda esta distancia sólo para vernos, Maddison. Olvidas que tiene amigos en el vecindario. Probablemente, le apetezca ir a verlos.

— Amigos que prefieren creerte más a ti que a mí — murmuró él. Soltó a Maddison y se dirigió hacia la cocina — . No te importa que beba un vaso de agua, ¿verdad? Tengo sed.

Casey no tenía ninguna razón para negar a Logan un poco de agua o una cama para pasar la noche. Si eso era lo que él quería. Aquella todavía era la casa de Logan. Pero el problema era que no soportaba verlo allí. En meses anteriores, había conseguido desterrar de aquellas habitaciones la imagen de su esposo. Cuando preparaba la comida en la cocina o leía, ya no lo veía por todos lados, como le había ocurrido durante meses. Había conseguido librarse de su presencia, pero Logan iba a estropearlo todo de nuevo. No sería durante mucho tiempo, se recordó con firmeza. Una vez que ella y Maddison se mudaran de esa casa, no habría nada que le recordara a su exesposo, nada en absoluto. Mientras Logan, de espaldas a ella, llenaba en el grifo el vaso, Casey pudo ver su reflejo en la ventana. ¿Sería sólo su imaginación o parecía un poco cansado, como había dicho?

— ¿Tienes hambre?

No era lo que planeaba decir, pero ya lo había hecho, y Maddison le ofreció una brillante sonrisa. Evidentemente, había hecho lo que debía a juicio de la niña que, optimista, todavía pensaba que sus padres serían educados el uno con el otro. Logan se volvió con el vaso de agua en la mano.

— ¿Se trata sólo de una pregunta o es una ilusión? — preguntó secamente — . No me digas, ¡puedo comer pan duro con el agua!

— Tú has pedido agua — replicó Casey, secamente. Al darse cuenta de que estaba dejando que Logan la sacara de quicio, se obligó a tranquilizarse — . Naturalmente, si tienes hambre te ofrecemos todo lo que tenemos — mentalmente recorrió el contenido del refrigerador — . Hay un poco de lasaña, y podría prepararte un sándwich de jamón. Logan se apoyó en el fregadero y la miró fijamente. Pretendía intimidarla, estaba segura, y a pesar de intentarlo, no pudo evitar sentirse cohibida. ¿Qué pensaría él?, se preguntó. ¿Compararía en ese momento su aspecto de ama de casa con el de la mujer con la que salía en Londres? Cuando empezó a beber el agua, se distrajo brevemente, y Casey sintió que se quitaba un enorme peso de encima, pero su alivio duró muy poco. Logan colocó su vaso, ya vacío, sobre el escurrí platos, dobló los brazos y la miró otra vez.

— No tengo hambre — dijo, y dirigió una mirada a la mesa, en la que todavía estaban los platos de la cena. En el suyo estaba la cena intacta — . No parece que tú tengas hambre tampoco — observó — . ¿O te apetece más el vino? Deberías tener cuidado,

Casey. Beber sola puede ser peligroso.

Casey apretó los labios.

— ¡Generalmente, no bebo sola! — espetó, cortante.

— ¿No?

Logan entrecerró los ojos ligeramente y Maddison, pensando que la conversación de sus padres no iba a ser como ella esperaba, interrumpió otra vez.

— ¿Quieres venir y ver mi habitación, papá? — preguntó, y le tiró de la mano — .

Quiero enseñarte mi ordenador. No es tan grande como el tuyo, pero es bueno...

— Más tarde, cariño. Ahora tu madre y yo tenemos algunas cosas que hablar. ¿Por qué no subes a tu habitación a ver la televisión? Te prometo que no me iré sin despedirme.

— ¡Despedirte! — Maddison parecía decepcionada — . ¿No vas a irte, verdad?

— Ya veremos.

Maddison se encogió de hombros.

— No puedo ver la televisión — indicó con suavidad.

Logan, con la mirada, pidió a Casey una explicación.

— Yo... sí, puedes verla — murmuró con rapidez. No le apetecía tener una discusión sobre la educación de Maddison — . Es lo que tu padre dice, cariño. Olvidaremos todo a cerca del señor Hughes, por esta vez.

— ¿Hughes?

Logan arqueó una ceja. Maddison salió de la cocina, reacia, y Casey esperó hasta que oyó a la pequeña subir, antes de responder de manera breve.

— He tenido un pequeño problema en el trabajo. Eso es todo. No tiene importancia.

Ahora — enderezó los hombros — . ¿Para qué has venido? Ya te he dicho esta mañana lo que tenía que decirte. El hecho de que quiera el divorcio no debería sorprenderte.

— ¿He dicho que me había sorprendido? — Logan se enderezó — . Pero no creo que éste sea el mejor lugar para hablar de eso — continuó — . ¿Por qué no vamos a la sala? — arqueó una ceja — A menos que ya esté ocupada, por supuesto.

— ¿Ocupada? — por un momento, Casey lo miró sin comprender.

— Oh, no. Allan no está aquí ahora — aseguró con frialdad — . Podemos ir adonde quieras, aunque no sé de qué tenemos que hablar.

— ¿No? — Logan se encogió de hombros — . Así que «Allan» — remarcó — . ¿Allan qué?

— ¿Importa eso? — Casey procuró no parecer tan ofendida como se sentía, lo condujo a la sala, vio la copa vacía encima de la repisa de la chimenea y deseó haberla llevado a la cocina — . No es asunto tuyo.

— ¿Que no es asunto mío? ¿Sinceramente piensas que puedes decirme que vas a casarte con otro sin que yo tenga nada que decir?

— Me extraña que te importe — replicó con cuidado — . ¿Por qué no te sientas?

Logan, de pie en la puerta, miraba a su alrededor. Evidentemente, estaba observando los cambios efectuados en la habitación desde la última vez que había estado allí. Su rostro no tenía ninguna expresión en particular, mientras contemplaba las cortinas de seda estampada y el bodegaón que había sustituido a la acuarela, que antes estaba

encima de la chimenea. Juntos habían decorado aquella habitación y estaban muy orgullosos de sus esfuerzos.

Por esa razón, Casey había decidido cambiar las cortinas y había guardado la acuarela en el desván. No había podido decorar totalmente la casa, pero a su propia manera había hecho una pequeña y modesta transformación, que la había ayudado a no recordarlo tanto.

Casey, desesperada por hacer algo para evitar los recuerdos que la asaltaban, corrió las cortinas.

— Me gustaría tomar una copa — Logan abrió el armario en el que antes estaban las bebidas y se enderezó al no encontrarla.

— ¿Qué? — preguntó Casey, con fingida indiferencia.

— El whisky — replicó irónico — . No me lo digas, es otro de tus intentos para alterar el viejo orden. Ya he visto que has cambiado el cuadro que había encima de la chimenea, ¿dónde está? ¿Debajo de tu cama, con un montón de alfileres clavados?

— ¿Por qué iba a hacer eso? — Casey estaba orgullosa de su control — . No era algo hecho por ti.

— Lo admito — concedió secamente — . Ahora, ¿dónde demonios está el whisky? Puede que tú no necesites uno, pero te aseguro que yo sí.

Casey apretó los labios por un momento y después cedió.

— Está en la cocina — repuso, resignada — , en la despensa, encima del frigorífico. No tengo muchas bebidas en la casa. No me gustan y son muy caras.

Logan no hizo ningún comentario y se dirigió a la cocina. Volvió con una botella y un vaso. Se sirvió una generosa cantidad; se llevó el vaso a los labios, y ofreció un silencioso brindis a Casey. Ella lo observó, tratando a hablar con la mirada. Quería que planteara el motivo de su visita y se fuera. El solo hecho de que, sin querer revelar lo nerviosa que la ponía, la hacía guardar silencio. ¿Pero, de qué se preocupaba? Logan nunca la había amenazado con quitarle la custodia de la niña.

— Tienes muy buen aspecto — dijo Logan observándola atentamente.

— Gracias — Casey tuvo que hacer un esfuerzo para no corresponder al cumplido.

El sí que tenía buen aspecto. Estaba un poco más delgado de lo que ella recordaba, pero más saludable que nunca. Era evidente que no se pasaba el día sentado detrás de una máquina de escribir.

— ¿Por qué no te sientas?

— Has engordado un poco — añadió él, y dirigió la mirada hacia las redondeadas caderas, con ojo crítico — , pero te sienta bien, siempre he pensado que estabas demasiado delgada.

— Y tu opinión es la única que importa, supongo. Honestamente, Logan, ¡tu arrogancia es asombrosa! Lo creas o no, no me importa un...

— ¿Un comino?

— No me importa nada lo que pienses de mí.

— Antes te importaba — le recordó — . ¿Por qué no me hablas de ese nuevo hombre que hay en tu vida? Supongo que sí te importa lo que él piensa.

— Sí — quería que Logan se sentara para poder hacer lo mismo — . Él... él es todo lo

que tú no eres: dulce, amable... y leal.

Logan no pareció impresionado por sus palabras.

— Suena como si fuera un policía. ¿Maddison comparte tu punto de vista?

Casey suspiró.

— Maddison... Maddison no conoce a Allan tan bien como yo.

— ¿Y qué se supone que quiere decir eso?

— Quiere decir exactamente lo que he dicho — Casey no podía continuar sosteniéndole la mirada sin confesar antes cuáles eran los sentimientos de Maddison.

Se volvió y fingió ajustar un pliegue en una de las cortinas, antes de decir con cuidado:

— ¿Maddison no conoce bien a Allan todavía?

— No.

— ¿Pero le cae bien?

— Yo... yo no he hablado de eso con ella — replicó — . Naturalmente, ella es muy leal...

— ¿A mí?

— A nuestro matrimonio — Casey corrigió con firmeza — , sólo tiene nueve años, Logan. Obviamente, todavía espera que haya una oportunidad de que...

— ¿Volvamos?

— ¿Absurdo, no? — Casey trató de parecer divertida ante la sugerencia — , ya le he contado cómo están las cosas, pero ella no...

— ¿Cómo están?

— No nos salgamos del tema, Logan — le pidió, tratando de ignorar el rubor que teñía sus mejillas — . No me gusta, y quisiera que...

— Pensaba que ese era el tema — la interrumpió — . Me gustaría saber lo que le has dicho a Maddison. ¿Soy todavía un perverso seductor de adolescentes?

— Yo nunca le he contado a ella lo... — Casey se interrumpió bruscamente, al darse cuenta de que Logan sólo trataba de provocarla para que se defendiera una vez más — . ¡Tú sabes perfectamente que para Maddison eres un héroe! — sonrió con ironía — . Hay pocos héroes hoy día, y ella no tiene mucha experiencia.

— ¿A diferencia de su madre? — sugirió Logan.

Dejó el vaso encima de la chimenea y metió las manos en el bolsillo del pantalón.

Casey dejó escapar el aliento. Había olvidado el fuerte atractivo de Logan y también los deseos que podía despertar un hombre. En el caso de Allan, había sido su amabilidad y su personalidad lo que la había llamado la atención, su forma de tratarla como si fuera alguien importante, alguien especial. Casey había olvidado deliberadamente la atracción sexual que Logan ejercía sobre ella, era muy doloroso darse cuenta de que aquella atracción que creía muerta sólo estaba enterrada bajo una capa de amargura y dolor.

Pero se trataba sólo de una atracción física, se dijo enfadada consigo misma.

— Así que tú conoces a muchos héroes — le dijo suavemente.

— Yo... no — respondió rápidamente — . No, en absoluto — se aclaró la garganta y dijo con firmeza — . Me temo que no conozco héroes.

— ¿Ni siquiera a Allan?

Casey se obligó a enfrentarse a su mirada burlona sin retractarse.

— No soy una niña, Logan — repuso con voz fría — , y no necesito un héroe para satisfacer mis fantasías. Un hombre me basta. Alguien que no necesite afirmarse como hombre.

## CAPÍTULO 4

Logan apretó los labios.

— ¿Todavía sigues pensando lo mismo? — observó sin rencor — . Creía que ibas a intentar convencerme de que estabas terriblemente enamorada de ese tipo.

Casey contuvo el aliento.

— Desde luego que quiero a Allan — exclamó acaloradamente, y Logan se encogió de hombros, despreocupadamente.

— Sin embargo, tú no... estás enamorada de él, ¿verdad? — comentó — . Será algo distinto.

— Se enamoran los adolescentes, Logan — replicó ella, despreciándose por estar hablando sobre sus sentimientos con él — . Allan y yo somos adultos. Sabemos lo que se necesita para hacer que una relación funcione. Se necesita paciencia y compromiso, y disposición para compartir los problemas. Vamos a luchar juntos para crear un ambiente propicio para que Maddison crezca en él.

— ¡Dios! — incrédulo, Logan la miró y después se dejó caer en el sofá. Luego dijo con ironía — . ¿Desde cuándo te has vuelto tan mojigata?

Casey empezó a caminar

— Si has venido sólo para insultarme...

No terminó la frase. Cuando pasó cerca del sofá, Logan se inclinó hacia adelante y la agarró del brazo.

— Suéltame, Logan. Esto no va a funcionar.

Pero Logan no la soltó, permaneció sentado, acariciándole la muñeca con el pulgar y mirándola con sus profundos ojos oscuros.

— ¿Qué no va a funcionar? — preguntó sin burla en la voz — , ¿No vas a dejar que te toque? Antes te gustaba que hiciera mucho más que esto.

— ¡Logan! — exclamó con los dientes apretados — . ¿Te importaría dejar de comportarte como si hubieras venido expresamente para provocarme y enfadarme? A ti no te importa lo que yo haga. ¡Lo que pasa es que no te gusta la idea de que otro hombre me pueda hacer feliz!

Logan bajó la mirada y Casey pensó por un instante que ya estaba alcanzando su objetivo, pero en lugar de soltarla, inclinó la cabeza y le acarició con la lengua la piel de la muñeca, lo que hizo que Casey se sobresaltara.

— Por supuesto que me importa — repuso con voz ronca — , creas lo que creas, siempre me ha importado.

Casey tiró del brazo y consiguió zafarse. Hacía tiempo que no se sentía tan enfadada y frustrada, aunque luchaba por evitarlo, las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

— ¿Tú nunca...? — empezó preguntar con voz ronca, pero no consiguió terminar la frase.

El sonido de pasos en las escaleras la obligó a guardar silencio, mientras se oía la voz lastimera de Maddison, desde la mitad de la escalera.

— ¿Puedo bajar? — preguntó.

Aunque Casey habría querido disuadirla, Logan rápidamente aprovechó la oportunidad que se le presentaba.

— Sí, cariño, baja — gritó, y le sostuvo la mirada a Casey mientras se levantaba del sofá — . Aquí estamos, en una agradable conversación.

Casey se levantó al amanecer, sin haber conseguido dormir mucho, sintió un enorme alivio cuando el ruido de los pájaros le indicó que ya era hora de levantarse. Bueno, quizá no para todos, pensó. Pero por lo menos el lechero y el cartero ya estarían levantados, y no dudaba de que también Allan estaría preparando a las vacas para ordeñarlas.

Al pensar en Allan se le hizo un nudo en la garganta. Si ella hubiera imaginado que Logan iba a aparecer la noche anterior, se habría asegurado de que Allan estuviera presente. Ella sabía que le iba a resultar difícil contarle a Logan sus planes, pero no esperaba tener que hacerlo cara a cara. La noche anterior, la presencia de Maddison había impedido que continuaran hablando y, desde luego, no habían llegado a ningún acuerdo sobre el divorcio.

Casey no sabía lo que Logan pensaba, estaba igual que antes de que volviera a entrar en su vida. Aunque no lo había hecho, se corrigió y frunció el ceño mientras ponía unas cucharadas de té en la tetera. Era sólo una manera de hablar. Logan desaparecería de su vida ese mismo día.

Suspiró. Después de lo que había ocurrido, debía contarle a Allan su fracaso al tratar de llegar a un acuerdo con Logan, y también que éste había ido a su casa y que, si Maddison se hubiera salido con la suya, él habría pasado la noche en el dormitorio de los invitados. Afortunadamente, él mismo había rechazado la idea. Le había dicho a la niña que tenía una habitación en el Hotel Richmond, y que no podía fallarle al propietario.

El agua hirvió y Casey la echó en la tetera. Después se llevó la taza y la tetera a una confortable habitación, en la que Logan no había entrado la noche anterior. En ella había una mesa para juegos, un televisor, un vídeo y un estante con películas originales y grabadas en casa. También tenían películas de Maddison.

Casey no sabía si Logan continuaría grabando películas de Maddison. Nunca había oído a su hija hablar de eso, lo cual no era ninguna garantía de que no sucediera. Se sentó en una silla de cuero, bajo la ventana, y metió las piernas bajo los pliegues de su vieja bata aterciopelada. Después se tomó el té y miró desesperada la habitación.

¿Qué iba a hacer? Necesitaba una respuesta de Logan. El día anterior le había parecido muy sencillo llamarle y pedirle el divorcio. Llevaban más de dieciocho meses sin ningún tipo de contacto, y ella había supuesto que Logan saltaría de gusto ante la posibilidad de que le devolvieran su libertad. ¿O sería ella?

Desde luego, no estaba preparada para que Logan apareciera por su casa; ni tampoco para que se comportara como lo había hecho. El recuerdo del momento en el que la había agarrado del brazo y le había besado la muñeca, no le causaba disgusto ni repulsión. ¿Cómo osaba comportarse como si tuviera todavía derecho a tocarla?

¿Cómo osaba decir palabras de afecto, que eran tan evidentemente falsas? Con razón, la noche había resultado ser un absoluto desastre.

Después de lo sucedido, Casey no había estado en condiciones de hablar racionalmente acerca de nada. Había sido la tercera en discordia en la reunión de Maddison y Logan, y sólo había hablado cuando le habían preguntado algo. Eso ponía de manifiesto su propia debilidad, se dijo irritada. Logan y Maddison habían hecho lo que habían querido, y ella no lo había impedido. Se dijo que si alguno de ellos hubiera dicho algo de Allan, ella habría protestado, ¿pero lo habría hecho? ¿No había sido Logan el que había controlado en todo momento la situación? ¿Y cómo lo había hecho?, se preguntó con amargura. Le había bastado con un beso en la muñeca.

¿Por qué lo había hecho? Y lo más importante: ¿Por qué la había afectado tanto a ella? Se terminó el té y se sirvió otra taza. Por la ventana, vio cómo se reflejaba un rayo de sol en el espejo de un coche. Reconoció el coche inmediatamente. Era el de Logan. Estaba aparcado fuera de su casa y lo había estado toda la noche. Esperaba que Allan le creyera cuando le dijera que Logan no había pasado la noche allí. Estaba convencida de que alguna lengua malintencionada le hablaría del coche. Al mismo tiempo, el ver el impecable y elegante BMW le causó resentimiento. Logan no tenía nada que perder, mientras que ella, todo. Deseaba que su relación con Allan funcionara; también la seguridad que éste podía darle. Dijera Logan lo que dijera, ella debía elegir su futuro. Si Casey no tomaba una decisión, estaría siempre bajo su sombra.

Maddison bajó ruidosamente las escaleras, antes de las siete de la mañana. Por lo general, no se levantaba tan temprano, pero su madre adivinaba que estaba nerviosa y deseando ver a su padre. La noche anterior, para evitar otra discusión con su hija, Casey había accedido a que Maddison no fuera a la escuela al día siguiente. Logan iba a ir a buscarla antes de que ella se fuera a trabajar. Maddison buscó a su madre en su habitación, y al no encontrarla, bajó.

— ¿Qué haces aquí? — exclamó.

Casey sintió una punzada en el estómago, cuando se dio cuenta de que la niña ya estaba vestida. ¿Cuánto tiempo le llevaba por lo general lograr que Maddison se vistiera para ir a la escuela?, se preguntó con ironía.

Mucho más del que le había costado ponerse aquella mañana su mejor vestido.

— Estoy tomando un té — replicó, y apuró el resto del contenido de la taza. Se levantó de la silla — . ¿Qué creías que estaba haciendo?

— Pero, ¿por qué aquí? — preguntó Maddison, con curiosidad — . Normalmente, lo tomas en la cocina.

— Hoy me apetecía tomarlo aquí — respondió Casey, e hizo lo posible por no parecer malhumorada — . ¿Qué quieres desayunar? ¿Cereales o huevos?

— Papá me dijo que me iba a llevar a desayunar fuera — informó Maddison, un poco sonrojada — . Quiero decir, que como tú vas a salir pronto para la tienda, así no tendrás que prepararme el desayuno.

— Lo hago todas las mañanas — replicó Casey. Tomó su taza vacía y la tetera, y se dirigió con paso decidido hacia la cocina — . Supongo que lo decidisteis cuando lo acompañaste hasta la puerta, anoche. ¿Qué más le dijiste? ¿Qué ibas a ir a vivir a Green Hill?

Era una pregunta injusta y Casey lo sabía, pero necesitaba descargar su ira. La niña la siguió a la cocina.

— No — respondió de mal humor — . No hablamos del señor Hayes. Tú sabes que no lo hicimos. Estabas allí. ¿Por qué no se lo dijiste si querías que lo supiera?

— Bueno, por supuesto que quería que lo supiera — replicó Casey — . No tuve oportunidad, eso es todo.

— Podías habérselo dicho mientras estaba en mi dormitorio — murmuró — . ¿De qué hablasteis entonces cuando yo estaba arriba? Estabas muy roja cuando bajé.

Casey se alegró de estar de espaldas a su hija, cuando ésta hizo la observación. La niña era muy astuta a veces y no sería bueno para ella que albergara esperanzas de que su madre no estuviera tan determinada a hacer lo que pensaba.

— Estaba enfadada, eso era todo. Tu padre no tenía derecho a venir aquí sin ser invitado.

— Creía que lo habías invitado — Maddison observó a su madre, recelosa — . Papá me dijo que le habías llamado por teléfono ayer.

— No para invitarlo. Tú sabías que tenía que hablar con él de...

— Del señor Hayes — completó Maddison, melancólica. Casey suspiró. — Acerca de Allan, sí. Sin embargo...

— No lo hiciste, ¿verdad? — observó Maddison — . Sólo hablaste de mi escuela y de la tienda — hizo una mueca.

— Creo que tienes muchas cosas que decirme — aseguró Casey con decisión.

Se regañó al ver que Maddison bajaba la cabeza con tristeza. Si no tenía cuidado, iba a distanciarse de su hija, y todo por culpa de Logan.

— Bueno, al menos papá sí quiere oír mi opinión, — replicó Maddison.

— A mí también me gustaría hacerlo, cariño — exclamó Casey, se acercó a Maddison y con una sonrisa triste la abrazó — . Siento estar tan gruñona. Tu padre me pone así. Maddison sollozó y correspondió al abrazo.

— ¿Por qué papá te pone gruñona? Antes, no lo hacía.

— No, bueno — era un tema del que Casey no quería hablar. Años atrás le había resultado muy difícil explicarle por qué Cassandra se iba al mismo tiempo que su padre — . Es que no somos compatibles — explicó, y vio a su hija entristecerse otra vez — , pero todavía somos amigos. Todavía hablamos el uno con el otro.

— ¿Entonces, por qué papá te pone gruñona? — volvió a preguntar Maddison.

Casey pensó en lo maravilloso que debía ser ver las cosas tan simplemente.

— Bueno, porque así es — replicó — . Esto sucede algunas veces, cariño. La gente piensa que es feliz y de pronto descubre que no.

Maddison frunció el ceño.

— ¿Fue por culpa mía? — preguntó.

La niña estaba exteriorizando una duda que evidentemente la inquietaba. Casey la abrazó otra vez.

— ¡Por supuesto que no! — exclamó — . Tú eres lo mejor que nos pudo suceder — Casey la besó en la frente — . Creo que te habrás dado cuenta de que es algo en lo que tu padre y yo estamos de acuerdo.

Y cuando abrazó a la niña, advirtió que Logan las estaba observando desde la puerta de la cocina. ¿Cuánto tiempo llevaría él allí? Casey no lo sabía, pero cabía la posibilidad de que no las hubiera oído. Sin embargo, la idea de que él hubiera entrado a hurtadillas al jardín a esa hora la disgustaba. ¿Cómo osaba comportarse como si tuviera derecho a estar allí? ¿Por qué no iba por la entrada principal y llamaba como hacía cualquiera? Porque él no era como cualquiera, pensó.

Sus miradas se encontraron y Casey vio en los ojos de Logan un brillo de satisfacción. Se sintió abrumadoramente insignificante. Logan siempre tenía ese efecto sobre ella, y el tiempo y las circunstancias no habían cambiado ese hecho. Con un pantalón vaquero y una sudadera azul marino, estaba increíblemente atractivo, y Casey no podía evitar comparar a aquel hombre fuerte, delgado y musculoso con Allan. Soltó a la niña y se acercó a la puerta.

— ¿Qué hacías escondido en el jardín? — le preguntó, molesta.

Usaba su enfado como medio de defensa. Logan se acercó y se apoyó, indolente, en el marco de la puerta.

— No me escondía — replicó suavemente. Maddison se abalanzó sobre él y le abrazó

— . Recuerdo que solíamos desayunar en la cocina, no pretendía asustarte.

— Bueno, pues lo has hecho — replicó Casey.

De pronto fue consciente de que con su vieja bata, las pantuflas y la melena despeinada, no podía pasar por la mujer serena y dueña de sí que estaba intentando aparentar.

— ¿Vas a llevarme al hotel a desayunar? — preguntó Maddison ansiosa y su padre la miró pensativo.

— Si quieres — repuso — , o quizá a tu madre le apetezca invitarme a desayunar aquí. Antes era una experta en preparar huevos revueltos con tocino.

— Yo ya no desayuno — respondió Casey.

No era del todo cierto. Rara vez dejaba la casa sin comer por lo menos una rebanada de pan tostado con mermelada.

— Preferiría ir al hotel — dijo Maddison para alivio de su madre — . ¿Sirven tortitas en el Richmond, como las que la señora Meyers hace? — se volvió hacia su madre — .

Oh, mamá, deberías probar las tortitas que hace la señora Meyers. ¡Son deliciosas!

A Casey le costaba asimilar el hecho de que había cosas que su hija y su padre compartían, y de las cuales ella no tenía conocimiento. Aunque por lo menos sabía quién era la señora Meyers, pensó agradecida. No era una de las «amigas», de Logan, sino su ama de llaves.

— ¿Entonces nos podemos ir? — insistió Maddison temiendo que su madre cambiara de opinión — . Estoy lista y tengo mucha hambre.

— Bien — Logan empezó otra vez, pero entonces Casey tomó la iniciativa.

— Espera un poco, cariño. Me gustaría intercambiar un par de palabras con tu padre — hizo una pausa y luego dijo — . Si él tiene tiempo.

Logan se enderezó, entró en la cocina y cerró la puerta tras de sí.

— ¿Estás segura de que no quieres prepararme el desayuno? — preguntó — . Sólo por los viejos tiempos, por supuesto.

— Ni en sueños — replicó Casey — . Ahora Maddison, sube un momento a tu

habitación. No tardaremos mucho.

— ¿Otra vez? — el resentimiento de Maddison era evidente.

— Sólo unos minutos, Maddison — le dirigió una mirada de advertencia — . No querrás que te prohíba que vayas a desayunar con tu padre, ¿o sí?

— No podrías — dijo Maddison, a la defensiva, pero aquella vez Logan apoyó a Casey.

— Sí, podría — replicó, y la empujó ligeramente hasta el vestíbulo — . Haz lo que te han dicho, bonita. No tardaremos mucho.

Maddison se fue de muy mal humor.

— Yo puedo educar a mi hija — le espetó y se acercó al fregadero. Como Logan no hizo ningún comentario, ella añadió — . ¿Quieres sentarte?

— ¿Por qué? ¿Crees que vas a decirme algo que me va a impresionar?

— Puede. Allan quiere que Maddison y yo vivamos en Green Hill mientras esperamos el divorcio.

## CAPÍTULO 5

Logan guardó silencio durante algunos segundos, pero luego explotó.

— ¿Qué has dicho? ¿Estás soñando? Ésta es la casa de Maddison, Casey, y la tuya mientras sigas siendo mi esposa.

Casey se sonrojó.

— Lo cual no será durante mucho tiempo — respondió, ya sin control — . ¡Qué hipócrita eres, Logan! ¡Vives como quieres, pero cuando yo decido hacer algún cambio en mi propia vida, de pronto decides hacer el papel de esposo exigente!

— Yo no he escogido ese papel — replicó. Puso los brazos en jarras y se separó de la puerta — . Simplemente, teniendo en cuenta que eres la madre de Maddison, no podía esperarme esa locura. ¿O dormir con tu amante cuenta más que los sentimientos de tu hija?

— ¿Cómo te atreves?

— ¿Cómo me atrevo, a qué? — Logan dio un paso hacia ella — . ¿Qué pensabas que iba a decir? Oh, sí, ya sé: Adelante. ¿Trastorna la vida de Maddison hasta que vuelvas a recuperar el sentido común?

— ¿Qué quieres decir con eso de hasta que vuelva a recuperar el sentido común? Ya te lo he dicho. Allan y yo nos queremos y él será un buen padre para Maddison. Supongo que te habrás dado cuenta de que necesita la influencia de un hombre.

— Estoy de acuerdo — Logan dio otro paso hacia ella — . La mía. Ella necesita mi influencia. Yo soy su padre, Casey, no soy un simple Allan. Y si tú crees que voy a permitir que mi hija viva en ese lugar de patanes, estás equivocada. Si quieres cambiar las reglas, de acuerdo, pero si lo haces, ¡Maddison vendrá a vivir conmigo!

Casey sintió una opresión en el pecho que le impedía respirar.

— ¡No hablarás en serio! — exclamó — . Además, estuviste de acuerdo en que yo debería tener la custodia de la niña. No puedes llevártela.

— Inténtalo — repuso Logan, con suavidad. Levantó una mano y le acarició la barbilla — . ¿Pensabas que iba a facilitar las cosas? ¡Cariño, estás completamente equivocada!

— ¡No me toques! — Casey apartó la cara, pero lo que logró fue que Logan pusiera las manos en el fregadero, y la aprisionara contra éste — . Y no me llames «cariño». No te saldrás con la tuya Logan. Yo también tengo armas.

— ¡Armas! Casey, ¿cómo hemos podido llegar a esto?

— Si no me sueltas...

— ¿Si no te suelto... qué? ¿Qué vas a hacer? ¿Gritar? — negó con la cabeza — . Oh, no creo que seas capaz, Casey. No creo que seas capaz de asustar a Maddison.

— Maddison no se alarmaría, si aceptaras que la gente tiene derecho a planear su vida — replicó casi sin aliento — , y además ella no es tu única hija, ¿verdad? ¿Qué pasó

con el hijo de Cassandra? ¿O no tengo derecho a preguntar?

— No tengo la más mínima idea de qué pasó con el niño de Cassandra — replicó despreocupadamente — , ni siquiera sé dónde está ella. Supongo que volvió a Francia. Eso no es asunto mío.

— ¿Cómo puedes decir eso? — levantó una mano y se echó el pelo hacia atrás — . Logan, esto es infantil. ¿Qué quieres conseguir?

Casey levantó los ojos hacia el techo, como si buscara la intervención divina, pero la verdad era que su cercanía todavía la turbaba. Ella lo despreciaba, pero no podía ignorarlo, y esa situación la ponía tensa.

— ¿Qué quieres?

Pensó que si lo intentaba otra vez y lograba hacerlo entrar en razón, podría tener éxito. «¡Dios, si Allan estuviera aquí!», pensó desesperada, y recordó la imagen de su prometido, en un intento por evitar la cruda realidad. «Si estuviera aquí, esto no sucedería».

— A ti — y mientras lo decía le mordisqueó suavemente el lóbulo de la oreja.

— Estás loco — dijo.

Sus esperanzas de conducir la situación de manera racional disminuyeron. Sus intentos de parecer indiferente a sus avances fueron vanos. Respiró profundamente y con firmeza presionó las manos contra el pecho de Logan. Sentir el calor de su piel, a través de la tela de su camiseta, fue casi su perdición. Recordó que siempre había sido un placer para ella deslizar las manos por su pecho y los planos contornos de su estómago.

— ¿A mí?

Casey hizo la pregunta con esfuerzo y se dio cuenta de que mientras había dejado vagar sus pensamientos, Logan se había acercado más. Su resistencia había disminuido ante el imprudente giro de sus pensamientos y en ese momento se sentía profundamente vulnerable. Logan empezó a besarle el cuello y a trazar sus contornos con la lengua. Si Casey movía la cabeza un poco, se encontraría con su boca, y el peligro que correría, si eso llegara a suceder, era demasiado horrible para considerarlo siquiera.

¿Cómo era posible que estuviera en esa situación?, se preguntó incrédula. ¿Cómo permitía que Logan se acercara tanto, cuando lo único que quería era humillarla? Bueno, cualquiera que fueran sus intenciones no se saldría con la suya. Sin embargo, la debilidad de sus rodillas se hizo más intensa cuando lo miró a los labios.

— Tú no me quieres — insistió — . Tú sólo quieres controlarme; destruir cualquier oportunidad que tuviera de encontrar la felicidad con otra persona — elevó la voz — . En realidad no te importa que me case con Allan. ¡Lo que no puedes soportar es que él pueda hacer lo que tú nunca pudiste!

— ¿Nunca? — preguntó Logan con voz dura.

La obligó a levantar el rostro para mirarlo cara a cara y, cuando Casey no se había repuesto del sobresalto, la besó.

— ¿Nunca? — repitió sobre su boca.

Logan deslizó la lengua entre sus labios y Casey pensó que iba a desmayarse. Por un momento no pudo pensar, ni reaccionar.

No fue agradable, pero se estremeció con un intenso deseo que no sentía desde hacía años. Logan estaba causando estragos con su beso y, aunque en algún distante rincón de su cerebro, Casey sabía que debía resistirse a él, a los sentimientos que él le inspiraba eran imposibles de ignorar.

Lo deseaba, no como podía desear a Allan, sino de una forma ardiente y salvaje, con una pasión animal, y cuando Logan metió los dedos en su pelo, comprendió que iba a resultarle muy difícil no sucumbir.

No era la primera vez que sucedía. Durante los primeros días de su matrimonio, antes de los abortos de Casey, hacer el amor se había convertido en un juego temerario. Hacían el amor cada vez que lo deseaban. Compartían sus cuerpos, su amor. Les parecía la cosa más natural del mundo y Casey nunca había imaginado entonces que alguien pudiera meterse entre los dos. Pero alguien lo había hecho y el que Casey estuviera en un momento crítico de su vida no significaba que hubiera ninguna razón para olvidarlo. Lo que estaba haciendo Logan era demostrarse que si quería podía tenerla.

Los meses anteriores, Logan se había mantenido a distancia. Probablemente debido a que pensaba que lo que había hecho con Cassandra la haría sentir repulsión por otros hombres. Maddison debía haber tenido a su padre informado de la falta de interés de ella por el sexo opuesto. Además, como se había negado a hacer el amor antes de que ellos se separaran, por miedo a quedarse embarazada, Logan debía haber pensado que no había peligro de que se enamorara de nadie. Después de su último aborto, dicho temor había terminado con su espontaneidad al hacer el amor. No recordaba cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se había sentido tan viva.

Pero aquella no era una excusa para ella, ni para Logan, aquel deseo urgente no era razón para que Logan se saliera con la suya. Allan también podría hacerla temblar de placer, si ella le permitía alguna intimidad, y Allan era el hombre con el que iba a casarse. Logan sólo quería saber hasta dónde le permitiría llegar.

El sonido de los pasos de Maddison bajando por la escalera, puso fin a aquella prueba de fuego. Logan maldijo entre dientes y la soltó. Mientras se cerraba la bata, Casey se dijo que incluso sin la intervención de Maddison habría puesto fin a aquella escena, pero cuando se encontró con la mirada irónica de Logan, supo que nunca lo convencería de ello. Casey lo miró con desprecio. Aunque no sabía si ese desprecio iba dirigido hacia él o hacia ella misma. Lo que sí sabía era que Logan representaba un peligro para su nueva felicidad y que tenía tan pocos escrúpulos como antes.

Cuando oyeron que Maddison se acercaba a la cocina, Casey ya estaba suficientemente controlada como para poder mirar a su hija sin traicionar sus sentimientos. No estaba preparada para lo que acababa de suceder ni para lo que pudiera pasar en el futuro, pero conseguiría el divorcio. De eso no tenía duda.

La tensión que había en la cocina era palpable y Maddison, a pesar de su edad, lo advirtió.

— ¿Pasa algo? — preguntó, con una mezcla de impaciencia y ansiedad — . No os oía hablar, y creía que le habías dicho a papá que se fuera, mamá.

— Tu madre no haría una cosa así — respondió Logan — . Me estaba haciendo recordar viejos tiempos.

— ¡Bastardo!

A espaldas de la niña, Casey musitó aquel insulto, pero no supo si él la había oído.

Logan estaba apoyado en el borde de la mesa con un absoluto dominio de sí mismo.

— Bueno, ¿nos vamos ya? — exclamó Maddison, un poco enfadada — . ¡Ya he esperado siglos! ¿No podrías hablar con mamá más tarde?

— Claro que sí — repuso Logan burlón — , mamá y yo tenemos mucho de qué hablar después. Será mejor que reserve la habitación de Richmond durante unos días más.

— ¿Por qué no te quedas aquí? — protestó Maddison, inmediatamente.

— Ven aquí, bonita — contestó, y evitó una respuesta directa — . Nos esperan nuestros huevos con jamón, y tu madre tiene que vestirse para ir a trabajar. No quiere llegar tarde, ¿verdad?

Casey logró controlarse hasta que oyó que el coche se alejaba, y entonces dio rienda suelta a sus sentimientos. El muy cerdo, pensó, mientras subía por la escalera hacia su habitación. ¿Cómo osaba siquiera suponer que podía tener ganas de volver a hablar con él? Hubiera sido mucho mejor dejar que su abogado hablara con él y no intentar razonar con un bastardo vanidoso como Logan.

Media hora más tarde, después de haberse duchado, Casey, de pie ante el espejo de su habitación, trataba de razonar.

En primer lugar, ¿por qué se había puesto tan furiosa porque Logan la hubiera abrazado y besado; porque la había hecho sentir la facilidad con la que se excitaba? Había ocurrido muchas veces cuando eran marido y mujer. Entonces, ¿por qué se estaba comportando como una virgen ultrajada? «Porque le has permitido conseguir lo que quería», dijo una voz burlona en su interior; «porque has dejado que pensara que podía conseguirte cuanto quisiera, y eso es lo que te enfurece». Debería haber estado prevenida; saber que la abrazaba y besaba no porque la deseara, sino porque quería saber cómo reaccionaría.

Por eso se sentía tan frustrada, pensó, mientras retiraba la toalla con la que se había recogido el pelo al salir de la ducha.

Vaciló cuando llegó el momento de decidir qué iba a ponerse para ir a trabajar. Su atuendo habitual, una blusa y una falda, que acompañaba con una chaqueta o un suéter en los días más fríos, de pronto le parecía muy formal, pero cuando se dio cuenta de por qué dudaba sobre qué ponerse, se vistió rápidamente y sin pensar. No tenía ninguna intención de competir con las mujeres con las que Logan trataba en Londres.

El teléfono sonó cuando estaba saliendo de casa, y aunque estuvo a punto de ignorarlo, la posibilidad de que fuera el señor Hughes el que llamaba la hizo descolgar el auricular.

— ¿Sí? — contestó.

Era consciente de que su tono no era muy amistoso, pero no estaba del todo convencida de que no pudiera tratarse de Logan el que llamaba. Sin embargo, la fina y triste voz que le respondió era inequívocamente femenina.

— Mmm. Pareces deprimida, cariño. ¿Te has levantado con el pie izquierdo, o esa nieta mía te ha hecho algo terrible?

— ¡Mamá!

El asombro de Casey no era fingido. Habían pasado tres meses desde la última vez que había hablado con su madre, justo antes de que ésta saliera del país para hacer una prolongada visita al hermano de Casey, que vivía en Nueva Zelanda. Casey no esperaba que volviera hasta el próximo mes.

— Sí, soy yo — respondió la señora Hussain. Parecía disfrutar de la sorpresa de su hija — . El avión acaba de llegar, así que te llamo desde el aeropuerto.

— Ya veo.

Casey intentó inyectar a su voz una nota de entusiasmo, pero no le resultaba nada fácil.

— No pareces muy contenta de oírme — observó la señora Hussain.

— No es eso — repuso, poco convencida — , por supuesto que me alegro de oírte y de que hayas llegado a casa sana y salva. Deberías habernos avisado para que hubiéramos ido a buscarte al aeropuerto.

— Sí. Bueno, es que todo ha sido muy rápido y realmente no importa. Ya estoy aquí y he hecho un buen viaje. Me he pasado la mitad del viaje durmiendo. Quizá el cambio de horario me afecte después, pero de momento estoy de maravilla.

— ¡Qué bien! — Casey se humedeció los labios — . Bueno, tengo un poco de prisa. Ya llego tarde a trabajar, y ahora...

— Tengo que colgar, lo sé — dijo su madre, y Casey suspiró aliviada — , pero tengo un motivo para llamar. He pensado que podría pasar unos días contigo y con Maddison, antes de volver a mi casa. ¿Qué te parece?

— ¿Aquí?

Casey se dio cuenta de que su madre podría entristecerse por el tono en el que lo había preguntado. Eso era lo último que le faltaba: que su madre llegara y averiguara lo que estaba pasando. La señora Hussain no sabía que ella y Allan ya estaban comprometidos y, a pesar de todo lo ocurrido entre Logan y Casey, siempre había manifestado una especial debilidad por éste.

— ¿Dónde si no? — contestó su madre, con impaciencia — . Casey, ¿pasa algo? ¿Ese ganadero de cerdos se ha ido a vivir contigo o algo así? Porque si lo ha hecho, debo decirte que no creo que sea conveniente que Maddison...

— ¡No! — contestó Casey indignada y no le dio oportunidad a su madre de terminar — . Y Allan no es un ganadero de cerdos, como bien sabes. Tiene una antigua y hermosa granja con vacas, en el corazón de la campiña de Sterire, ¡y estoy orgullosa de poder decir que me ha pedido que me case con él, tan pronto Logan y yo nos divorciemos!

Casey no tenía intención de hablar de eso de buenas a primeras, y en cuanto lo dijo deseó no haberlo mencionado, pero el sarcasmo de su madre, después de haber soportado a Logan, había sido demasiado para ella. Casey esperaba la reacción de su madre.

— Ya lo veía venir. ¿Y lo sabe Logan?

Como siempre hacía, la señora Hussain fue directamente al grano, y por un momento Casey se preguntó si Logan no habría sido la razón por la que su madre habría suspendido sus vacaciones. Pero no, Logan ni siquiera sabía que su suegra estaba fuera del país, y seguramente no le apetecería que ésta intercediera a su favor. Casey deseó haber sucumbido a la tentación de no contestar el teléfono. La conversación con

su madre se estaba poniendo difícil, y a Mack no le gustaba que sus empleados llegaran tarde.

— Ya se lo he dicho — explicó, y se preguntó si habría alguna forma de evitar que se enterara de que había estado allí — . Mira mamá, tengo que irme. Tú sabes cómo es el señor Hughes.

— ¿Así que no soy bienvenida a Richwood?

— ¡Por supuesto que eres bienvenida! — exclamó, y recordó lo poco complicada que era su vida hacía sólo un par de días — . Pero Logan está aquí también. Ha venido para que hablemos de los arreglos del divorcio.

— ¿Logan está contigo? — su madre parecía encantada, y Casey se preguntó si ésta habría sido tan indulgente con Logan, si hubiera estado en su lugar cuando él le había sido infiel — . Tengo muchas ganas de verlo.

— Está hospedado en el Richmond — replicó Casey, sin humor para cantar las alabanzas de Logan — . Hoy va a pasar el día con Maddison. Le he dado permiso para no ir a la escuela. Se han ido a desayunar al hotel.

— Ya veo — la señora Hussain parecía muy convencida de la explicación de su hija, pero el sonido del sistema de información del aeropuerto la obligó a terminar la llamada — . Tengo que colgar, ya van a entregar los equipajes y no quiero ser la última. Hay un tren que sale de Paddington a las diez y media. Con un poco de suerte, tendré tiempo para alcanzarlo. Así que posiblemente te vea a la hora de la comida. Si no, iré a la tienda a buscarte.

— De acuerdo.

Casey contestó sin ningún entusiasmo, pero la perspectiva de que disminuyeran las probabilidades de arreglar su problema no eran lo mejor para levantar el ánimo. Logan siempre había sido el hombre ideal para su madre. Incluso cuando Casey se había ido a Londres después de encontrar a Kassandra y a su esposo juntos, su madre le había advertido que no se precipitara y había intentado disculparlo.

Casey dejó el auricular en su lugar y lo miró. ¡Santo Dios! Con su madre allí iba a ser imposible tener una conversación seria con su esposo. ¿Por qué después de estar tanto tiempo fuera, tenía su madre tantas ganas de ir a quedarse con ella? A menos que sospechara algo, no era normal que retrasara la llegada a su propia casa.

## CAPÍTULO 6

Casey estaba en el almacén de la tienda, cuando Mack Hughes fue a buscarla. Estaba desembalando una porcelana danesa que acababan de entregarles, para luego catalogarla para su exhibición. En consecuencia, tenía las manos sucias. El señor Hughes le dijo que tenía una visita, lo que la sorprendió. La convicción de que se trataba de Logan la hizo sonrojarse, y no le hizo ninguna gracia que el anticuario le sugiriera que se mirara en un espejo, antes de reunirse con su admirador.

— No es mi admirador — replicó Casey, malhumorada — , usted sabe perfectamente que es mi esposo, y si piensa que...

— ¿Usted y Hayes están casados?

El señor Hughes se asombró, y Casey lo miró confundida, antes de echar un rápido vistazo a través de la cortina que dividía las dos habitaciones de la tienda. Allan estaba al lado de un escritorio francés que Mack tenía en exhibición, y, a juzgar por su expresión, la había oído.

— ¡Dios mío! — murmuró Casey, antes de mirar a su jefe, frustrada.

Después, sin pensar en su aspecto, apartó la cortina e ignoró la expresión de enfado de Allan:

— ¡Qué agradable sorpresa!

— ¿De verdad?

Allan no estaba muy convencido.

— Por supuesto que sí — exclamó, Casey acariciándole cariñosamente el brazo — . Siempre me alegro de verte, Allan, pero no te esperaba.

— ¿Por qué? — Allan no estaba todavía de humor como para disculparla — , ¿por qué habías quedado con tu... esposo? — lo dijo de una forma que indicaba que no sólo estaba enfadado por lo que acababa de oír — . Sé que Gallagher ha pasado esta noche en el pueblo. ¿Es una coincidencia que su coche haya estado aparcado enfrente de tu casa, toda la noche?

Casey lo miró desolada. No estaba dispuesta a soportarlo; aunque los sentimientos de Allan pudieran estar justificados, ella se merecía alguna confianza. Respiró profundamente antes de decir:

— ¿Para eso has venido?

— Bueno, yo... — era evidente que no se esperaba aquella respuesta.

— Porque si es así, te sugiero que lo discutamos en otra ocasión — la expresión de Casey era tan fría como la de él — . Tengo trabajo, Allan. El señor Hughes no me paga para que me permita el lujo de tener discusiones insignificantes sobre mi vida privada.

— No creo que esta sea una discusión insignificante, Casey. Es obvio que tú esperabas que Logan viniera a verte. Creía que ibas a llamarle por teléfono, no a invitarlo a tu casa. ¿Qué piensas que sentí cuando uno de tus vecinos me dijo que su BMW había

estado aparcado en frente de tu casa toda la noche?

— La señora Reynolds.

Se trataba de una mujer mayor que vivía en la casa de enfrente. Como no tenía nada que hacer en todo el día, se dedicaba a espiar a los vecinos.

— No importa quién haya sido — Allan parecía haber recuperado la confianza en sí mismo — . ¿Qué sentirías si invitará a mi exesposa a pasar la noche en Green Hill? Casey lo miró más relajada.

— Tú no tienes una exesposa, ¿o sí?

— Sabes lo que quiero decir — declaró, malhumorado — . Mi madre estaba... yo estaba... mortificado.

— Ah — Casey empezaba a comprender — . Ha sido tu madre la que te lo ha dicho. No la sorprendía. La señora Hayes había sido la única mujer en la vida de su hijo durante demasiado tiempo, no estaba dispuesta a renunciar a ese papel de buen grado.

— No importa quién me lo haya dicho — repitió Allan — . Es cierto. Gallagher está aquí en Norton, ¿no? ¿Pero por qué? ¿Qué quiere? ¿No le dijiste que querías el divorcio?

— ¡Por supuesto que se lo dije! — exclamó Casey, y le lanzó una airada mirada.

Casey sabía que Mack los estaba oyendo y no tenía ganas de que sus problemas fueran conocidos por todo el mundo. Ya se había originado suficiente escándalo cuando Logan la había dejado. Entonces, su hija no había sido consciente de los comentarios que sobre ella se hacían en el pueblo; pero Maddison ya era mayor y no podría engañarla. La última cosa que quería era que su hija escuchara la historia de su separación, de labios de alguien que no fuera ella misma.

— Mira, te sugiero que hablemos de esto esta misma noche. Ven a buscarme a las siete y media. Podríamos ir a tomar una copa.

Allan se puso rígido.

— ¿Por qué no puedo ir a tu casa? — sonrió con ironía — . ¿O tu marido piensa quedarse definitivamente?

— No — Casey hervía por dentro — . Logan está en una habitación en el Richmond. Puedes comprobarlo si no me crees. Estoy segura de que a Jadon Henderson le encantará que muestres interés. Allan se sonrojó.

— ¿Entonces, cómo puedes dejar a Maddison sola esta noche? — preguntó — . Creía que Sandra estaba de vacaciones con sus padres.

— Así es — Sandra era una joven de dieciséis años, que regularmente cuidaba a Maddison y así ganaba algún dinero extra para sus gastos — . Mi madre viene a quedarse con nosotros unos días. Llegará a la hora de la comida. Estoy segura de que no te importará que salga un par de horas. Supongo que tú preferirás que no nos oiga nadie.

Allan se frotó la barbilla.

— No me habías dicho que tu madre iba a venir.

— ¡Oh, por Dios! — Casey perdió la paciencia — . No lo he sabido hasta hoy. Me ha llamado esta mañana. Te conté que estaba con mi hermano James, en Nueva Zelanda, ¿verdad? Bueno, pues ha vuelto antes de lo que yo esperaba, y ha decidido venir a

quedarse con nosotras unos días, antes de irse a su apartamento.

Allan respiró con fuerza.

— ¿Estás segura de que no la has invitado a venir, porque te parece difícil resolver la situación a ti sola? — la expresión furiosa de Casey lo hizo levantar una mano para apaciguarla — . No he querido decir eso — se disculpó apresuradamente — , por supuesto que te creo. Nunca me has mentido, pero cuando me he enterado de que Logan estaba aquí, bueno... ¿puedes culparme por haber llegado a la conclusión más obvia?

Casey suspiró. En el fondo, Allan tenía razón, y si no estuvieran allí, probablemente habría respondido menos acaloradamente a sus acusaciones.

— ¿Esta noche entonces? — le preguntó a Allan.

— Si es que a tu madre no le importa que salgamos, — le acarició la mejilla — . Si así fuera, supongo que deberíamos complacerla. No me gustaría enfadarme con mi futura suegra antes de que estemos viviendo juntos.

Casey intentó esbozar una sonrisa. Cuando Allan salió, no pudo dejar de pensar en lo ingenuo que era para algunas cosas. La señora Hussain no mantenía en secreto que Allan no le gustaba. Ella lo consideraba presumido y autoritario, y no perdía la oportunidad de minimizarlo ante los ojos de Casey. Casey estaba segura de que su madre tendría muchas cosas qué decir sobre su compromiso; aunque nada constructivo seguramente.

Y también estaba convencida de que se aliaría con Logan. Él y su madre compartirían un punto de vista similar.

Cuando llegó a su casa vio el BMW de Logan y tuvo la tentación de golpear la parte posterior del coche con su pequeño Ford, pero no creía que su pequeño coche saliera bien librado. Además, no estaba bien dejar que Logan se diera cuenta de que la sacaba de quicio con tanta facilidad.

En cualquier caso, esa misma noche podría poner fin a aquella situación. Cuanto antes se diera cuenta Logan y su madre de que iba en serio su relación con Allan, más rápidamente la aceptarían. Se negaba a tomar en serio las amenazas de Logan sobre Maddison. No podría llevársela, no lo haría. Era sólo un cruel intento de someterla. Por eso mismo, no pudo negar la angustia que sintió cuando entró en casa y oyó a Logan y a Maddison reír juntos, en la cocina. Recordó las veces que llegaba a casa, oía ese sonido tan familiar, y se unía a ellos, feliz.

Pero las cosas habían cambiado mucho y vaciló antes de entrar en la cocina. No quería ver a Maddison y a su padre, juntos. No quería sentirse culpable por ser ella la responsable de la ruptura final.

Logan debía de haberla oído llegar, porque apareció en la puerta de la cocina con una toalla de papel metida en la cintura, a manera de delantal y una espátula de madera en la mano.

— ¡Oh, hola! — saludó como si fuera el anfitrión y ella la visita — . Me ha parecido oír a alguien en el vestíbulo.

Casey apretó los labios.

— ¿A quién esperabas? ¿A mi madre?

— ¿A tu madre? — repitió Logan, confundido.

Maddison apareció detrás de él con un delantal.

— ¿Quieres comer algo, mamá? — preguntó — . Papá está haciendo tortitas. En el hotel no había y ya sabes cuánto me gustan.

— ¡Qué bien!

Casey fue incapaz de evitar la ironía que se reflejaba en su voz. Era difícil no estar resentida en aquellas circunstancias, y el hecho de que se creyera con derecho a entrar allí cuando le apetecía la llenaba de una desesperación creciente.

— ¿Qué has dicho de tu madre?

A Logan no le distrajo la inocente intervención de Maddison, y esta abrió los ojos de par en par cuando se dio cuenta de lo que había dicho su madre.

— ¿Abuela? — exclamó — , ¿ya ha vuelto de Nueva Zelanda? — se volvió a mirar a su padre — . La abuela estaba de vacaciones con el tío James y la tía Bethany. ¿No te lo contó mamá?

— Tu madre no me cuenta nada — replicó Logan, rotundo. Miró a Casey y preguntó — . ¿Está tu madre aquí?

Casey se sintió repentinamente cansada.

— Sí, bueno... no, todavía no. Me telefoneó desde el aeropuerto esta mañana.

Pensaba venir en el tren que sale de Paddington por la mañana. Por lo visto, quiere prolongar sus vacaciones aquí, con nosotras.

— ¡Qué bien! — exclamó Maddison encantada — . ¿Qué me habrá traído? — añadió con su típica espontaneidad — . Ojalá sea un koala. Son tan suaves... Isabelle Lane llevó uno a la escuela.

— Los koalas son de Australia — apuntó Casey, automáticamente, pero Logan esperaba todavía su respuesta.

— ¿Por qué creías que sabía que tu madre iba a venir hoy? — preguntó — . No he visto a tu madre, desde hace muchísimo tiempo. ¿O se supone que soy adivino?

Perdóname, ¿pero no acabas de decir que no sabías que iba a venir hasta esta mañana?

— No quiero hablar de eso — Casey se dio cuenta de su error y trató de distraerlo — . Creo que se te están quemando las tortitas.

— Ya lo entiendo — contestó Logan sin prestarle atención — . Creías que me había aliado con tu madre y que había sido idea mía que viniera a quedarse aquí — movió la cabeza — . Deja que me ría. Tu madre es un pájaro viejo con demasiadas horas de vuelo para eso.

Casey apretó los labios.

— Mi madre no es un pájaro viejo — replicó fríamente.

Entró en la cocina, quitó el sartén del fuego y abrió una ventana para que el humo saliera. Después, de espaldas al fregadero, señaló los restos de harina, leche; y clara de huevo que decoraban la mesa.

— Confío en que limpiarás esto. Yo no puedo permitirme el lujo de pagar una sirvienta.

— ¡Oh, mamá!

Desafortunadamente, era a Maddison a la que más le afectaba la lengua afilada de su

madre. Logan, por supuesto, se limitó a arquear una ceja.

— ¿No te pago lo suficiente?

Casey se clavó las uñas en las palmas de la mano. Resultaba tan fácil para él ridiculizar sus quejas, y luego echarle la culpa a ella. Lo hacía sin ningún esfuerzo. Sabía que estando Maddison presente, sería improbable que se atreviera a montar un escándalo.

— No te estoy regañando a ti, cariño — susurró Casey.

Rodeó con un brazo los hombros de la pequeña, que estaba intentando limpiar aquello con toallas de papel. Al oír las palabras de su madre la miró con cierto alivio.

— A quien culpa es a mí — contestó Logan, inyectando a su voz una nota de humor para no asustar a la chiquilla. Pasó al lado de Casey para tomar el tazón con la pasta restante — . Creo que deberíamos dejar esto por ahora, Maddison, le pediré a la señora Meyers que haga la próxima vez que vayas a casa.

— ¿Ya no vamos a hacerlas? — preguntó Maddison dolida. Casey le arrebató el tazón a Logan. — ¡Yo puedo hacerlas!

Aunque la sola idea de hacer algo bajo la mirada de Logan debería haberla desanimado, era incapaz de seguir allí sin tener nada concreto que hacer.

— ¿He dicho que no pudieras?

Logan la miró y ella tuvo el incómodo presentimiento de que todo lo que decía tenía un doble significado. Sus enigmáticos ojos la hacían estremecerse a pesar del calor de la estancia, y suspiró aliviada cuando al fin se volvió hacia la cocina. Tenía intenciones de pasar la aspiradora en la alfombra de la sala y preparar una cama para su madre, pero ya no le daba tiempo. Puso una cucharada de pasta en la sartén, ya caliente. Logan era consciente de que ella se estaba dejando dominar por sus sentimientos y disfrutaba con su frustración.

Maddison terminó de poner la mesa para ella y su padre, en el extremo de la cocina, y Logan se acercó a Casey.

— Por lo que veo no te gusta que usemos tu cocina — repuso con suavidad. Sacó de la sartén una de las tortitas ya hecha y la dejó enfriar en el mostrador. Después se la metió en la boca — . Hmm. Estas están muy buenas. Mucho mejor que las mías.

— Están hechas con la misma pasta — replicó Casey — . Y no me molesta nada de lo que Maddison haga en esta casa. Tiene tanto derecho como yo. Es su casa.

— Pero no la mía — tomó otro pedacito — . Dime. ¿exactamente cuándo piensas irte con Hayes?

Casey volvió la cabeza bruscamente.

— ¿No lo sabes? — preguntó con frialdad.

Se dio cuenta de que Maddison le había dicho el apellido de Allan.

— Si lo supiera no te lo preguntaría — replicó Logan — . ¿Cuántas tortitas vas a hacer? No creo que ninguno de nosotros coma más de dos.

— ¿Esperas que crea que no le has sacado información a Maddison? — colocó más pasta dentro de la sartén.

— No. Te estoy diciendo que estás haciendo demasiadas tortitas. He hecho demasiada pasta. ¿Echo el resto en la sartén?

— ¿Entonces cómo sabes el apellido de Allan? Yo no te lo he dicho. ¿O has estado con Jadon Henderson?

Logan suspiró.

— Me lo ha dicho Maddison.

— ¡Lo sabía!

— Pero no porque se lo haya preguntado — aseguró — . Aparentemente, así lo llama ella — apretó los labios — . Yo esperaba que por lo menos le llamara tío Allan.

Casey enrojeció.

— Y a mí me gustaría poder presentar a Allan como su padrastro — replicó mordaz — . ¡No puedo imaginarme cuántas tías habrá conocido en tu casa!

Logan permaneció impasible.

— ¿No te lo ha dicho?

— No — negó con la cabeza.

— ¿Por qué no?

— Porque no se lo he preguntado.

Esa no era exactamente la verdad. Ella siempre le preguntaba a Maddison a quién conocía cuando iba a ver a su padre, en Londres. El hecho de que ninguna mujer, aparte de la señora Meyers, figurara en su relato, no quería decir que no la hubiera. Maddison era una experta en guardar secretos. La expresión de Logan no reflejaba nada, pero Casey sabía que estaba esperando todavía la respuesta a su pregunta, y fingir que había olvidado esta era hacerle el juego.

— ¿Le preparo su cama a la abuela? — preguntó de pronto Maddison — . ¿Crees que le gustarán las tortitas? ¿Habrá suficientes?

— Oh, sí, habrá suficientes — repuso Casey, alegrándose del respiro — , aunque no sé si querrá. Ya sabes cómo se preocupa por no engordar.

— Oh, sí.

Maddison sonrió y Casey se dio cuenta de que en su prisa por hablar con su hija había manchado la camisa de Logan. La camisa de seda azul marino estaba decorada con una mancha del lechoso líquido.

— ¡Oh, Dios mío, lo siento! — murmuró. Tomó una toalla de papel y titubeó sobre lo que debía hacer.

Quitarla con la toalla no sería muy efectivo, y pedirle que se quitara la camisa para lavarla, estaba más allá de lo que estaba dispuesta a hacer.

— No importa — le aseguró él, paciente.

Le agarró a Casey la mano en la que sostenía la toalla y la acercó a su pecho. Deliberadamente, la hizo frotar la superficie sucia sin soltar su muñeca, mientras la miraba fijamente a los ojos.

— Así está mucho mejor, ¿no crees? Casey, consciente de que cualquier discusión violenta podría asustar a Maddison, no dijo nada. Simplemente, miró en silencio la oscura y visible mancha.

— ¿No estás de acuerdo? Entonces puedes lavarla más tarde. Me la quitaré, aunque no me gustaría que tu madre llegara y me encontrara medio desnudo. Podría llevarse una impresión equivocada.

— Lo dudo — indicó Casey — . ¿Me sueltas, por favor? Me gustaría terminar de hacer las tortitas.

— Ahora mismo — Logan miró rápidamente a Maddison por el rabillo de un ojo, y después continuó con dulzura — . Si crees que porque no quiero que te vayas a vivir con Hayes, él podría mudarse aquí, será mejor que lo pienses dos veces...

— Allan no va a venir aquí — siseó con frialdad, y como Maddison los estaba mirando, le brindó una falsa sonrisa — . Él ni siquiera ha dormido nunca aquí — agregó triunfante — ¡Y no creas que no se lo he pedido, porque sí lo he hecho!

Pero no era cierto. A pesar de su jactancia, Casey no había superado todavía su repugnancia por el sexo. Al principio se decía que era por su miedo a quedarse embarazada, pero eso tampoco era cierto. Una conversación con un médico, poco después de su separación, la había convencido de que parte del problema que tenía, cuando vivía con Logan, era debido a su desesperado anhelo por tener otro hijo. Desde entonces era plenamente consciente de que no existía ninguna razón para que no pudiera tener otro hijo.

Otra excusa que ella se daba para no tener relaciones con Allan, era que el encontrar a Logan y a la francesa juntos había destruido temporalmente su capacidad sexual, pero otra vez sabía que estaba muy lejos de la verdad. Cuando Logan la había tocado aquella mañana, ella había tenido dificultad para controlar sentimientos que creía muertos. O si no muertos, dormidos; pero Logan los había despertado y eso la hacía estar más confundida.

El problema, se dijo irritada, era que Logan la conocía muy bien; habían vivido juntos durante más de ocho años y eso le daba ciertas ventajas. Se preguntaba qué estaría pensando en ese momento. ¿Lo habría convencido de que Allan y ella eran amantes, o simplemente estaba buscando otra manera de volver en su contra sus propias palabras?

— ¿Por qué no te sientas? — le pidió ella, con voz, lo suficiente alta, como para que Maddison la oyera — . La comida se va a enfriar.

— De acuerdo — replicó Logan y se inclinó para tomar de la repisa el plato con las tortitas. Al hacerlo, rozó con el brazo uno de los senos de Casey, y ella retrocedió como si la hubiera quemado — . ¿Y cuándo voy a conocer ese dechado de virtudes? Si ha conseguido acostarse contigo, es que obviamente es más astuto de lo que pensaba.

— ¡Vete al infierno! — gritó Casey.

Se llevó una mano a la boca y salió corriendo de la cocina.

## CAPÍTULO 7

El sonido que hicieron las tazas de té, la despertaron. Durante unos segundos, permaneció tumbada y desorientada. Nadie le llevaba el té a la cama desde hacía mucho tiempo. Maddison era demasiado pequeña y de cualquier modo ella le había advertido que tuviera cuidado con el agua caliente. Por un momento se preguntó si todo lo sucedido habría sido sólo un sueño, y lo que estaba oyendo era que Logan le llevaba su té matutino, como en los viejos tiempos. Una tetera, pan tostado con mantequilla, y los periódicos del día... ¡qué felicidad!, pero la voz de su madre disipó rápidamente aquel pensamiento.

— En realidad, eres tú la que debería llevarme el té, — apuntó la señora Hussain, y entró en la habitación con una bandeja — , ¿Ya has visto que son más de las ocho, o es que la niña también va a faltar hoy a la escuela?

Casey gruñó y se sentó en la cama.

— ¡Oh, Dios mío! — miró el reloj de la mesilla con incredulidad — . ¿Es esta la hora? El autobús de Maddison llegará dentro de veinte minutos, y ella tarda horas en el baño, eso por no mencionar el tiempo que tarda en desayunar.

— Relájate — su madre se sentó cómodamente en el borde de la cama y colocó la bandeja junto a ella — . Maddison ya está levantada, vestida y desayunada en estos momentos — puso mala cara — . Son las ventajas del cambio de horario. Me he despertado a las cinco de la mañana.

¡Qué afortunada!, pensó Casey con pesar. Más o menos a esa hora ella se estaba quedando dormida.

— Gracias, mamá.

Aceptó la taza de té que su madre le sirvió.

— Así que... — señaló su madre, después de que se tomaron el té en silencio — , ¿qué vas a hacer?

Casey se encogió de hombros.

— Acabarme el té, levantarme e irme a trabajar, supongo. ¿Y tú? No quiero que te dediques a arreglar la casa.

— Lo que quiero saber es qué vas a hacer con Logan — levantó la mirada de la taza y miró a su hija — . Por lo que veo, tienes un problema y no lo vas a resolver escondiendo la cabeza en la arena.

Casey se indignó.

— No escondo la cabeza en la arena.

— Pues creo que sí. Si de verdad quisieras resolver la situación, habrías invitado a la casa a tu ganadero de cerdos, anoche, en lugar de escabullirte para reunirte con él.

Casey respiró profundamente.

— ¿Cuántas veces...?

— Lo sé — su madre no parecía arrepentida — , él no tiene cerdos, pero es ganadero, ¿no? Y si quieres que te tomemos en serio, debes poner las cartas sobre la mesa.

— Ojalá dejaras de hablar con frases hechas, mamá, ¿y por qué piensas que no quiero que me toméis en serio? Sólo trato de evitar problemas innecesarios. Debo tener en cuenta a Maddison. No puedo invitar a Allan aquí, cuando Logan está en casa. Ya sabes lo que sucedería. No quiero arriesgarme.

— ¿En casa? — repitió — . Dirás, mientras Logan está en la casa. ¿O quiere decir que aún la consideras su casa?

— Por supuesto que no, pero lo es, ¿no? — ante la expresión dudosa de su madre, se apresuró a continuar — . No es ningún secreto que él no quiera que Allan venga aquí — eso, por lo menos, era cierto — . Y no veo necesario someter a Allan a esa clase de molestia. De hecho, a partir de ahora voy a tratar con Logan a través de nuestros respectivos abogados.

— ¿Te parece eso inteligente? — frunció el ceño.

— ¿Qué sería lo inteligente entonces?

— Tratar con Logan a través de un abogado... No quiero meterme en tu vida pero...

— ¡Entonces no lo hagas!

— Pero tengo que decírtelo. No creo que a Logan le guste, y como Maddison está de por medio, sería mejor tenerlo contento.

— ¡Tenerlo contento! — Casey la miró, como si su madre hubiera perdido el juicio — . Mamá, no se trata de tenerlo contento, de hecho, no me importa lo que él sienta, y si te ha estado entreteniendo con el cuento de que me va a llevar a los tribunales, entonces lo siento, pero no dejaré que me amenace.

— ¿Llevarte a los tribunales? — frunció el ceño todavía más — . Bueno, por supuesto, que deberás ir a los tribunales si deseas que el divorcio sea legal.

— Lo sé. Lo que quiero decir es que quiere llevarme a los tribunales por la custodia de Maddison. Logan amenaza con quitármela si me voy a vivir con Allan.

— ¿Irte a vivir con Allan? — parecía confundida, y Casey deseó no haberlo dicho — . Querrás decir... cuando ese hombre y tú estéis casados. ¿Por qué iba a hacer eso? A menos que él piense que hay alguna razón por la que la niña no deba vivir en la misma casa que...

— ¡No es eso! Lo que pasa es que Allan me sugirió que nos fuéramos a vivir a Green Hill mientras esperamos la sentencia de divorcio.

Su madre se quedó con la boca abierta.

— ¿Y estás preparada para hacer eso?

— ¿Por qué no?

— ¿Por qué no? Oh, Casey. ¡No esperes que crea que tú no sabes lo inconveniente que sería para Maddison! La niña necesita seguridad; un hogar estable. No creo que estés dispuesta a poner en peligro el futuro de tu hija, ¿no? — exclamó con impaciencia — . ¿Cómo esperas que aprenda lo que es correcto y lo que no, cuando su madre está tan desesperada por un hombre que está dispuesta a adaptarse a esa situación, esté casada o no?

— Eso no es así.

— ¿Entonces, cómo es?

Casey movió la cabeza.

— Ya sabes. Mucha gente lo hace. Viven juntos antes de casarse, quiero decir...

— Bueno, pues yo no lo apruebo. Y menos cuando hay niños de por medio — dijo con firmeza — . Y tú tampoco lo aprobabas, antes de conocer a este granjero.

— Hay varias casas en los terrenos de la granja — explicó — . Allan quiere que nos vayamos a vivir a una de ellas, sólo hasta que estemos casados, por supuesto. Aunque son pocos los kilómetros que hay entre Green Hill y Norton, sería mucho más fácil para él venir a vernos.

— Mmm — la señora Hussain no parecía impresionada — . ¿Y tú? Estarías mucho más lejos de la tienda... ¿Y Maddison? Tendría que levantarse mucho antes para llevarla al autobús.

«Aquí viene lo más difícil», pensó, cansada.

— Allan cree que Maddison debería ir a la escuela local, ahora que ya es mayor. No hay ninguna razón para que vaya hasta Gloucester todos los días.

La señora Hussain permaneció en silencio. Cuando Casey estaba segura de que iba a descargar su ira sobre su cabeza, la señora se levantó de la cama, tomó la bandeja y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

— Estoy segura de que Maddison debe haber terminado el desayuno — dijo con amabilidad, para confusión de su hija — . No tengas prisa. La cuidaré hasta que se vaya. Le diré que venga para que se despidas de ti.

Casey dejó la taza en la mesita, y miró a su madre.

— ¿Qué te parece? — exclamó, incapaz de contenerse y su madre arqueó las cejas.

— ¿Qué me parece qué, cariño?

— ¿No tienes nada que decir sobre lo que acabo de contarte? ¿No ves que hay ventajas para todos?

— Lo único que veo es una mujer egoísta, y un hombre que obviamente considera sus propias comodidades por encima de los demás — replicó con calma, salió y, antes de cerrar la puerta, comentó — . Oh. Maddison me ha pedido que te recuerde que tienes que escribir una nota para la escuela. No sólo para justificar su ausencia de ayer, sino también para saber si vas a ir a ayudar a... ¿la señorita Adrienne, no?, en el evento de caridad, la próxima semana.

Cuando Casey bajó, Maddison ya se había ido a la escuela y la cocina estaba impecable. Seguramente, por instrucciones de Maddison, encontró en la mesa un tazón. Su madre se estaba duchando y el único ruido en la casa era el que hacía el agua. Casey se sirvió cereales y preparó café. Si llegaba tarde esa mañana, Mack le descontaría parte de su salario, pero se negaba a irse a trabajar sin hablar con su madre otra vez.

Apartó el plato con los cereales y se sirvió una taza de café. No tenía apetito, pero eso no le sorprendía. Con todos los miembros de su familia en su contra, ¿cómo se suponía que iba a estar bien? Su madre apareció cuando se estaba tomando una segunda taza de café.

Al igual que su hija, la señora Hussain tenía el pelo castaño y brillante, aunque en el suyo ya habían aparecido algunas canas. Llevaba el pelo corto y se hacía la

permanente de vez en cuando. Aquel pelo suave y rizado era un marco perfecto para sus finas facciones. Casey se preguntaba algunas veces si su madre habría pensado en la posibilidad de casarse otra vez. Su padre había muerto cuando su hermano y ella eran pequeños. Desde entonces su vida no había sido fácil. Su madre era su único sostén. Sin embargo, a la muerte de una tía ya mayor, les había caído del cielo una herencia cuando Casey y James ya eran adolescentes.

El dinero, cuidadosamente invertido, les había dado ganancias suficientes para que los dos jóvenes pudieran ir a la universidad. A pesar de que tenía dinero suficiente para vivir, la señora Hussain trabajaba algunas horas a la semana para disfrutar así de compañía.

— Pensaba que ya te habrías ido -observó, al entrar en la cocina.

— Bueno, ya ves que no. ¿Quieres café?

— Me encantaría.

Aquella respuesta tan fría y educada no tenía nada que ver con la habitual alegría de su madre, y Casey deseó haber dejado la conversación para más tarde. No quería reñir con su madre, y la sospecha de que Logan tenía algo que ver con la actitud de su madre la preocupaba.

— ¿A qué hora se fue Logan, anoche? — le sirvió una taza de café mientras se lo preguntaba — . Oh, ¿ya has desayunado? No se me ha ocurrido preguntártelo antes.

La expresión de la señora Hussain le dio a entender que comprendía el significado de su pregunta sobre Logan, pero Casey se negó a desanimarse. En lo que a ella se refería, no creía estar haciendo nada malo, y cuanto antes lo entendiera su madre, mejor.

— He desayunado con Maddison — replicó la señora, y se sorprendió cuando Casey la siguió a la sala — . Oh, ¿no vas a irte? Creía que entrabas a las nueve.

— Así es... por lo general — añadió secamente — , pero creo que tenemos algunas cosas que decirnos, y he pensado que sería más fácil hacerlo ahora que Maddison no está en casa.

La señora Hussain aspiró hondo.

— Bueno, yo sí que tenía algo que decirte anoche, pero con tu actitud hacia Logan... — hizo una pausa — , y luego te fuiste corriendo para ver a tu granjero y no tuve ocasión de hacerlo.

— Supongo que Logan obtendría tus condolencias en mi ausencia — observó Casey con ironía — . Bueno, yo no creería todo lo que él me dijera, si fuera...

— ¿He dicho que se trataba de algo referente a Logan? — la interrumpió su madre con frialdad — . ¿He insinuado que tu marido me ha dicho algo que me ha hecho considerar las cosas de una forma u otra?

— Bueno... no.

— Entonces deja de sacar conclusiones precipitadas. Mi opinión sobre el señor Hayes no se debe a nada que Logan me haya dicho. La situación me basta para juzgarlo. ¿Se te ha ocurrido pensar, Casey, que él podría no tener intenciones de casarse contigo?

— ¿Allan?

— ¿Quién si no?

— ¡Mamá, fue Allan el que me sugirió que me divorciara de Logan!

— ¿Ah, sí?

— Él no lo hubiera hecho si no quisiera que nos casáramos.

— ¿Ya estáis comprometidos?

— Prácticamente.

— ¿Te ha comprado un anillo de compromiso?

— Todavía no. Mamá, ¿qué es todo esto? ¡Cielos! Sólo has visto a Allan un par de veces, ¿por qué piensas que puede tener otras intenciones? Ya te he dicho que no vamos a vivir juntos. Maddison y yo viviríamos en una de las casitas que están dentro de la propiedad.

— Huf — bufó — . ¿Y eso te parece normal? ¿No crees que habría sido más lógico dejar que permanecieras aquí hasta que hubieras conseguido tu divorcio? Norton es un lugar pequeño, Casey. ¿Qué dirá la gente si te vas a vivir a Green Hill, cuando todavía estás casada con Logan?

— ¿Importa lo que la gente crea?

— Importará si no te casas — hizo una pausa — . ¿No me has dicho que Allan nunca ha estado casado y todavía vive con su madre?

— ¿Y eso qué?

— Que no creo que a esa señora le haga mucha gracia, que le quiten el puesto, ¿no? Y una vez que él te tenga donde te quiere, ¿para qué iba a necesitar legalizar su relación?

— ¿No tienes muy buena opinión de mí, verdad?

— Al contrario. Sean cuales sean tus defectos, te quiero, y te estoy diciendo lo que pienso, porque sería inútil esperar hasta que Maddison y tú viviéramos en Green Hill. Una vez que se venda esta casa, no podrás volver aquí, y yo, bueno, yo no estaré aquí tampoco.

— Tú... tú no... quiero decir... — se atragantó.

— No estoy enferma, si eso es lo que piensas que estoy intentando decir — replicó la señora Hussain, secamente — . No. Nunca me he sentido mejor. Seguramente te preguntarás por qué he venido a tu casa en cuanto he llegado de Nueva Zelanda — se mordió el labio — . Voy a casarme. He conocido a un hombre en Nueva Zelanda, al jefe de James. Es viudo desde hace muchos años, como yo. Sé que pensarás que es algo repentino, pero nos conocimos superficialmente hace dos años, cuando fui a ver a James y a Bethany — miró a su hija con ansiedad — . No te asustes, sólo tengo cincuenta y tres años, lo sabes.

— No me asusto — protestó.

Pero estaba asustada por el hecho de que su madre se fuera a vivir lejos de Inglaterra. Aunque no vivían juntas, su madre siempre había estado a su lado cuando la necesitaba. La iba a echar terriblemente de menos.

— Pareces atónita — observó su madre, y se sentó en el sofá — . Aunque puede que no me creas, me había consolado con la idea de que por lo menos Maddison y tú cuidaríais la una a la otra. No puedo fingir simpatía por Allan, pero como tú misma has dicho, apenas lo conozco. No obstante, me preocupa la idea de que quemes tus naves, por así decirlo, y te vayas a vivir a Green Hill — se encogió de hombros — . No lo hagas, Casey. Si no quieres escuchar a Logan, escúchame a mí...

— Espera un momento. Creía que habías dicho que la opinión de Logan no te había influenciado.

— Y no lo ha hecho.

— Pero hablaron de esto anoche, ¿no? Ya, sabías que Allan quería que me fuera a vivir a Green Hill, ¿verdad? Oh, sí, con razón te mostrabas tan reticente a decirme cuánto tiempo se quedó Logan anoche. Estoy segura de que tuvisteis una conversación muy sincera. ¿Te dijo con quién está saliendo ahora? ¿O él tiene derecho a hacer lo que quiera?

— Es hermoso, ¿no?

Mack le dio el icono a Casey con manos reverentes. Era un retrato de San Nicolás, flanqueado por las figuras del Salvador y la Madre de Dios. Estaba pintado sobre una placa de oro. Probablemente, costaría muchísimo dinero, pero Casey no tenía humor en esos momentos para apreciarla.

— Es muy bonito — dijo, sin entusiasmo.

Pasó un pulgar por la pintura. Mack la miró, furioso.

— «Es muy bonito» — la acarició, irritado — . ¿Eso es todo lo que puedes decir? Es exquisito, magnífico. Vale millones, según mi cálculo.

— ¿De verdad? — Casey procuró inyectar a su voz una nota de admiración — . ¿Dónde lo ha encontrado? ¿En Pionner Court?

— ¡Pionner Court! — Mack se burló — . No es posible encontrar ningún artículo ruso allí. Me lo ha traído un americano esta mañana para que se lo tasara, pero cuando le he dicho lo caro que era, me ha preguntado si podría vendérselo.

— ¿Un americano? — Casey hizo un esfuerzo por olvidar sus problemas — . ¿Qué americano? No sabía que había americanos por aquí.

— Y no los hay — su jefe parecía un poco incómodo — . Lo conocí en el Richmond. Ha venido a ver a algunos parientes. Uno de ellos le preguntó si habría alguna posibilidad de sacar algún dinero por la imagen. Él se ofreció a intentarlo con un par de anticuarios, y como está aquí, yo he sido el primero.

Casey lo miró asombrada.

— No hablará en serio.

— ¿Por qué no?

Lo miró con impaciencia.

— ¿No vio ese programa de televisión, la semana pasada?

— No veo la televisión — afirmó Mack, de mal humor.

— Desde la perestroika se han sacado docenas de valiosas reliquias de contrabando, sobre todo imágenes. Espero que tenga alguna documentación acerca de su procedencia. No la habrá pagado en efectivo, supongo.

— Por supuesto que no. No soy tan estúpido, y en lo que a su origen se refiere, el americano volverá mañana con todos los papeles necesarios. Él sólo está ayudando a un familiar. Pero no puede prometer nada sin hablar primero con él.

Casey frunció el ceño.

— ¿Pero le ha dejado el icono sin recibir nada a cambio?

— Yo no he dicho eso.

— Prácticamente.

— Mire, yo no le he pedido su opinión sobre el negocio, Casey. Sólo se lo he enseñado como obra de arte, eso es todo.

— ¿Pero le ha dado dinero al americano, no?

— Sólo algo simbólico. Si no lo hubiera hecho, se la habría llevado a otro anticuario. La imagen no está en la lista de artículos robados o en «situación delicada». Tenía que darle algo, porque estaba dispuesto a dejar aquí el icono, pero sólo han sido quinientas libras, el dinero que había en la caja.

— ¿Quinientas libras? — Casey movió la cabeza — . ¿Y por qué no le ha dado un cheque?

— Necesitaba dinero en efectivo.

— Estoy segura.

— No hay necesidad de ser irónico, Casey. Ésta es mi tienda. No es de su incumbencia con quien decida yo hacer negocios.

— De acuerdo.

Dominó su interés inicial por el asunto del icono y volvieron a su cabeza sus propias preocupaciones.

— Nadie aceptaría quinientas libras por una imagen tan valiosa — continuó diciendo Mack, como si en el fondo deseara conocer la opinión de Casey.

— ¿Cómo sabe que es tan valiosa como dice? — Casey encogió los hombros — . ¿Cuántas veces ha trabajado con iconos?

— No muy a menudo — afirmó Mack — . Pero eso no importa. Si el americano no vuelve, la venderé. Incluso, usted tiene que admitir que vale más de lo que le he dado a él.

— Oh, sí, vale más. Probablemente, mucho más — Casey estuvo de acuerdo — , pero diga lo que diga, no tiene pruebas de que no haya sido introducida en el país de contrabando, y si así fuera o si usted lo sospecha siquiera, debería informar a la policía, a menos que quiera correr el riesgo de ser acusado de contrabando o venta de mercancía robada.

Mack aspiró profundamente.

— Bueno, por lo menos me queda el beneficio de la duda. Como le he dicho, de momento se está hospedando en el Richmond. Lo vi en el bar, anoche. Su esposo es huésped del hotel, también, quizá podría preguntarle si ha hablado con él. Estoy interesado en conocer la opinión de Logan.

— ¡Oh, no! No me pida que me meta en esto — hizo una pausa — . Además, creo que Logan pensaba volver a Londres esta mañana.

— No creo. Crucé unas palabras con él, anoche y me dijo que piensa quedarse un par de semanas.

## CAPÍTULO 8

— Mamá, ¿sabías que Logan piensa quedarse quince días en el pueblo? — preguntó Casey, esa noche, después de que Maddison subiera a su habitación a ver la televisión.

Habían cenado temprano para que la niña pudiera hacerlo con ellas, y en ese momento estaban colocando los platos sucios en el lavavajillas.

— No.

Su madre estaba muy distante, desde que Casey había llegado aquella tarde a casa. El hecho de que no hubiera ido a comer podría ser la causa, pero Casey sospechaba que era otra. Probablemente, fuera por el altercado que habían tenido antes de que ella se fuera a trabajar por la mañana. Sin embargo, dudaba que su madre creyera que su ausencia no había sido deliberada.

— De cualquier manera, gracias por estar aquí cuando Maddison ha llegado a casa. ¿Qué has hecho hoy?

— Un poco de todo — contestó vagamente — . ¿No le has echado demasiado detergente al lavavajillas — observó — . No deberías usar tanto, está muy caro.

Casey dejó de llenar el depósito. Hacía mucho que no utilizaba el lavavajillas, pero no tanto como para no recordar la cantidad de detergente que debía usar. Sin embargo, no quería dar pie a una discusión con su madre por un asunto doméstico. Ya tenían bastantes problemas; entre otros, su desacuerdo por Allan. Si este se sentía ofendido por la actitud de la señora Hussain, no decía nada. Su interés estaba cifrado en las razones por las que Logan estaba todavía en el pueblo y no le había resultado fácil a Casey explicarle por qué había decidido ir a Norton para hablar con ella personalmente, en lugar de tratar el asunto a través de los abogados.

— Logan ha venido principalmente para ver a Maddison, — le había dicho Casey a Allan.

— Sin embargo, ¿él no va a facilitar las cosas, verdad? — le había preguntado Allan. Aquella conversación la habían sostenido la noche anterior dentro del auto, desde un lugar en el que se dominaba el ya oscurecido valle, bajo Laps's Leap. A cualquier hora del día o de la noche, era un sitio maravilloso, pero ni siquiera las vacilantes luces que brillaban bajo ellos habían ayudado a Casey a recobrar el ánimo.

— No ha hecho ningún comentario — le había contestado y había tranquilizado su conciencia diciéndose que, realmente, Logan no había dicho nada del divorcio — . Creo que le ha sorprendido. Llevamos separados mucho tiempo.

— Con más razón. Debería haberse imaginado que ocurriría algún día — había dicho entonces Allan — . ¿Cree que él es el único que puede tener una relación extramatrimonial? Tú no eres una monja, Casey. Aunque... perdóname si a veces me lo pregunto.

Casey lo había mirado enfadada. No le gustaba su indiscreta manera de recordar que lo mantenía aún a distancia.

— Será diferente cuando... cuando estemos casados.

Entonces Allan, consciente del poco tacto con el que le había hablado, la había abrazado.

— Ojalá no tenga que esperar mucho tiempo — había susurrado mientras la besaba en el cuello — , pero no te preocupes... por eso — Casey se había puesto rígida — . Nadie va a forzarte. Sé muy bien que ese bastardo te hizo mucho daño y lo único que quiero es mostrarte cuánto te quiero y hacerte olvidar a Logan Gallagher.

Casey recordó su conversación con Allan. Por lo menos había una persona que quería su felicidad, por encima de todo lo demás. Ella no permitiría ni a su madre ni a Logan que malinterpretaran sus propuestas y la hicieran dudar de sus intenciones.

— ¿Has visto a Logan, hoy? — preguntó, cuando el lavavajillas se detuvo.

Su madre la miró.

— ¿De verdad te importa?

— ¡Oh, mamá! — Casey suspiró — . ¿Por qué vamos a discutir por una pregunta inocente? Naturalmente que me importa. Quiero saber si te ha dicho algo del divorcio.

— Mmm. Bien — frunció el ceño — . ¿Vamos a la otra habitación o vas a salir precipitadamente?

Casey reprimió la réplica que estaba a punto de salir de sus labios y respiró profundamente.

— Por supuesto. Pongámonos cómodas. No voy a salir esta noche. Quiero que me hables de tus vacaciones y dejemos de discutir.

La señora Hussain se encogió de hombros y la siguió a la sala. Casey reconoció que sería bueno para las dos terminar con las hostilidades. Tenía la sensación de que no había hecho otra cosa que defenderse desde su llamada telefónica a Logan. No había hecho planes para esa noche. Cuando Allan había llamado, había explicado que quería quedarse en casa con su madre, porque se lo debía, y que quería aprovechar el poco tiempo que iba a pasar con ella. Allan se había mostrado inesperadamente comprensivo, y sólo un oído menos confiado habría detectado cierto deje de alivio en su voz. Sin embargo, Casey se negó a ver algo que no fuera comprensión dentro de su conformidad.

— ¿Entonces? — preguntó Casey, cuando se sentaron — , ¿has visto a Logan? Su madre vaciló antes de contestar.

— Sí, hemos comido juntos.

— ¿Han comido juntos? — Casey sintió una punzada de resentimiento — . ¡Qué bien!

— Sí, hemos ido a Nicola's. Es una lástima que no hayas podido reunirte con nosotros.

— ¿Han ido al Nicola's? — frunció el ceño.

Como era muy pequeño, era prácticamente imposible conseguir mesa si no se hacía la reserva con mucha antelación.

— Sí. Es esa una de las ventajas de ser alguien conocido. Bueno, déjame decirte que el restaurante se merece la fama que tiene.

— Me alegro de que hayas disfrutado de la comida. Me he imaginado que habrían

comido aquí o en el Richmond.

— Hmm — la señora Hussain sintió — . Una equivocación natural. Pero Logan nunca ha sido tacaño con su dinero, ¿verdad? Tú no te has privado de nada, a pesar de que lo echaste.

— No lo eché madre, puede que hayas olvidado que...

— No he olvidado nada, ni tampoco él. Realmente pienso que deberías hablar con Logan, Casey, antes de hacer algo irreparable.

Casey apenas podía hablar.

— Mamá, Logan te está embaucando — exclamó, al fin — . Y para tu información, no tengo tanto dinero como crees. A veces me resulta muy difícil pagar las cuentas, y sólo porque Logan sostenga a Maddison, no pienses que sea generoso conmigo.

La señora Hussain la miró confundida.

— ¿Por qué no me lo has dicho antes?

— Porque no quería que te preocuparas.

— ¿Lo sabe Logan?

— Esto no tiene nada que ver con él.

— No estoy de acuerdo contigo — frunció el ceño — , ¿por qué a la hora de la comida me ha dicho que debía aumentar tu pensión?

— Mi pensión no, sino la de Maddison.

No le apetecía seguir aquella conversación, el hecho de que Logan le ofreciera pagar sus cuentas también era origen de una constante molestia. Sólo quería de él lo que estrictamente le debía y la irritaba pensar que Logan le había hecho creer a su madre que todavía pagaba sus gastos.

— Bueno, ¿por qué no le explicas...?

Casey miró furiosa a su madre.

— Mamá, ¿cuántas veces tengo que decirlo? No quiero la ayuda de Logan. No quiero nada de él. Perdón, quiero el divorcio. ¿Ahora vas a decirme si él te ha comentado algo? ¿O si vamos a hablar sólo de James y Bethany, y ese nuevo hombre de tu vida?

La señora Hussain aspiró hondo.

— Bueno, por supuesto que me lo ha comentado.

— ¿Y?

— Él no quiere divorciarse.

Casey soltó poco a poco el aliento.

— No me importa lo que él quiera.

— Sí te importa. Si esperas conservar la custodia de Maddison — la señora Hussain hizo una pausa, y después añadió preocupada — . Debo decírtelo otra vez, Casey. No creo que sea muy inteligente tratar de precipitar las cosas.

— ¿Quieres decir, mudarme a Green Hill?

— Eso y otras cosas.

— ¿Qué otras cosas?

— Bueno, cambiar a Maddison de escuela.

— ¿Se lo has contado a Logan?

— Yo no le he contado nada — replicó secamente — . Esa es mi opinión personal. Creo que deberías pensarlo todo con mucho cuidado, antes de tomar una decisión. Él no ha dicho que se opondrá al divorcio, pero yo no haría nada sin pensarlo detenidamente.

Casey sintió un vacío en el estómago.

— ¿Ha hecho alguna amenaza?

— Oh, Casey — la señora Hussain parecía enfadada — . Logan nunca me ha amenazado — observó a su hija — . Estoy segura de que en el fondo te desea lo mejor, justo como yo.

Casey torció los labios.

— ¡Qué bonito!

— Bueno, si vas a adoptar esa actitud...

La señora Hussain se levantó de su silla, y Casey se apresuró a calmarla.

— No — repuso con tristeza — . Sé muy bien lo que quieres decir. Lo único que me gustaría saber es por qué vino Logan aquí. No creo que sea sólo para proteger los intereses de Maddison.

Casey salía de la oficina de correos, que estaba al lado de la tienda de antigüedades, cuando el elegante BMW de su marido paró a su lado. Por un momento pensó que Logan quería algo de la tienda, pero cuando él se inclinó para abrirla la puerta del coche, se dio cuenta de que estaba equivocada. Tuvo intención de alejarse, pero Mack la observaba desde la ventana de la tienda. Desde la discusión que habían tenido la semana anterior por culpa del icono, estaba esperando que Casey cometiera algún error para echarla. Como el extranjero no había vuelto, Mack tuvo que informar a la policía y estaba especialmente irritado.

— Sube, te llevaré — le ordenó.

Aunque no le apetecía nada aceptar su oferta, Casey sólo titubeó un momento antes de hacer lo que Logan sugería. Llevaba nueve horas de pie y necesitaba descansar. Pero no en el coche de Logan, pensó irritada. Ya tenía suficiente con todo lo que Maddison le había contado de su padre. La pequeña había pasado la mayor parte del fin de semana con él y, aunque Casey se alegraba de que no lo hubiera llevado a casa, el hecho de que estuvieran juntos era suficiente provocación para ella.

Casey no estaría en el coche de él si no le hubiera prestado el suyo a su madre, pero le había parecido absurdo tener el Ford parado, fuera de la tienda, todo el día, cuando su madre podía utilizarlo. Aquel día se había ido a Gloucester. En ese momento, Casey deseaba haber ido con su madre.

En cuanto Casey estuvo dentro del coche y cerró la puerta, Logan avanzó a gran velocidad. En cosa de segundos alcanzaron la desviación a Stones Lañe, pero en lugar de desviarse, Logan aceleró y Casey se dio cuenta de que Logan no tenía intención de llevarla a su casa.

— ¿Has pasado un buen día? — le preguntó. Casey volvió la cabeza.

— ¿A dónde me llevas?

— A ver una casa. Estás pálida — añadió, y Casey se sintió tan blanca como una hoja de papel — . Relájate. — le aconsejó con suavidad — . Le he dicho a tu madre que

pasaría por ti.

Casey se tragó la indignación que sentía; al parecer su madre no había considerado importante avisarle de las intenciones de Logan. Volvió la cabeza y miró por la ventanilla. Ella anhelaba llegar a casa; quizá pasar una hora en el jardín.

— ¿No contestas a mi pregunta?

Aunque le habría encantado, Casey no era capaz de ignorarlo. Con alguna reticencia, Casey dirigió una breve mirada en su dirección. Con pantalón negro y camisa negra, Logan debería tener un aspecto sombrío, pero no era así. Era ella, con la blusa blanca, la falda azul marino y el pelo recogido en una trenza, la que parecía tesa e implacable. Logan la miró medio divertido y con peligrosa intimidación. Su expresión era extraña, y Casey no pudo dejar de sospechar de sus intenciones.

— ¿Qué se supone que debo decir? — preguntó. Se dio cuenta de que lo había dicho malhumorada.

Logan se encogió de hombros.

— Cuéntame cómo te ha ido en el trabajo — sugirió — ¿Continúa Mack enfadado? ¿Por eso apareces tan cansada últimamente?

— ¡No! — Casey lo miró, indignada — . Si parezco cansada no es por culpa de Mack, eres tú el culpable. No duermo bien desde que has vuelto a mi vida.

— ¿Por qué tengo el presentimiento de que lo que has dicho no es tan halagador como suena?

— Porque no lo es — Casey lo desengañó de cualquier posible ambigüedad de sus palabras — . Sabes perfectamente que no quiero que estés aquí. Y si piensas que eso cambiará con la ayuda de mi madre, estás equivocado.

Logan se acomodó en el asiento; se ajustó el apretado pantalón y luego se pasó una mano por el muslo. Casey debió ignorar ese movimiento, pero su reacción inicial fue de pánico. Pensó que la iba a tocar; que iba a derrumbar sus defensas. Y no podía permitirlo.

— ¿Así que soy el responsable? — preguntó.

Casey estaba casi en el extremo contrario del asiento, con los brazos cruzados y las rodillas muy juntas. Le lanzó una mirada fulminante.

— ¿Por qué no me llevas a casa? — exigió enfadada y frustrada, tanto por su propia reacción como por la de él — . No tenemos nada más que decirnos.

— ¿Dónde habré oído eso antes? — Logan disminuyó la velocidad detrás de un enorme camión, y la miró — . Según parece, no he dicho ni la mitad de lo que necesito decir. Creía que tendría más tiempo para hacerlo, pero... — hizo una pausa — ... resulta que no.

— No sé de qué estás hablando — el alivio que sintió al darse cuenta de que Logan no pretendía tocarla, quitó aspereza a su voz — . ¿Por qué no dejamos que nuestros abogados traten estos asuntos? Estoy segura de que tendrán más tiempo y estarán más interesados.

— No estoy de acuerdo. Cualquier cosa que hagas me interesa, por eso estoy aquí.

— Pues olvida tu interés — contestó Casey temblando.

¡Oh, Dios!, ¿por qué Logan le provocaba ese temblor? ¿Por qué no era capaz de ignorarlo como la había ignorado él durante dos años? Evidentemente, Casey no haría

ningún progreso si seguía comportándose de un modo tan infantil, ya lo sabía, pero era difícil mostrarse serena con él. El camión no tenía ninguna prisa, ni tampoco Logan, aparentemente, pues lo seguía con una lentitud exasperante. Aquella pérdida de tiempo estaba poniendo muy nerviosa a Casey. Para él no era problema; no necesitaba trabajar cinco días a la semana.

Justo cuando Casey estaba contemplando la posibilidad de abrir la puerta y saltar, mientras calculaba el tiempo que le llevaría a Logan girar el BMW en aquella estrecha carretera, este giró para tomar un camino aún más estrecho. Casey vio una señal que decía «Wasmeet». Nunca había oído hablar acerca de ese lugar.

— ¿A dónde vamos? — demandó.

Se sentía impotente. Si Logan no la llevaba a casa, le iba a resultar más difícil sin ayuda encontrar el camino de vuelta. Podría llamar a su madre, pero la señora Hussain no era muy eficiente consultando mapas.

— Ya te lo he dicho. Te traigo a ver una casa. Ya no está lejos, te lo prometo.

Casey apretó sus labios. Se daba cuenta de que era inútil decirle que no quería ver esa casa. Lo que quería era ir a la suya para evitar que sucediera algo desagradable.

Tomaron una curva e inmediatamente después llegaron hasta donde estaban dos pilares de piedra. La casa, si existía, no estaría muy lejos. Las ruedas del BMW

rechinaron justo al atravesar una verja detrás de la cual había ganado vacuno y soberbios caballos pura sangre, a los que no parecía importarles el paso del coche.

Casey abrió la boca para preguntar a quién pertenecían los caballos, pero volvió a cerrarla. No quería saberlo, se dijo. No quería empezar una conversación que podía interpretarse como una señal de rendición. El camino los condujo hasta un puente de piedra. A Casey le resultó imposible disimular su admiración cuando apareció a lo lejos una casa rodeada de árboles. Era una construcción solariega, con muchas ventanas y un porche central. De una de las muchas chimeneas que decoraban el tejado, salía humo, e inmediatamente Casey se sintió más tranquila. Había gente allí.

En un momento de pánico había llegado a pensar que Logan pretendía raptarla, pero después de todo, ¿por qué iba a querer hacerlo?, pensó, y lo miró subrepticamente.

¡Santo cielo!, se dijo, ¿cómo permitía que su imaginación se desbocara?

— ¿Te gusta? — le preguntó él.

— Es muy bonita — confesó mientras el coche llegaba hasta un círculo de grava con una fuente en el centro — . ¿De quién es?

Logan titubeó antes de contestar.

— Pertenece a unas personas llamadas Livingston — a Casey le resultaba familiar aquel apellido, pero antes de que pudiera recordar nada, Logan detuvo el coche cerca de los escalones que conducían a la puerta principal — . Vamos, te la enseñaré. Tiene cinco dormitorios, tres baños, un jardín y una huerta en la parte posterior.

Por supuesto, no era esa la contestación que esperaba, pero estando Logan fuera del coche y haciéndole señas para que se reuniera con él, no tenía elección. Claro que podía haberse quedado en el coche, pensó más tarde, pero en ese momento no le pareció oportuno, porque se suponía que los Livingston los esperaban.

Cuando una mujer de mediana edad abrió la puerta, su suposición pareció confirmarse. Deseó que Logan la hubiera avisado con tiempo para haber tenido tiempo de

arreglarse.

¿Por qué no le habría enseñado la casa después de que hubiera oportunidad de cambiarse ropa? La respuesta era obvia. Si le hubiera dicho a dónde quería ir, ella nunca habría aceptado. Incluso en ese momento, si le dieran a escoger, correría un kilómetro antes de seguir con él. Logan estaba hablando con la mujer en ese momento y Casey abrió la puerta del coche y salió.

— Esta es la señora Fishern — Logan las presentó — . Mi esposa.

Casey no tuvo valor para contradecirlo. Le dirigió una dura mirada a Logan, cuando la mujer los invitó a pasar a la casa. ¿Dónde estaba la señora Livingston?, quiso preguntar Casey irritada. Se le ocurrió de pronto que la señora Fishern podría ser el ama de llaves de los Livingston. De pronto, se fue y los dejó solos, en el vestíbulo.

— ¿Qué hacemos aquí? — siseó Casey, cuando la señora Fishern ya no podía oírlas. La mujer había desaparecido por una puerta que había al final del vestíbulo, y aunque Casey estaba segura de que no había nada de que preocuparse, la casa estaba demasiado silenciosa.

— Ver la casa — respondió Logan, con fingida inocencia — . Ya te lo he dicho.

— ¿La casa de los Livingston?

— Así es — Logan le señaló con una mano una puerta, a su izquierda — .

¿Empezamos por aquí?

Casey estaba enfadada.

— No puedes andar por la casa, sin que ellos te guíen.

— ¿Por qué no? — Casey lo miró con recelo — . De acuerdo, — y abrió la puerta de un salón — . No te he mentido cuando te he dicho que los Livingston son los dueños de la casa, pero no están ahora.

— ¿Dónde están? — lo miró, sorprendida.

— En Arabia Saudita.

Casey creyó que había oído mal.

— ¿Dónde? — preguntó de nuevo.

— En Arabia Saudita — repitió despreocupado — . Deja de preocuparte por los Livingston, y dime, ¿qué opinas de esta habitación?

Casey suspiró.

— ¡Me has traído aquí sabiendo que los Livingston no estaban en casa!

— Sí — contestó con impaciencia — . No necesitamos que los Livingston nos enseñen la casa, podemos recorrerla solos.

Casey sacudió la cabeza.

— ¿Por qué voy a ver una casa a la que no tengo intención de volver?

Logan entró en el salón y dijo arrastrando las palabras.

— Como quiero comprar una casa en esta zona, he pensado que merecía la pena ver esta.

## CAPÍTULO 9

— ¿Qué has dicho?

Las palabras de Logan la llevaron involuntaria, pero velozmente hasta la puerta y, a pesar de su enfado, no pudo evitar que escapara de su garganta una exclamación de admiración al ver la habitación. Aunque se veía que hacía tiempo que nadie se ocupaba de decorar, esta no escondía la belleza de sus altas paredes y techos de escayola. Era una habitación grande, de forma cuadrada, con una chimenea de mármol. Casey se imaginó la habitación con la chimenea encendida y cortinas nuevas en las dos ventanas. La vista del jardín que desde ellas podía contemplarse era maravillosa y la impresión que creaba era de amplitud y claridad.

— ¿Bonita, no? — dijo Logan despreocupado y se quedó en medio del salón con las piernas ligeramente separadas y las manos en los bolsillos posteriores de su pantalón — . Sabía que te impresionaría.

— ¿Qué has dicho hace un momento? ¿Qué quieres comprar una casa en esta zona? ¡Pero si vives en Londres!

— No seas tonta — respondió Logan y se acercó a ella. Casey retrocedió para quedar fuera de su alcance — , puedo tener dos casas, ¿no? — arqueó las cejas ante su retirada — . ¿No te he dicho que ésta está en venta?

— Sabes que no — contestó Casey.

Pero ella ya lo suponía, y sabía que Maddison estaría encantada si la compraba, sobre todo si le permitía tener un caballo para pasear por el campo.

— Bien, ¿qué opinas? — preguntó Logan mientras abría la puerta de una espaciosa biblioteca, que podría también ser un estudio para alguien que trabajara en casa. Al otro lado del vestíbulo, un amplio comedor se abría a un invernadero de estilo Victoriano — . También hay una piscina cubierta — continuó Logan, y señaló las ventanas octogonales del invernadero — . El agua se calienta por paneles solares en el techo.

— ¿Por qué me cuentas todo eso? ¿Para qué me has traído aquí?

— Compláceme — replicó con indulgencia y movió la cabeza — . Quería que la vieras — miró alrededor del vestíbulo — . Ven, te enseñaré los dormitorios.

— No.

— ¿Por qué no?

— No tiene sentido, y además la señora Fishern...

— Se extrañará que te quedes aquí abajo — terminó Logan por ella — . Ya he visto que no me has comentado nada cuando he dicho que eras mi esposa. ¿No crees que es un poco tarde para retractarse?

— No he dicho nada porque no quería avergonzarte. Sin embargo, tú no pareces tener ninguna consideración conmigo.

— ¿Por invitarte a ver los dormitorios?

Dicho así, parecía ridículo, pero Casey no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

— Por traerme aquí — repuso, aunque los dos sabían que mentía — . No estoy interesada en la casa, Logan. No estoy interesada en ti.

— Entonces no tienes de qué preocuparte, ¿no crees? — comentó secamente, y empezó a subir la escalera — , a menos que en realidad no hayas querido decir eso.

— Qué tontería.

Musitó Casey, y se negó a darle la satisfacción de una respuesta defensiva. Pero mientras lo veía subir la escalera, comprendió que debía seguirlo, no sólo para demostrarle que era verdad lo que decía, sino porque sería embarazoso que la señora Fishern la viera allí. La parte superior de la casa era parecida a la inferior. Todas las habitaciones daban a un pasillo central. La habitación principal y la de los invitados tenían cada una su vestidor y baño, y las tres más pequeñas un vestidor cada una y compartían un baño.

— Por supuesto que los vestidores podrían convertirse en baños — apuntó Logan — . Pero esa no es una necesidad inmediata. ¿Cuántos baños necesita una persona? — preguntó y volvió al dormitorio principal. Se quedó de pie junto a la ventana, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón. Miró pensativo el jardín — . Creo que esta habitación podría estar habitable para el próximo verano. Justo a tiempo para cosechar nuestras propias manzanas en la huerta, y disfrutar del fuego de la chimenea.

— Siempre has tenido mucha imaginación.

— ¿Por qué lo dices?

Logan la miró fijamente y Casey sintió en la cabeza campanas de alarma.

— Bueno, así es como te ganas la vida — repuso defensiva — . Además, no has cortado una manzana de un árbol, ni encendido una chimenea en tu vida.

— Podría aprender — se encogió de hombros.

Esa no era la respuesta que esperaba y sintió un repentino remordimiento.

— Supongo que sí — concedió, algo tensa, y agarró el picaporte de la puerta — . Y ahora, podemos irnos ya.

— Cuando veamos el jardín de la parte posterior. Creo que hay una casa en un árbol. Cuando me mandaron la descripción de la casa, me comentaron que estaba aquí desde que los hijos de los Livingston eran pequeños.

Mientras bajaban las escaleras, Casey se permitió preguntarle:

— ¿Y ahora ya no son pequeños?

— No, crecieron y tres de ellos se casaron, el segundo hijo está divorciado, creo que por culpa de un problema que tuvo con una niña.

— ¿Y se supone que eso tiene gracia?

— No — la expresión de Logan era indescifrable — . Vamos, por aquí — dijo cuando llegaron al vestíbulo — . Podemos salir por el invernadero. La señora Fishern sabe lo que estamos haciendo.

— ¿Sí?

Casey deseaba que así fuera. Y también tener una noticia más clara de las intenciones de Logan. Obviamente, estaba interesado en comprar la casa, y Casey no negaba que

en manos de un decorador de interiores, los resultados serían increíbles, pero ella nunca viviría allí; aquella no sería nunca su casa. Logan abrió la puerta del invernadero y salieron al jardín.

Al igual que la casa, el jardín estaba bien cuidado. Los límites estaban llenos de arbustos floridos. Las azaleas, tulípanes y narcisos se agrupaban por montones, y los vientos del oeste habían llevado primulas y anémonas silvestres. Los árboles de la huerta estaban también floridos. Los tonos crema, blanco y rosa pálido dominaban toda la campiña.

— ¿Paseamos un poco? — le preguntó Logan.

Casey que estaba todavía absorta en la belleza del paisaje, asintió sin pensar. Cuando lo siguió a través del mullido césped, recordó que deseaba irse de allí, pero se obligó a continuar, hasta la huerta.

— Hay manzanos, perales y aquellos árboles son ciruelos. También hay cerezos — hizo una mueca — , en alguna parte; también arbustos de frambuesas y arándanos, y un par de invernaderos que cuida el esposo de la señora Fishern, que es el jardinero. Su hija es una buena cocinera — rió — . Forman todo un equipo. Han estado aquí desde mucho antes que los Livingston.

Casey tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no reírse. Cuando Logan era agradable, la urgencia de corresponderle era casi irresistible.

Casey se acercó a un árbol y Logan apoyó en él la mano, sólo a unos centímetros de la cabeza de su mujer, que automáticamente se volvió. Tropezó con el tronco y él inmediatamente bloqueó toda posible escapatoria. Con el otro brazo la hizo prisionera y ella se dio cuenta de lo ingenua que había sido al pensar que Logan era digno de confianza.

— ¿No crees que esto es una estupidez? — le preguntó.

— Estoy de acuerdo — repuso él, y por un momento Casey pensó que estaba de acuerdo con ella — , no podemos seguir peleándonos y discutiendo. Podemos hacer cosas mucho más agradables. Como esta, por ejemplo, — le tocó una oreja con la lengua — . Siempre me ha encantado el sabor de tu piel.

— ¿No será que te encanta la piel de mujer; de cualquier mujer? — sugirió, aunque apenas podía respirar — . La de Kassandra, por ejemplo. ¿Cómo te sabía la piel de Kassandra? Más dulce, supongo. Es lógico, era mucho más joven.

— No sé cómo sabe la piel de Kassandra — replicó, con el ceño fruncido — . Como te dije entonces y vuelvo a decirte ahora, nunca toqué a Kassandra. Me ofrecí a ayudarla, antes de que te dijera todas esas mentiras.

— ¡Ayudarla! — exclamó Casey, con desdén — , ¿Qué quieres, Logan? — exigió — . ¿Que hagamos el amor por última vez, para recordar los viejos tiempos? Bien, adelante, ¿por qué no? Si eso es lo que necesitas para luego dejarme en paz, creo que podré soportarlo.

Logan apretó con fuerza los labios y por un momento Casey pensó que su táctica había funcionado. Ningún hombre, se aseguró, ni siquiera Logan, la querría así. Había sido una buena idea aquel desafío. Pero su alivio fue fugaz.

— Me halagas — repuso Logan con extraña dulzura.

Entonces, empezó a acariciarle suavemente la mejilla. Tenía la mano fría, pero al

rozarla dejaba una huella de fuego. Casey permaneció rígida e insensible, mientras él dibujaba con la mano la línea de su barbilla.

— ¿Estás dispuesta? — preguntó suavemente.

— Yo... sí, por supuesto — dijo y pensó que, si se sentía insultado, era posible que desistiera — , si estás tan desesperado por acostarte con alguien.

— Correcto. Desabrocha la blusa.

— Te ruego...

— He dicho que te desabroches la blusa.

— Sé lo que has dicho, pero tú no serás capaz...

— Has dicho que lo harías — recordó.

Entrecerró los ojos. A Casey le temblaban las piernas.

— Lo sé, pero... — se interrumpió.

Era imposible que Logan estuviera dispuesto a hacer el amor allí, en la huerta de los Livingston. Se humedeció los labios y continuó

— No esperarás que lo hagamos aquí — estaba orgullosa de que no le temblara la voz, a pesar de su pánico.

— ¿En dónde, entonces? ¿En tu casa? Dudo que tu madre lo aprobara. ¿En el hotel? ¿No te da miedo de que tu granjero pudiera enterarse?

— En algún otro lugar — repuso.

— No es posible — le pasó un dedo por el cuello de la blusa. Al hacerlo logró desabrochar el botón superior — . Desabrocha la blusa, Casey. No tenemos toda la noche. Aunque me duela admitirlo, existe un límite para que podamos estar confortables en el jardín.

— ¿Antes de que la señora Fishern venga a buscarnos, quieres decir?

— Antes de que nos congelemos — corrigió Logan — . Ven aquí. ¿Qué esperas? Según veo, todavía llevas sostén.

— ¡Bastardo! — Casey se quedó sin aliento.

— Escucha, tú has empezado esto. No puedes culparme.

— No creo que estés hablando en serio — lo miró con los ojos brillantes.

— Claro que sí. ¿Cómo dijiste? ¿Una última vez por los viejos tiempos? Sí, me parece justo — le tomó una mano y se la llevó a sus labios — . No me hagas esperar, ya que podría decidir que una vez no es suficiente.

— No lo haré — Casey liberó su mano y la presionó contra su pecho.

— Oh, sí que lo harás — le informó con suavidad — , parece que es la única manera de tenerte. No quieres hablar, ni escuchar, así que utilizaré otros métodos.

— Hablaré.

— Demasiado tarde.

— Escucharé, entonces.

— Oh, Casey, deja de mentir. Los dos sabemos que sólo estás poniendo excusas.

— Yo...

— Hazlo, Casey. Desabrocha la blusa; no quiero hacerlo yo porque te arrancaría los botones. ¿Y cómo le explicarías eso a la señora Fishern?

— ¡Eres un... cerdo! — con dedos temblorosos, Casey se desabrochó lentamente la blusa — . ¡Nunca te perdonaré por esto! ¡Nunca!

— Entonces deberé vivir sin tu perdón, ¿no? — repuso con voz ronca — . Oh, Casey — se le quebró la voz al ver sus turgentes senos — . Son preciosos — declaró con voz gruesa.

Con los pulgares rozó los pezones, excitándola.

— ¿Te gusta? — preguntó.

Y sin esperar respuesta, le rozó los labios, antes de inclinar la cabeza para meter un pezón en su boca y acariciarlo con la lengua. Casey pensó que iba a desmayarse.

— Yo... no — aseguró, con voz ronca.

Logan sabía que mentía. Hundió los dedos en su pelo para acercar su cabeza a la de ella.

— Desnúdame — le pidió.

Logan levantó la cabeza desde sus senos y Casey vio sus labios mojados, y entonces la abandonó su última resistencia.

Sin dejar de mirarla, Logan llevó las manos hasta su pecho, y aunque ella se había jurado no hacerlo, sus dedos obedecieron la orden de Logan. Desvió la mirada y trató de excluir de su pensamiento todo lo demás y concentrarse en lo que hacían sus manos, pero no pudo evitar deslizar la mirada hacia el pantalón de Logan y observar su tenso deseo. Ella no pretendía excitarlo, pensó temblorosa. «¡Santo Dios! ¿Qué he hecho? No puedo permitir que esto continúe». Sin embargo, la necesidad de tocarlo era cada vez más fuerte. Desvió la mirada, antes de ceder a la tentación.

Cuando terminó de desabrochar la camisa, Logan se acercó más a ella, y Casey pudo sentir el fino vello de su pecho rozando sus senos. Logan frotó su pecho contra el de ella, hasta que el deseo fue abrumador para los dos. Luego metió con fuerza su muslo entre las piernas de Casey y se apoderó de su boca.

Su beso resultaba impetuoso, pero suave; agresivo, pero sensual, y provocaba en ella una respuesta imposible de dominar. Su falda, arrugada muy por encima de sus rodillas, permitía que Logan presionara con el muslo el corazón de su femineidad. Todo era excitante. Desde el calor que con el muslo generaba, hasta la viril suavidad de su vello. Casey enterró las uñas en sus hombros para mantener los labios de su marido unidos a los suyos y abrió todavía más la boca.

— Claro que te gusta — musitó Logan, cuando la necesidad de aire lo obligó a separarse — . ¡Oh, Dios! ¿Tienes alguna idea de lo que estoy sintiendo? — Casey pensó que sí, que era lo mismo que sentía ella. Logan deslizó una mano por el interior de su falda — . ¡Hmm! — movió sensualmente los dedos por la húmeda unión de sus muslos y rió — ¡Oh, Dios, cariño! Ya estás lista.

Casey debería haberse turbado al oír aquellas palabras, pero no fue así. Cuando Logan deslizó los dedos en su húmedo sexo, ella se arqueó. Y cuando buscó con los dedos el secreto botón del placer, se sintió impulsada por una oleada de excitación. Levantó una pierna y rodeó a Logan dispuesta a alcanzar un éxtasis absoluto.

— Espera un minuto, sólo uno — susurró Logan intentando desabrocharse desesperado el cinturón.

— Déjame a mí — repuso Casey, con una voz que apenas reconoció.

Le apartó las manos a Logan y bajó la cremallera con cuidado. Contuvo el aliento cuando sintió la fuerza de su deseo en sus manos.

Era tal su excitación, que Logan le rasgó las bragas para penetrarla y Casey se colocó para él. Fue como la primera vez que habían hecho el amor. Habían pasado casi tres años desde su separación, y mucho más desde que habían hecho el amor por última vez. Por eso, la joven recibió su invasión con instintiva resistencia, pero ésta no duró mucho.

Se sentía maravillosamente bien. Logan se había deslizado dentro de ella y estaba llenando un espacio que había estado vacío durante mucho tiempo a la vez que hacía enloquecer todos sus sentidos.

## CAPÍTULO 10

Casey estaba tumbada en la cama, desde hacía tres horas, y no podía conciliar el sueño, recordando lo que había sucedido aquella tarde. Necesitaría mentirle a Allan acerca de lo sucedido. Si Logan se hubiera aprovechado de ella, no se sentiría tan culpable, pero había sido ella la que le había dado la idea. Y cuando Logan había empezado a tocarla, toda su resistencia la había abandonado. Un escalofrío le recorrió la espalda al recordar las atrevidas caricias de Logan.

Tenía los pezones irritados y le dolían, y también marcas de Logan en la piel y moretones en los muslos. Logan, el hombre que tantas veces la había engañado, estaría también en la cama disfrutando de su hazaña. Había sido ella la que había gritado de placer, la que había llorado en silencio ante la belleza de lo ya perdido. Cuando volvieron a la casa, ella esperaba que Logan se vanagloriara de su derrota, pero no había comentado nada. Más tarde habían vuelto al invernadero y se habían despedido de la señora Fishern. El trayecto de vuelta lo habían hecho en completo silencio y aunque Maddison se había puesto a bailar de alegría al ver a su padre, él se había negado a aceptar la invitación de su hija para que entrara.

Por supuesto, Casey se lo había agradecido en silencio, aunque eso la ponía en una situación incómoda. Para ella habría sido más fácil si él hubiera dicho o hecho algo que aumentara su disgusto. Deseaba odiarlo, pero se odiaba a sí misma.

Aquella noche, su madre había insistido en que si Allan y ella pretendían vivir juntos, quería conocerlo mejor. Casey sospechaba que aquella afirmación se debía más a la preocupación que había visto en su rostro, cuando Logan la había llevado a casa, que al deseo de rectificar su opinión sobre Allan. Por su parte, Allan decidió ser tolerante como nunca esa noche. Respondía a cualquier crítica que hicieran sobre él con una sonrisa jovial. Parecía determinado a demostrarle a la señora Hussain que tenía sentido del humor.

— ¿Le ha contado Casey que Maddison y ella vivirán en una de las casitas que están en mis tierras, hasta que nos casemos? — le había preguntado.

— Sí — la señora Hussain había respondido con amabilidad, pero la mirada que había intercambiado con su hija no había sido muy amistosa — , pero me temo que el marido de Casey pondrá alguna objeción. Después de todo, será más difícil para Maddison llegar al autobús.

Allan estaba enfadado, pero se había obligado a sonreír.

— Ah, pero Maddison no necesitará el autobús cuando vaya a la escuela. Es la escuela a la que asistí, al igual que mi padre. Si fue buena para nosotros, estoy seguro de que lo será también para Maddison.

— Si ella quisiera ser granjera — murmuró la señora Hussain, y Casey, que la había oído, le había dirigido una mirada amenazante — . Bueno, dudo que su padre esté de acuerdo con usted y sospecho que tampoco Maddison. Está muy contenta en el Trung.

La sonrisa de Allan había desaparecido.

— Creo que es un asunto que debemos decidir Casey y yo — había indicado, agarrando a Casey de manera posesiva — . Creo que usted vivirá en Nueva Zelanda, señora Hussain.

— ¿Alguien quiere café, antes de que vaya a ver a Maddison? — había dicho Casey intentando aliviar la tensión — . El programa de televisión que estaba viendo ya ha terminado y, si no apago el televisor, es capaz de seguir despierta toda la noche.

— ¿Tiene televisor en su habitación?

Allan parecía escandalizado, y Casey había mirado a su madre a la defensiva, antes de decir rápidamente.

— Es más cómodo. Además, todos sus amigos tienen y así yo puedo ver los programas que me apetece.

— Pues no haría mal en verlos — replicó Allan — . ¡Después de todo, esos niños serán nuestros futuros políticos!

— Claro que no.

Casey había decidido interrumpir la conversación y preguntó quién deseaba café.

— Preferiría un gin tonic en vez de un café — había dicho la señora Hussain, como si necesitara desesperadamente un estimulante — . Quizá al señor Hayes también le apetezca. El café desvela.

— Allan, llámeme Allan, por favor. Yo prefiero un café, Casey. Al contrario que tu madre, nunca tengo problemas para dormir.

— No me sorprende — había susurrado la señora Hussain de forma que sólo pudiera oírla su hija.

Después de encender la cafetera, Casey había subido a ver a su hija. No importaba lo que Allan hiciera, nunca se ganaría a su madre, y ella estaba muy cansada aquella noche como para hacer de intermediaria. Pero ese cansancio había desaparecido en cuanto se había acostado y en ese momento estaba desvelada.

— No vas a sacar a Maddison de Trung, ¿verdad? — le preguntó su madre a la mañana siguiente, cuando la niña ya se había ido a la escuela — . Creo que sería un error.

— No lo he decidido todavía — repuso, mientras fregaba los cacharros — .

¿Necesitarás el coche hoy? Si es así, será mejor que me vaya ya.

La señora Hussain frunció el ceño.

— No. Ayer pasé un bonito día en Gloucester. A propósito, no me has dicho todavía a dónde te llevó Logan. Con Maddison y después con tu amigo granjero, no he tenido oportunidad de preguntártelo.

— ¿No crees que podrías llamarlo Allan, mamá? Sé que no te cae bien, pero por lo menos podrías llamarlo por su nombre.

— Muy bien, trataré de recordarlo — después de una breve pausa, continuó — .

¿Entonces, dónde fuiste?

— ¿Con Logan?

— Por supuesto que con él. Supongo que estás enfadada conmigo porque no te avisé. Pensé en hacerlo, pero sabía lo que dirías.

— ¡Y con razón!

Se preguntaba qué diría su madre si supiera que Logan y ella habían hecho el amor. Aunque lo sucedido entre ellos no podría describirse como algo bello, pues se había tratado del simple sexo, había sido gratificante, satisfactorio. Casey esperaba que no intentara usar lo sucedido para chantajearla. ¿Qué haría si Logan la amenazaba con decírselo a Allan?

— No te pongas así. Quizá debería habértelo dicho, pero Logan estaba tan misterioso cuando llamó, que no me pareció justo estropear su sorpresa.

— Pero si no quieres decirme dónde estuvieron, lo entenderé. Tardasteis más de dos horas en llegar. ¡Si no supiera cómo están las cosas, me preguntaría si no tienes algo que ocultar!

— ¿Y si lo tuviera? — preguntó. Deseó no haberlo hecho cuando vio la expresión de asombro de su madre.

— ¡Casey!

— No hablo en serio — Casey bajó la cabeza y fingió buscar un pañuelo desechable en el bolso — . Sabes, quería enseñarme una casa, eso fue todo. Una casa de Wasmeet. Dice que piensa comprarla.

— ¡Una casa! ¡Santo Dios! ¿Crees que se mudará al distrito?

— Quién sabe. En cualquier caso, no tiene nada que ver conmigo, ni contigo.

— ¿Entonces, por qué te llevó a verla? ¿Cómo es? ¿Vieja? ¿Conociste a los dueños? ¿Les dijo que eras su esposa?

— Está vacía. Aparte del ama de llaves, no había nadie y no sé por qué me llevó a verla, a menos que quisiera probarme que puede darle a Maddison una casa mejor que yo.

— Logan no es así — la señora Hussain se quedó pensativa — . Debe de ser una casa grande si tardasteis una hora recorrerla.

Casey se ruborizó ligeramente al oír las palabras de su madre y se dirigió hacia la puerta.

— Sí, lo era. Vendré a las doce y media, y traeré empanadas para la comida.

Allan pasó a buscarla a las siete de la noche, para llevarla a Green Hill, a ver la casita. A la señora Hussain no le importó quedarse cuidando a Maddison.

— No es grande — le explicó Allan mientras iban a la granja — , pero es cómoda y tiene dos habitaciones y un baño; fosa séptica como drenaje, por supuesto, pero no hay problema; y calefacción de carbón.

— ¿Carbón? — Casey hizo una mueca — . Nunca he tenido que utilizarlo.

— Oh, pronto te acostumbrarás — sonrió — , y yo estaré cerca para cualquier emergencia.

— Bueno, no creo que tenga muchos problemas — afirmó Casey y asintió con optimismo — , después de todo, si Logan está de acuerdo, tendré el divorcio para Navidad, y cuando nos casemos, Maddison y yo viviremos en la casa principal, contigo.

— Sí — Allan no parecía muy convencido — , pero eso es algo sobre lo que quería hablar contigo. Mi madre no está muy dispuesta a compartir su casa con otra mujer. Ella ha sido la dueña y señora durante mucho tiempo, y considera el lugar como suyo.

Casey sintió un nudo en el estómago.

— Así que quieres que empecemos nuestra vida de casados en la casita.

— Por supuesto que no — Allan enrojeció — , también quería decirte que pienso construir una segunda casa para nosotros, dentro de los terrenos de la granja, pero a alguna distancia de la casa principal.

— Ya veo.

— Es una buena idea, quiero decir que sería nuestra propia casa y además moderna.

— ¿Y cuánto tiempo piensas que tardarán en construir esa segunda casa? — se humedeció sus labios.

— Unos pocos meses — Allan dijo con vaguedad — . Tengo que solicitar el permiso para construir, y necesito que un arquitecto haga los planos. Podríamos diseñarla los dos... y Maddison también, claro. No te pongas así. Debes comprender a mi madre, no le gustaría tener a una niña en la casa. Es una mujer mayor.

Y muy posesiva. Aunque recordaba lo que su madre había dicho acerca de que la señora Hayes no querría renunciar a su papel de dueña y señora de la casa, Casey se negaba a contemplar la posibilidad de que el resto de lo que ella había dicho resultara cierto también. Allan sí quería casarse con ella. ¡Lo haría!, pero estaba teniendo en cuenta los sentimientos de su madre. Un gesto admirable.

La casita estaba situada en la esquina noroeste de la propiedad. Como Allan había dicho, tenía dos habitaciones, ambas de buen tamaño y un baño. Abajo había una habitación grande que servía como sala y comedor, y la cocina.

— ¿Qué te parece?

Allan, en el centro de la más grande de las habitaciones, esperaba evidentemente su aprobación. Miraba a su alrededor con franco entusiasmo. El hecho de que la habitación estuviera todavía amueblada con una cama del ocupante anterior, y que olierá un poco a vieja, no parecía molestarlo, ni tampoco el que hubiera algunas zonas mal pintadas en la pared.

— Habría que decorarla — repuso Casey, y Allan contestó con un bufido.

— Bueno, por supuesto — exclamó — , ¿pero qué cuesta un poco de pintura y papel para las paredes si las paredes son sólidas y no hay goteras? — se encogió de hombros — , quiero decir que no está tan mal, ¿verdad?

Por dentro, Casey pensó que era horrible, no por su tamaño, sino por el lugar en el que estaba. A kilómetros de cualquier lugar, con un camino que probablemente era intransitable durante el mal tiempo. ¿Qué ocurriría si se presentaba alguna emergencia? ¿Si Maddison enfermaba?

— No estoy segura.

Se acercó a la ventana y miró el inundado jardín. Evidentemente, el drenaje dejaba mucho qué desear y se preguntó si ese olor a viejo no sería debido a la humedad. Allan se acercó a ella, le rodeó la cintura con el brazo y apoyó la barbilla en su hombro.

— Acepta — le pidió — . Será sólo durante unos meses, y eso significará que podremos estar juntos. ¿No es eso lo que los dos queremos?

— ¿Qué quieres decir con... juntos? — preguntó y reprimió el impulso de apartarse de él.

Cerró los ojos convulsivamente, cuando Allan le bese el cuello.

— ¿Qué crees que quiero decir? — le preguntó suavemente. Casey sintió su húmedo aliento sobre una oreja — . Este será nuestro primer nido de amor, con nadie que nos interrumpa o nos diga qué hacer.

— ¡No! — era demasiado para ella. Sin importarle lo que Allan pudiera pensar, se soltó repentinamente de sus brazos — . No quiero eso ni para mí ni para Maddison... algo que propicie los rumores.

Allan frunció el ceño.

— Supongo que debo darle las gracias a tu madre por esto.

— No...

— Bueno, estabas perfectamente dispuesta a aceptar mi ofrecimiento, antes de que ella entrara en escena — sonrió con ironía — , y no debemos olvidarnos de tu marido, ¿verdad? Estoy seguro de que él también ha tenido algo que decir.

— No es así.

— ¿Entonces, cómo es? ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Casey suspiró.

— Allan, cuando mencionaste la idea de que nos cambiáramos a una de las casas de la granja, fue con la idea de que, cuando me divorciara, nos casaríamos.

— Y entonces nos casaremos.

— ¿Pero, cuándo? Has dicho que no vamos a empezar nuestra vida de casados aquí. ¿Así que se supone que tendremos que aplazar la boda indefinidamente?

Allan metió las manos en los bolsillos de la chaqueta, y se balanceó hacia adelante y hacia atrás sobre sus talones.

— No sabía que estuvieras tan desesperada por tener otra alianza. ¿Qué importa cuánto tiempo esperemos, si estamos juntos?

— Sí importa — le aseguró Casey, y retrocedió un paso — . Y si a ti te da igual, creo que Maddison y yo nos quedaremos donde estamos hasta que nos casemos, ¿de acuerdo?

— No, no estoy de acuerdo — Allan estaba furioso — . He hecho arreglos especiales para que puedas ocupar esta casa. Uno de mis trabajadores va a casarse y me la pidió para vivir aquí, con su esposa. Yo le dije que no y corrí el riesgo de perderlo. Es difícil conseguir buenos vaqueros en estos días.

— Pues ahora podrás dársela — contestó Casey nerviosa. Respiró profundamente para tranquilizarse y miró hacia la puerta — . ¿Vamos a ver a tu madre?

Estaba determinada a no permitir que lo sucedido la alterara, y aunque la última persona a la que quería ver en ese momento era la señora Hayes, debía hacerlo. Allan apretó la boca un momento, pero luego, como si se hubiera dado cuenta de que estaba siendo torpe, suavizó su expresión.

— Ahora mismo — repuso. Se acercó a ella y la agarró de los brazos — . No tenemos prisa — tiró de ella y la miró con deseo — . Lo siento — añadió, y se inclinó para besarla — . No quería que riñéramos por esto. ¿Me perdonas?

Casey se había vuelto insensible a sus labios, y se preguntó por qué de pronto le asqueaban tanto sus demostraciones de afecto. Era su actitud, se dijo. Su forma de intentar pisotear sus sentimientos. Y no le valía una simple disculpa para olvidarlo.

— Entonces — se esforzó por mantener la voz firme — , ¿entiendes mi punto de vista?  
— Lo que entiendo es que no he tratado esto de la manera correcta — se corrigió con suavidad — . Dejemos de perder el tiempo y bésame. Tengo ganas de utilizar esta vieja cama.

— ¡No!

Casey estaba horrorizada tanto por su aversión a hacer el amor con Allan, como ante la idea de acostarse en aquella cama que olía a humedad.

— ¿Qué quieres decir con «no»? — Allan se exasperó — . Casey, ¿no crees que ya llevamos saliendo bastante tiempo? De acuerdo, tuviste una mala experiencia y te ha llevado algún tiempo sobreponerte, pero soy un hombre, ¡por Dios! No un niño. No puedes apartarme de tu lado indefinidamente. Estarás de acuerdo en que no todos los hombres somos iguales.

— Mira — contestó Casey empujándole suavemente — , todo será diferente cuando estemos casados.

— ¿Cuándo estemos casados? — Allan lanzó una carcajada desdeñosa — . Puede que a este paso nunca nos casemos. ¡Por Dios, mujer! Sinceramente, no querrás que esperemos hasta que estemos casados para consumir nuestra relación. Tú sabías lo que tenía en mente cuando te mencioné la casita: un lugar privado donde pudiéramos estar solos.

— No.

A pesar de la resistencia de Allan, Casey logró zafarse de su abrazo. Temía que él pudiera intentar algo desagradable, pero, para su alivio, Allan empezó a bajar por las escaleras.

— De acuerdo. Vamos — murmuró irritado — . Le he dicho a mi madre que no estaríamos más de media hora y no la debemos preocupar.

Por eso había sido tan dócil ahora, pensó Casey. Ella nunca había imaginado que tendría algo que agradecerle a la señora Hayes. Era obvio que Allan no quería contrariar a su madre. Allan cerró la puerta con llave y subieron de nuevo a la camioneta para recorrer la distancia que los separaba de la casa principal. Aunque cuando llegaron todavía brillaba el sol, el cielo estaba nublado y un poco de lluvia salpicaba los cristales de la camioneta. Era como un reflejo de su propio estado de ánimo, pensó Casey con tristeza. Era obvio que la señora Hayes los estaba esperando, pues abrió la puerta de la casa cuando la camioneta se detuvo, y permitió que una pareja de pastores escoceses escaparan y saltaran sobre Casey. Era una mujer bajita, rechoncha como su hijo y de pelo gris. Parecía disfrutar al ver cómo la joven trataba de evitar las patas de los perros.

— No hacen nada — anunció, ceñuda, y después se dirigió a su hijo — . Han tardado mucho. El té ya está listo.

— Lo siento, mamá — Allan sonrió.

Casey sintió un escalofrío cuando entró en la cocina.

— ¿Le ha gustado la casita? — le preguntó de pronto la señora Hayes.

Casey buscó una respuesta apropiada.

— Está un poco lejos — declaró, con cuidado.

Miró los armarios de madera y el imponente fogón. Quizás debería alegrarse de que

Allan no quisiera que viviera allí, pensó, e hizo una mueca.

— ¿Lejos?

La señora Hayes miró a su hijo, y este se encogió de hombros, despreocupado.

— No creo que Casey haya tenido tiempo para considerar todas las ventajas de la casa. ¿No nos vas a ofrecer una taza de té?

La señora Hayes señaló una vieja tetera.

— A mí me parece que no sabe la suerte que tiene al tener un amigo como tú — repuso.

Echó la leche en las tazas. A Casey le entraron ganas de decir que ella no lo tomaba con leche, sólo por molestarla. No le gustaba que hablara como si no estuviera allí.

— Sí, bueno — Allan miró a Casey — , ella no está acostumbrada a vivir en una granja.

— Entonces, quizá debieras pensarlo otra vez, antes de dejar que se mude a la casita

— replicó la señora Hayes — . A mí nunca me ha parecido una buena idea. ¡Ese tipo de casitas son para los trabajadores, no para las queridas!

— ¿Perdón? — Casey jadeó.

— Ya ha oído lo que yo...

— Sí, lo he oído, y quiero saber lo que ha querido decir.

— ¡Mamá! ¡Casey!

Allan estaba confundido por el giro que estaban tomando los acontecimientos, y Casey se preguntó qué le habría contado a su madre de ella.

— No, no hables así de Casey, madre — susurró Allan en tono zalamero — . Ella no me ha pedido la casita. Yo lo sugerí... como nosotros... tenemos una relación, me pareció que era lo menos que podía hacer.

— ¿Allan, tú no...?

— No me importa de quién haya sido la idea — replicó la señora Hayes y miró a Casey con un brillo de malicia en los ojos — . Y no crea que no sé a dónde quiere llegar, señorita. ¡A lograr que nuestro Allan la mantenga! Él es un alma generosa, lo sé, pero no permitiré ni dejaré que lo ponga en ridículo.

— ¿Por qué piensa que voy a poner en ridículo a su hijo? — preguntó. Antes de darle tiempo a responder, continuó — . Y por encima de cualquier cosa que piense, él no me mantendrá. No sé lo que ha podido decirle a usted, pero le aseguro que yo puedo vivir sin su ayuda.

— Casey...

— ¿Entonces, por qué ha venido a ver la casita, si su esposo no la está amenazando con el desahucio? Por lo que Allan dice, le ha dado un ultimátum. Quiere divorciarse y vender la casa.

— ¿Eso es lo que Allan le ha dicho?

— ¿No es cierto?

— No.

— ¡Mamá, yo nunca he dicho eso! — Allan miró a su madre, furioso — , lo que te dije fue que Casey quería divorciarse y que, como la casa es de su marido, está buscando otra.

Capítulo 11

— Llegaste muy pronto anoche, ¿verdad? — preguntó la señora Hussain, durante el desayuno, y Casey se preguntó hasta cuándo le podría ocultar a su madre lo sucedido — . Yo estaba leyendo y pensé que al ver la luz encendida, entrarías a mi habitación para hablarme de la casita. Como no oí la voz de Allan, supuse que estarías sola.

— Lo estaba, pero no quería molestarte. ¡Cielos!, ¿es esta la hora? Tengo que darme prisa, en serio.

— Casey — la voz de su madre la detuvo, cuando se estaba levantando de la mesa — , ¿Por qué no me cuentas lo que te pasa?

— Oh, Allan y yo tuvimos una... una discusión.

— Creo que con los hombres es algo normal.

— Así es. ¿Y a ti qué tal te fue? ¿Maddison no te causó ningún problema? A ella le encanta que estés aquí.

— Creo que le gusta más que esté aquí su padre — observó, sin rencor — . Casey, ¿vas a decirme qué te pasa o prefieres que me vaya preocupada, pensando que no te atreves a confiar en nadie?

— ¿Te vas a ir pronto?

— Mañana o pasado — confirmó — . No puedo quedarme aquí indefinidamente. Le dije a Alex que volvería a Nueva Zelanda antes de que terminara agosto, y tengo mucho qué hacer.

— Oh, sí — Casey sintió un vacío en el estómago — . Creo que me comentaste algo. Te ayudaré a preparar el equipaje. Supongo que tendrás muchos asuntos que arreglar.

— Así es — la señora Hussain se mordió su labio inferior — . Podrías venirte conmigo, por supuesto.

— ¿Mañana, a Londres? No, yo...

— Quiero decir a Nueva Zelanda — la corrigió su madre con firmeza — . Alex es viudo y no tiene hijos. Su casa es muy grande y desde ahí se domina el Puerto. A Maddison le encantaría, estoy segura.

— Oh, mamá, sabes que no puedo...

— ¿Por qué no?

— Bueno, porque...

— Por Allan Hayes, supongo.

— No.

— ¿Qué quieres decir con eso? — su madre la miró, impaciente — . Ayer ocurrió algo, no fue sólo una simple discusión — estaba muy preocupada — . No trataría de propasarse contigo o agredirte, ¿verdad? Porque si lo hizo yo...

— Por supuesto que no.

Casey logró parecer casi divertida ante la sugerencia, aunque en la discusión que había tenido cuando Allan la llevó a casa, había habido momentos en los que había pensado que podía llegar a pegarla. Estaba furioso porque se había negado a escucharlo, porque era consciente de que su relación estaba fatalmente dañada.

— ¿Y qué fue lo que pasó? — insistió la señora Hussain — . ¿La casa resultó un absoluto fracaso, o qué?

— Exactamente. Y la madre de Allan no sabía que íbamos a casarnos — suspiró — .

Posiblemente, esperaba darle la noticia en un momento propicio, para que no se enfadara. Nunca lo sabré. Me molestó la actitud de su madre y me temo que no fui muy discreta.

— ¿Se lo dijiste? — la señora Hussain estaba impresionada.

— Por decirlo así — Casey no quería entrar en detalles — . Y ahora tengo que irme, mamá. El señor Hughes está buscando cualquier excusa para despedirme.

— Oh, está bien.

Casey se fue sin contarle a su madre el final de su discusión con Allan: su desilusión y la imposibilidad de que Allan y ella compartieran su vida. Por otro lado, el ofrecimiento de su madre parecía atractivo y la idea de dejar Inglaterra y escapar del problema era tentadora. Sin embargo, no podía aceptarlo.

Así que hasta que su madre dejara Inglaterra debía fingir que Allan y ella continuaban su relación. No sería demasiado difícil si la señora Hussain se iba a Londres. Además, tampoco quería que Logan averiguara lo sucedido. Podría pensar que había cambiado de opinión por él, lo cual no era cierto.

Allan se había excusado por su mentira diciendo que su madre era muy anticuada y que hasta que ella no obtuviera su divorcio y fuera libre no la consideraría su prometida. Podría haber algo de verdad en ello, pero no alteraba el hecho de que Allan le había ocultado su intención de casarse con ella. Las dificultades habían empezado desde que Logan había vuelto a aparecer en su vida. Aunque no creía amarlo todavía, los sentimientos que le inspiraba habían destruido la paz que tanto le había costado alcanzar.

— Les vi a usted y a su esposo irse juntos la otra noche — observó Mack mientras tomaban el café aquella mañana — . ¿Sabe Hayes que usted sale con Logan? No creo que le guste.

Casey se encogió de hombros, despreocupada.

— Logan sólo me llevó a casa. Me gusta esa figurilla, del vendedor de flores. ¿Quién hubiera pensado que habría piezas de tanto valor en Pionner Court?

— Bueno, obviamente yo — replicó Mack, sin dejarse engañar, con su intento de distraerlo — . Podría haber piezas más bonitas en Wasmeet. No sé. Nunca he estado ahí.

— ¿Wasmeet? — preguntó con timidez — . Oh, ¿quiere decir en la casa que Logan piensa comprar? — cambió de actitud; no debía dejarse intimidar — . No. no creo que encuentre nada interesante allí, señor Hughes. Los Livingston no son coleccionistas, por lo menos eso creo.

Mack parecía decepcionado.

— ¿Usted ha estado allí? — preguntó.

— ¿No lo sabía? Sí, Logan me enseñó la casa hace un par de días. Quería saber si yo pensaba que le gustaría a Maddison.

«También quería demostrarme el poder que todavía tiene sobre mí», pensó molesta. Le costaba mucho adoptar esa actitud despreocupada y esperaba que su jefe no la continuara presionando. Por eso suspiró aliviada cuando sonó la campanilla de la tienda. Dejó la taza y fue a atender a un cliente. Sin embargo, el supuesto cliente no iba a ayudarla a tranquilizarse.

Se trataba de Logan, que estaba en medio de la tienda, contemplando algo que había fuera de la ventana. ¿Qué estaría haciendo allí? ¿Pretendía que Casey perdiera toda su credibilidad?

Logan se volvió al oírla. Llevaba un pantalón color oscuro y una camiseta. El recuerdo de lo que había ocurrido dos noches atrás, se encendió brevemente en la mente de Casey, y el pulso se le aceleró. ¡Oh, Dios!

¡Dios mío!, pensó asustada. ¡Cómo había podido caer tan bajo!

— ¡Hola!

Logan la miró a los ojos y Casey pensó en lo humillante que era que llegara y se comportara como si nada hubiera sucedido. A lo mejor iba a despedirse de ella. Maddison iba a sufrir una gran desilusión. La niña estaba disgustada porque su padre no había aparecido por la casa la noche anterior.

— ¡Hola! — lo saludó, advirtiéndole con la mirada que no era bienvenido.

— ¿Podemos hablar?

— ¿Aquí? — Casey se controló con dificultad, y negó con la cabeza — . ¿Ya te vas? O quieres comprar algo? Tenemos unas porcelanas muy bonitas en el almacén.

— Tenemos que hablar. ¿A qué hora sales a comer?

— Me temo que no lo sé. Estoy bastante ocupada.

— Casey — repuso él con una nota de advertencia en la voz, cuando el señor Hughes apartó la cortina y entró en la tienda.

— Logan. He reconocido su voz. Me alegro de volver a verlo. ¿Está disfrutando de sus vacaciones?

— Mucho.

— He oído que estaba invitando a Casey a comer — continuó el anticuario, sin esperar respuesta — . Puede tomarse el resto de la mañana libre, si lo desea. Como puede ver, no estamos ocupados, y sería un ser despreciable si no hiciera esto por un amigo. Casey estaba muy enfadada. Sabía que Mack se estaba vengando de ella. Su sonrisa y el brillo de diversión que había en sus ojos lo confirmaron.

— Voy a buscar mi chaqueta — no tenía sentido discutir.

— Me he enterado de que piensa venirse a vivir al distrito — le comentó Mack a Logan.

— Eso pienso — miró a Casey y asintió — , ¿Le ha contado Casey que fuimos a ver una casa en Wasmeet, el lunes?

— No he tenido que decirle nada — repuso Casey.

— Usted ya sabe cómo son los pueblos, Logan — miró a su ayudante con tristeza — . Su... esposa está un poco susceptible esta mañana. Me temo que tengo la culpa.

Casey ardía de indignación cuando salieron a la calle.

— Supongo que te parece divertido. ¿No tienes ni una pizca de sentido común?

¿Quieres que Mack difunda la noticia de que vamos a comer juntos?

— No me importa lo que diga Mack — replicó él, con voz suave — , ¿Vamos a comer juntos? Después de tu forma de recibir mi invitación, pensaba que no querías — Casey apretó los labios.

— Has dicho que teníamos que hablar — le recordó, y Logan inclinó la cabeza — . Bueno, estoy de acuerdo. Ya es hora de que pongamos las cosas en orden. No quiero

que sigas metiéndote en mi vida.

— ¿Entonces, dónde quieres comer? ¿Aquí en el hotel o en Gloucester?

— No — repuso Casey, rápidamente.

— De acuerdo, ¿entonces dónde? — le preguntó Logan y echó a andar. Casey lo siguió — . Si no quieres que vayamos al hotel, podríamos comer en el coche.

— Supongo que sí — Casey se mordió el labio.

Casey sopesó las desventajas de estar solos en el coche, contra la obvia ventaja de no andarse con rodeos.

— ¿Comemos en el coche, entonces?

— Está bien.

— Sugiero que compremos unos sándwiches y un par de latas de cerveza — indicó, cuando entraron en el coche — . A menos que prefieras un refresco.

Compraron sándwiches y cuatro latas de refresco en una tienda. Casey no era muy conocida allí, y aunque se dijo que no le importaba que se supiera, era más fácil no tener que dar explicaciones a nadie. Eran casi las doce del día cuando llegaron a Laps's Leap. Logan bajó del coche y se acercó hasta el borde del precipicio. Miró el valle, con indiferencia. Por su parte, Casey permaneció en el coche, abrió las envolturas plásticas de los sándwiches y colocó éstos entre los dos asientos. Eran de queso y tomate, y de cangrejo con mayonesa. En ese momento ninguno le resultaba apetitoso. Simplemente no tenía hambre.

A esa hora del día casi nadie iba allí. Era demasiado temprano para los turistas y también para los enamorados. Eso la tranquilizaba, por una parte, pero por otra la asustaba que ocurriera lo mismo que en Wasmeet.

— ¿De queso o de cangrejo? — preguntó Casey, cuando Logan se sentó de espaldas a ella, y con los pies fuera del coche.

— Todavía no quiero nada — respondió y escondió la cabeza entre las manos.

— ¿Qué pasa? — Casey se asustó — , ¿Estás enfermo? ¿No te encuentras bien? ¿Puedo hacer algo?

Logan dejó escapar el aliento y se enderezó.

— ¡Nada y todo! — la miró de reojo — . No te asustes, no estoy arruinado.

— Creo que es mejor que vayamos al grano, ¿no?

— Sí, y creo que empezaré por decirte lo que estoy haciendo aquí — hizo una pausa

— . Casey, no quiero que nos divorciemos.

— ¿No hablarás en serio?

— ¿Por qué no? Éramos felices juntos. Podemos serlo otra vez. No digas que no me deseas, porque no te creeré.

— ¿Lo dices por lo que ocurrió la otra noche?

— En parte.

— ¡En parte! Logan, sólo porque permití que hicieras el amor conmigo...

— Tú no permitiste nada — repuso ásperamente, se volvió y la miró con los ojos entrecerrados — . ¡Por Dios! Casey, tú me deseabas tanto como yo. De acuerdo, yo lo propicié, pero no habría sucedido si tú no lo hubieras deseado también.

— Eso no es cierto...

— Lo es. ¡Por favor, Casey! Sé sincera contigo por lo menos. No te violé. Te toqué porque tú me invitaste a hacerlo. ¿Y por qué me hiciste esa invitación? Quizás deberías preguntártelo.

— Ya te dije por qué.

— Oh, sí. ¿Cuál fue la excusa?

— ¡No era una excusa!

— ¿Algo así como, por los viejos tiempos? — movió la cabeza — . Yo creo que era una propuesta en toda regla.

— ¡Tú decidiste que lo fuera!

— No era la primera vez que una mujer se me ofrecía...

— Estoy segura.

— Eso no quiere decir que continuara con ellas — hizo una mueca — . Como... Cassandra, por ejemplo. Yo nunca...

— Oh, por favor...

Casey abrió la puerta del coche y salió, incapaz de continuar escuchando. No sabía qué intenciones tenía Logan al decirle que no quería el divorcio, pero fuera lo que fuese, ella se negaba a que mintiera sobre su pasado.

— Casey... Casey...

Repitió su nombre y dio un paso hacia ella, y luego se volvió, casi en el borde del precipicio.

— Si me has traído aquí para hablar de Cassandra, creo que deberías llevarme a la tienda — dio un paso hacia atrás, con la esperanza de que Logan se acercara a ella y se alejara del precipicio — . Yo... no puedes decir nada para cambiar lo sucedido. No sé qué ganas con traerlo a colación ahora. Llevamos separados más de dos años, Logan. Es un poco tarde para arrepentirme.

Logan suspiró, pero no se alejó del borde.

— De acuerdo. Por ahora dejemos el problema de Cassandra. Dime, ¿por qué crees que vine aquí?

Casey pensó decirle que a comer, pero no tenía ganas de hacerse la graciosa en ese momento.

— Para ver a Maddison — era su sincera opinión — , y para complicarme la vida todavía más. Tú no me deseas, pero no quieres que nadie se relacione conmigo.

— ¡Estás equivocada! — Logan le sostuvo la mirada — . Claro que te deseo. Siempre te he deseado, y no olvidemos lo que realmente sucedió. La que no me deseaba eras tú.

— Creía que no íbamos a hablar de Cassandra — exclamó amargamente.

— Y no lo haremos — Logan se controló haciendo un enorme esfuerzo — . Tú no me deseabas desde mucho antes de que decidieras creer las mentiras de Cassandra. ¿Qué era lo que solías decirme? ¿Qué te daba miedo quedarte embarazada?

— Los acontecimientos demostraron que tenía razón — gritó Casey.

Logan suspiró.

— Creía que no íbamos a hablar de Cassandra — le recordó — . Puedo asegurarte que su embarazo no tuvo nada que ver conmigo.

— No me eches en cara lo infeliz que fui en aquella época — protestó — . Tú sabes por qué no podía arriesgarme a quedarme embarazada. No sabes lo que es perder algo que es parte de ti.

— ¿No lo sé? Perdóname, pero creo que yo también perdí algo.

— No es lo mismo — se estremeció — . En cualquier caso, yo no dejé de amarte entonces. Pero no podía hacerlo... No podía dejar...

— ¿Que me acostara contigo?

— Y eso era lo único que te importaba, ¿no?

— No, no lo era — blasfemó, enfadado — . Casey, ¿qué crees que sentí al ser tratado como un monstruo? No podía vivir sin ti, ¡y tú pensabas que no podía vivir sin el sexo!

— Bueno, eso fue lo que me pareció — replicó.

Después se sonrojó al darse cuenta de que indirectamente había vuelto a meter a Cassandra en la conversación.

— ¿Qué debo hacer para demostrarte que no estaba haciendo el amor con Cassandra? — exigió — . ¿Tienes idea de lo difícil que es para mí, para cualquier hombre, demostrar que es inocente en casos como ese? Pensaba, tontamente, supongo, que si te daba tiempo, por lo menos me escucharías, pero estaba equivocado, ¿verdad? Sigues siendo tan terca como siempre. Incluso después de lo que ocurrió la otra noche, todavía piensas que te traicioné, ¿o no?

## CAPÍTULO 12

Casey temblaba. Sabía que sólo debía decir sí, que todavía creía que Cassandra y él habían tenido una aventura, y su matrimonio estaría terminado. ¿Pero era eso lo que deseaba?, se preguntó. Después de todo lo que había ocurrido, ¿por qué dudaba a la hora de dar el paso final? Ya era demasiado tarde para las dudas.

— ¿Bien? — preguntó él con aspereza — , ¿lo dejamos por hoy?

— No has comido.

— No tengo hambre.

— Deberías comer.

— ¿Para qué? — la miró ceñudo — . ¿Para darte otra oportunidad de herirme?

— No. Si... si tú... no tocaste a Cassandra, ¿quién lo hizo?

— ¿No se te ha ocurrido todavía que Cassandra podía estar embarazada desde antes de llegar a trabajar con nosotros?

— No — Casey lo miró fijamente.

— Yo tampoco lo pensaba — se encogió de hombros — , pero lo estaba.

— ¿Cómo lo averiguaste?

— Me lo confesó.

— Eso no puede ser cierto.

— ¿Por qué no? ¿Por qué una perversa mujer decidió acabar con nuestro matrimonio, y tú prefieres creerla a ella, antes que a mí? Créeme Casey, me llevó algún tiempo perdonarte que me condenaras por el testimonio de una mujer a la que apenas conocías.

— Pero esa no era la única prueba — repuso Casey y Logan frunció el ceño.

— ¿De verdad llegaste a creer que me había acostado con esa arpía?

— ¿Qué se suponía que debía creer? Los dos estaban en la cama, ¿no?

— Cassandra estaba en la cama. Yo acababa de ducharme. Ella debió oír el ruido del agua y decidió que era una buena ocasión para poner en práctica su plan.

— ¿Qué plan?

— ¡Oh, Casey, madura, por Dios! Si estuvieras embarazada sin medios para sostenerte y pensaras que podrías aprovecharte de una determinada situación, ¿no tratarías de hacerlo? No, por supuesto que tú no, pero gente, digamos, menos escrupulosa, sí lo haría.

— Si eso era lo que pensabas, por qué no me lo dijiste en ese momento — se tensó.

— Lo hice — gruñó — , pero no me escuchaste, era más fácil creer a Cassandra.

— Pero después, más tarde...

— Más tarde ni siquiera querías hablar de ello — hizo una pausa — , ¿No recuerdas cómo estaban las cosas entre nosotros? ¡Dios!, no dormíamos juntos; ni siquiera

compartíamos la misma habitación. Algunos días ni siquiera nos hablábamos. No estabas dispuesta a creerme. Te metiste en la cabeza que Cassandra y yo habíamos tenido una aventura, y no quisiste oír nada más.

— ¿Entonces, dices que no te acostaste con Cassandra?

— No sólo lo digo, sino que así fue.

— ¿Y por qué te fuiste?

— ¿Por qué me fui? Estuve esperando diez días a que volvieras y por lo menos me dieras la oportunidad de explicártelo, pero no lo hiciste ni tenías intención de hacerlo.

— Entonces te fuiste.

— Sí, me fui — hizo una mueca — , y luego tú volviste.

— Necesitaba tiempo para pensar, para decidir lo que debía hacer, pero cuando volví, ya no estabas en casa y pensé que te habías ido con Cassandra.

— Ambos cometimos errores — movió la cabeza — , pero yo ya te he perdonado los tuyos.

— Eso es fácil de decir — tragó saliva.

— No, no lo es. Es terriblemente difícil, y cada vez lo es más.

— A ti nadie te ha arruinado la vida.

— La que no está arruinada es la tuya — contraatacó — . No soy yo el que pretende casarse de nuevo. Ni el que ha pedido el divorcio.

— No necesitas hacerlo — replicó con amargura, y él frunció el ceño.

— ¿Qué se supone que quieres decir?

— Eres hombre. Lo que haces no es juzgado por los demás de la misma manera que cualquier cosa que yo haga.

— ¿Y qué se supone que he hecho? ¿Continuar escribiendo? Sí, lo he hecho ¿Tener éxito? Eso también, pero no pretenderás que me sienta culpable por ello.

— ¿Y las aventuras que has tenido desde que te fuiste?

— Supongo que en cierto modo debería considerarlo un progreso — curvó los labios, con ironía — , por lo menos, no has dicho «desde Cassandra». Y para tu información, no he tenido relaciones desde que nos separamos. A veces he deseado interesarme en alguien, pero tú eres la única mujer a la que he querido.

— ¿Cómo puedes decir eso? He visto fotografías tuyas con otras mujeres, en el periódico; he leído artículos...

— ¿Y desde cuándo crees todo lo que lees en los periódicos? Después de lo que te he contado, me parece mentira que sigas hablándome así.

— ¿Dices que nunca te has acostado con otra mujer? ¡En dos años! Oh, Logan, ¡puede que sea ingenua, pero no estúpida!

— Cree lo que quieras. Lo harás de todas maneras — parecía cansado — , pero no me digas que quieres a ese tipo, a Hayes, porque no te creeré. Cuando hicimos el amor, la otra noche, supe que estaba siendo una nueva experiencia tanto para ti como para mí. No lo hice intencionadamente. Te llevé a ver la casa para decirte lo que te acabo de decir, pero las cosas no salieron como pensaba. No me avergüenzo de lo que pasó — se balanceó sobre sus tacones — . ¡Demonios!, me demostró que todavía eres la Casey con la que me casé, pero estaba seguro de que tú pensarías que me había

aprovechado de ti, y por eso no forcé las cosas cuando fui a verte anoche.

— ¿Fuiste anoche? Pero mi madre...

— Fui, pero no entré. Había una camioneta aparcada fuera de la casa y pensé que era de Hayes. Después os vi a los dos bajaros y entrar en la casa, y me esfumé. De cualquier modo, me destrozó que pensaras continuar tu relación con él. Por eso he ido a la tienda esta mañana. Anoche, no quería molestar y hoy no quería encontrarme con la misma situación.

— No voy a verlo — Casey inclinó la cabeza.

— ¿No? — se encogió de hombros — . Bueno, no podía saberlo.

— No.

Llegó otro coche. Debían de ser turistas que iban a contemplar el paisaje. Casey deseó que hubieran escogido otro sitio. Era obvio que no podrían continuar su conversación. Le dio una fuerte patada a un promontorio de césped y la tierra se desmoronó peligrosamente. Cuando vio que resbalaba, saltó hacia adelante y le agarró a Logan la mano. Entonces éste la abrazó.

Cuando Casey estuvo a salvo, Logan la agarró por el cuello y la besó como si nunca fuera a soltarla. Casey sentía que su cuerpo se moldeaba a los contornos del cuerpo de Logan mientras éste la besaba como si no hubiera ni pasado, ni futuro, a menos que estuvieran juntos.

El sonido de una puerta, al cerrarse de golpe, y un murmullo de voces, hicieron que Logan la soltara. Casey trató de recobrar su compostura, mientras Logan volvía en silencio al coche. Encendió el motor y en cuanto Casey subió al coche, se alejó de allí. Giró bruscamente para tomar la carretera que iba a llevarlos de vuelta a Norton y a la sensatez.

— Me voy mañana — dijo de pronto Logan.

— ¿Te vas?

— Sí. ¿Eso es lo que quieres, no? Le daré instrucciones a mi abogado para que te asesore en todo lo necesario. En cuanto los papeles estén listos, te enviaré las escrituras de Richwood con Gardner.

— ¿Cómo? — Casey se quedó atónita.

— Richwood — repitió Logan, y se concentró en la carretera — . La casa es tuya. La puse a tu nombre poco después de nuestra separación — hizo una mueca — , quería que tuvieras cierta seguridad, por si me ocurría algo. Legalizar un testamento lleva algún tiempo.

Casey movió la cabeza.

— Pero es tu casa.

— No lo es. Es tuya. Puedes venderla si quieres, no me importa. Dile a Hayes que es mi regalo de bodas. A mi parecer, no te será muy útil cuando estés casada y vivas con Maddison en Green Hill.

## CAPÍTULO 13

Casey prácticamente no abrió la boca durante la cena, pero afortunadamente Maddison estaba tan entusiasmada por el próximo evento de caridad, que no había parado de hablar.

— Le di a la señora Adrienne tu nota — repuso — , y se puso muy contenta al saber que ibas a ir a ayudar. ¿Crees que papá podría ir también? Como está en el pueblo, ¿a ti no te importaría, verdad?

— He hablado con tu padre a la hora de la comida y me ha dicho que se va mañana a Londres.

Maddison la miró decepcionada, y la señora Hussain tuvo que consolarla. Casey estaba tan destrozada, que fue incapaz de consolar a su hija y su madre, al verla tan angustiada, fue a su habitación después de la cena.

— ¿Qué haces? — preguntó la señora Hussain, desde la puerta.

Casey levantó la mirada del álbum de fotografías.

— Nada.

— ¿Nada? — repitió su madre, y entró en la habitación — . ¿Desde cuándo lloras por las noches viendo viejas fotografías?

Casey se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

— No estoy llorando.

— De acuerdo — su madre no discutió. Se sentó en el lado opuesto de la cama, y miró el álbum — . ¿Has visto algo interesante?

— Realmente no — Casey apartó el álbum a un lado — . ¿Y Maddison?

— Viendo televisión — la señora Hussain titubeó — , ¿Qué te ha dicho Logan a la hora de la comida? No me has dicho por qué ha ido a verte.

— Él... él sólo quería decirme que ha puesto esta casa a mi nombre; para que podamos vivir aquí todo el tiempo que queramos.

— ¿Quieres decir, hasta que te divorcies?

— Él está de acuerdo en eso, también.

— ¿Logan? Pero si la última vez que hablé con él, me dio la impresión de que era la última cosa que deseaba.

— Sí, — Casey suspiró — , pero ha cambiado de opinión.

— ¿Por qué?

— ¡Oh, mamá!

— Voy a quedarme aquí sentada hasta que lo averigüe. ¿Ha discutido con Allan? Sabía que ese hombre iba a causar problemas en cuanto lo vi.

— ¿Logan?

— No seas tonta, Casey. Sabes perfectamente de quién te estoy hablando. De Allan

Hayes.

— No, no es así — apoyó la cabeza en las manos — . Allan y yo terminamos anoche. Lo que hablamos Logan y yo no tuvo nada que ver con él. Logan... yo... insistió en que habláramos del asunto de Kassandra. Dice que ella estaba embarazada antes de venir a trabajar con nosotros; que entró a nuestra habitación intencionadamente porque esperaba poder conseguir que Logan pensara que el niño era suyo.

— Ya veo — la señora Hussain inclinó la cabeza.

— ¿Te lo contó?

— No, pero si lo hubiera hecho, yo lo habría escuchado. Le afectó mucho que le pidieras el divorcio. Si fuera la mitad de malo de lo que crees, habría saltado de alegría ante la oportunidad de obtener su libertad.

— Sí, yo también lo he pensado.

— ¿Y qué hizo Kassandra?

— Logan dice que no sabe, que no volvió a verla desde la mañana que me fui.

— Mmm — dijo pensativa — . Tú sólo tienes su palabra, por supuesto.

— Sólo tengo su palabra en todo. Ese es el problema. No sé qué voy a hacer si Logan vuelve a Londres. Nunca lo volveré a ver.

— ¿Y eso te importa?

— Sí. ¡Claro que me importa! ¿Qué dirías si te dijera que estoy pensando en volver con él? No puedo evitarlo, todavía lo amo y sé que nunca he dejado de amarlo.

— Yo te diría, ¿entonces por qué estás sentada aquí, abatida, mirando esas viejas fotografías, cuando podrías ir a decírselo? Cariño, el matrimonio es confianza y amor, y Logan te ha demostrado que te ama al darte tu libertad.

— ¿Estás segura de que estás bien? — la señora Hussain titubeó al lado del taxi que la iba a llevar a la estación de Gloucester — . No me gusta dejarte sola en estos momentos, pero tengo que empezar a arreglar mis propios asuntos.

— No estaré sola — Casey observó — . Tengo a Maddison y al señor Hughes, y a uno o dos buenos amigos con los que puedo contar. Además, iremos a verte a Londres dentro de una semana, cuando Maddison termine el trimestre.

— Estaré encantada de que vengáis — a la señora Hussain se le llenaron los ojos de lágrimas cuando besó a su hija — . Prométeme que no harás ninguna tontería, como volver con ese ignorante granjero, y piensa seriamente en aceptar nuestra invitación. Ya oíste lo que Alex dijo por teléfono.

— Lo sé — Casey sonrió — , lo pensaré. Ahora date prisa, no quiero que pierdas el tren.

Cuando el taxi desapareció, Casey entró en la casa. A pesar de lo que acababa de decir, fue horrible sentir el repentino vacío que la asaltó y deseó haberle permitido a Maddison faltar a la escuela. Desde que Logan se había ido, la relación con Maddison había cambiado. Sabía que su hija la consideraba culpable de que su padre se hubiera ido. Nada de lo que le dijera o hiciera la convencería de que no era así. También Casey había sufrido un duro golpe al descubrir que Logan se había ido la tarde anterior.

Aunque le había confesado a su madre lo que sentía por Logan, había necesitado mucho valor para ir al hotel a buscarlo. Y cuando había llegado, se había encontrado

con que él ya no estaba. Según Jadon Henderson, su famoso huésped había vuelto a Londres.

— Ni siquiera ha dejado una dirección, aunque imagino que usted sabe dónde vive, ¿o no, señora Gallagher?

Por supuesto que lo sabía, pero no tendría valor para ir a buscarlo a Londres. Su madre la había tratado de persuadir, incluso le había ofrecido quedarse y sustituirla en el evento de caridad de la escuela de Maddison, pero Casey había rechazado su ofrecimiento.

Había esperado con una mezcla de ansiedad y temor que Logan fuera al evento. Sin embargo, no había aparecido. Seguramente, para Logan, aquel particular episodio de su vida había terminado. Casey esperaba la carta de sus abogados diciéndole que empezaban los trámites de divorcio. Tenía el presentimiento de que él tomaría la iniciativa, en lugar de esperar a que ella lo hiciera.

Miró el reloj. Era casi la una. Mack le había concedido una hora más de tiempo para comer, para que pudiera despedir a su madre, así que no necesitaba volver hasta las dos. Tendría tiempo suficiente para pasar la aspiradora en la habitación que había ocupado su madre; quitar las sábanas sucias y meterlas en la lavadora. Eso no le llevaría mucho tiempo. Pensó en limpiar también la habitación de Maddison y la suya, con el fin de mantenerse ocupada y superar su pena. Cuando estaba pasando la aspiradora en su propia habitación, encontró una fotografía. Debía haberse caído del álbum cuando lo estaba viendo la otra noche.

No podía creer que aquella foto hubiera ocupado un lugar permanente en el álbum, pero recordaba que Cassandra se la había enviado al solicitar el empleo. Le resultaba difícil mirar a la joven que había causado tal desastre en su vida, pero se obligó a hacerlo, y se dijo que Cassandra ya no era la causante de su separación. Era ella misma. Por su culpa, Logan se había ido para siempre. Ella no había tenido una, si no dos oportunidades y las había desperdiciado. Su amor era tan frágil que se había hecho añicos a la primera grieta. Parpadeó y acercó la fotografía a la luz. Mostraba a una joven de pie, frente a una casa. La instantánea había sido tomada con un gran objetivo, de modo que era posible ver gran parte de la casa delante de la que estaba. El edificio le resultaba familiar, y cuando lo estudió más de cerca se dio cuenta de que era la casa de Wasmeet, que Logan la había llevado a conocer.

¡Dios! Los propietarios, los Livingston, eran los mismos que le habían dado a Cassandra la recomendación. Tembló al recordar algo que Logan había comentado, que uno de los hijos de los Livingston se había divorciado porque había tenido una aventura con una niñera. Entonces no se lo había tomado en serio, pero en ese momento sospechaba que Logan tenía una poderosa razón para llevarla a ver esa casa. Le había dicho que la había llevado para contarle lo que había confesado, pero que las cosas habían salido de otra manera. Quizá esperaba que Casey se diera cuenta de todo, pero ella estaba tan pendiente de él, que ni siquiera había reconocido el nombre de la familia.

Desesperada, rompió la fotografía y la tiró al inodoro. Si al menos le hubiera creído a Logan y no a Cassandra...

Cuando volvió del trabajo, aquella noche, se encontró con un mensaje telefónico de su

madre, que le decía que estaba ya en casa, sana y salva, y que había hecho un buen viaje.

— Ojalá pudiera irme con la abuela — repuso Maddison, malhumorada, mientras removía los guisantes y las zanahorias de la cena — . Me llevaría a ver a papá. Es terrible vivir aquí cuando él está en Londres.

Casey forzó una sonrisa.

— Antes no te importaba.

— Sí, sí me importaba, pero entonces tenía la esperanza de que tú y papá os reconciliarais; de que te dieras cuenta de que fue un error la... la separación, quiero decir. Jadiel Fitzpatrick dice que seguramente tenía otra mujer. Su padre y su madre se divorciaron, porque al señor Fitzpatrick lo encontraron en la cama con su secretaria.

Casey la miró asombrada.

— Jadiel no debería contarte esas cosas — exclamó, pero Maddison no se mostró arrepentida.

— ¿Por qué no? Es lo que pasa siempre, ¿no? Jadiel dice que pasa a menudo — se encogió de hombros — . Pero yo le dije que fuiste tú la que tenías otro hombre en tu cama.

— ¡Maddison! — Casey estaba sorprendida e indignada por las revelaciones de su hija — . De cualquier manera, debes saber que mi relación con Allan... con el señor Hayes ha terminado. No venderemos esta casa ni nos mudaremos a Green Hill.

— ¿En serio?

Maddison estaba encantada y Casey se sintió menos triste al ver a su hija feliz. Era muy pequeño el precio que debía pagar por verla así, y durante los siguientes dos días, Casey hizo lo posible por mostrarse alegre. Sin embargo, los comentarios irónicos de Mack acerca de Logan, en Norton, empezaron a crisparle los nervios. Por culpa de su acertado juicio en lo referente al icono ruso, su jefe estaba constantemente irritado y hacía todo lo posible por humillarla.

El jueves de esa semana Casey tuvo un accidente.

Como de costumbre, el almacén de la tienda estaba atiborrado de cajas y curiosidades, y Casey dio dos pasos en falso al tratar de sacar algunos objetos. Cayó entre unos jarrones chinos y unos marcos. Se dañó la espalda y se hirió un brazo con uno de los jarrones. El ruido que hizo con su caída, y con la de otros objetos, hizo que el señor Webster acudiera alarmado. Mack, estaba atendiendo a un cliente en ese momento, entró cuando Casey ya se estaba levantando y, por supuesto, por lo primero que preguntó fue por su mercancía.

— ¿Qué ha hecho? — exclamó, y se apresuró a rescatar los restos del jarrón de porcelana — . ¡Santo Dios! ¿Sabe usted cuánto cuesta?

— Como es un Quian, yo diría que ... 50 grandes — replicó el señor Webster, antes de que Casey tuviera oportunidad de ofrecer alguna disculpa — . La joven se ha hecho mucho daño, Mack. ¿No debería preocuparse más por si ella decide pedirle una indemnización?

— Oh, realmente... — empezó a decir Casey.

— 50 grandes — repitió Mack — . Oh, no entiendo toda esta moderna jerga — examinó con tristeza el jarrón roto — . Podría haber sido Xandro.

— Pero no lo era — aseguró, impaciente, el señor Webster — . Agarre a Casey del otro brazo. Vamos a ayudarla a tumbarse en el sofá.

— Pero es el sofá de George III — protestó Mack, antes de que la expresión del señor Webster lo apresurara a obedecer — . Oh, querida Casey, ¿no será nada grave, verdad? Ya le había advertido que no se metiera hasta que quitara los lienzos para que fuera más fácil.

Casey se abstuvo de mencionar que habría necesitado quitar los marcos, los lienzos y todo lo que había por el suelo, para poder alcanzar los estantes que debía vaciar.

— Eso ya no importa — aseguró el restaurador.

El señor Webster se hizo cargo de la situación y envió a Mack a que le preparara a Casey una taza de té con mucho azúcar, mientras él le curaba el brazo. Felizmente, la herida no era profunda. Sin embargo, se sentía bastante mal, y no dudó ni un segundo cuando el señor Webster le sugirió a Mack que se tomara el resto del día libre.

— Yo no volvería hasta el lunes, si fuera usted — afirmó Webster, e ignoró la expresión de Mack — . Ha sido una caída fuerte y le vendría bien descansar durante un par de días. Estoy seguro de que el señor Hughes lo preferirá a que usted le demande al cabo de un tiempo por haberse dislocado algún hueso.

— Por supuesto.

Mack estuvo de acuerdo, aunque apoyó su hipótesis de que ella era la única culpable. Casey llegó a su casa a la hora de la comida, con estrictas instrucciones de no hacer movimientos bruscos y no llevar ningún peso durante las siguientes setenta y dos horas.

— Debe pensar en Maddison — había dicho Mack en una de sus falsas muestras de interés — . ¿Quién cuidaría de ella si usted tuviera que ir al hospital? — añadió, cuando lo que realmente quería decir era que no podía permitirse perder su trabajo.

Al pensar en su hija, Casey recordó que debía llamar a Trung, y pedirles que le dijeran a Maddison que se fuera directamente a casa después de la escuela. La directora, la señora Coleman se mostró solícita cuando oyó a Casey. Hecho eso, Casey se preparó una taza de café y titubeó sólo un momento, antes de añadir una segunda cucharadita de azúcar. ¿Para qué se preocupaba por su peso? A nadie le importaba, ya que estuviera gorda o delgada, pensó, mientras se ponía unos pantalones de deporte y una camisa vieja de Logan.

Se tumbó en el sofá y se estaba preguntando si le daría tiempo de ducharse, antes de que Maddison «llegara de la escuela, cuando sonó el timbre. Miró el reloj y comprendió que no podía tratarse de su hija. Esperaba que quien quiera que fuera no se asomara por la ventana. Fingió no oír nada. Podría tratarse de algún vendedor. Si no miraba hacia afuera, pronto se iría. Pero el timbre volvió a sonar, aquella vez acompañado por un golpe en el buzón, y por una voz que gritó su nombre.

— Casey — era Allan — . Sé que estás ahí. Abre. Te he traído algo que te hará sentir mejor.

Casey se levantó fastidiada del sofá. Allan era la última persona a la que esperaba ver. Pensaba que lo habría entendido. Miró el reloj otra vez. Debía haberse quedado dormida, porque eran casi las tres y media. Maddison llegaría en media hora. Ojalá Allan se fuera antes de esa hora. Abrió la puerta, sólo lo suficiente para asomar la cabeza. No tenía intención de invitarlo a pasar, ni tampoco de aceptar nada de él,

excepto sus disculpas por haberla molestado.

— Mack me ha dicho que necesitabas compañía. Lo he visto a la hora de la comida, en el Richmond. He pensado que sería una buena ocasión para limar asperezas.

Casey se apoyó en la puerta y dijo:

— No es necesario. Creo que los dos cometimos un error. Yo, por pensar que te amaba y tú, por demostrarme que no era así.

— ¿Qué se supone que debo entender? — su rostro se ensombreció. Casey suspiró.

— Es verdad. Me temo que dejé que la perspectiva de una seguridad económica cegara mis verdaderos sentimientos. Me caes bien, Allan, hasta pienso que te tengo afecto, pero debemos estar de acuerdo en que tenemos diferentes intereses.

— No estoy de acuerdo — se asomó dentro de la casa — . ¿No vas a invitarme a entrar?

— No — Casey esperaba que no protestara por eso — . No tenemos nada que decirnos el uno al otro. Fue divertido, pero se acabó. Lo siento. Espero que quedemos como amigos.

Allan frunció el ceño.

— ¿Se trata de Gallagher, verdad? — exclamó, y dio un agresivo paso al frente — . Desde que volvió has actuado como una tonta. ¡Dios! ¡Ese hombre te puso los cuernos con esa niñera francesa! Todo el mundo sabía que era una arpía. ¡Cielos!, ya había provocado el divorcio entre Arthur Livingston y su esposa.

— ¿Cómo lo sabes? — Casey se sintió enferma.

— Todo el mundo lo sabía en la Logia — Allan estaba orgulloso de ser masón, y no era la primera vez que hablaba de la camaradería que existía dentro de la Orden — . Los Livingston siempre se consideraron mejor que el resto de nosotros. El padre de Arthur, el viejo Livingston, se comportaba como si fuera el dueño de la mitad del condado.

— ¿Y a ti te molestaba? — se humedeció los labios.

— Bueno, ¿y no te hubiera molestado a ti? Nos alegramos mucho cuando dejaron el distrito.

— ¿Cuándo fue?

— ¿Importa?

— Me gustaría saberlo.

— Oh, bueno — suspiró — , no hace mucho tiempo. Poco después de que os separarais tu marido y tú, creo. Me dijeron que pusieron la casa en venta; también oí que a pesar de todos los esfuerzos de su madre por evitarlo, Arthur se casó con la francesa. Se decía que estaba embarazada y que iban a vivir a Francia, con la familia de ella.

Casey lo miró fijamente.

— ¿Por qué no me has contado esto antes?

— No pensé que te interesaría — se encogió de hombros — . No me pareció importante. Lo único que quiero que sepas es que esto demuestra lo indeseable que es tu marido. ¡Por Dios, Casey! ¡Acostarse con una mujer embarazada! Si eso no te demuestra cómo es, no sé entonces qué necesitas para entenderlo.

## CAPÍTULO 14

Casey se libró de Allan como pudo. Estaba segura de que se había imaginado que cambiaría de opinión. Era tan orgulloso, que no era capaz de juzgar su propio comportamiento.

Ya casi eran las cuatro y media. Casey estaba tan absorta en sus problemas, que se había olvidado de su hija. Seguramente la señora Coleman le había dado el mensaje. No podía estar en la tienda, o Mack la habría llamado. De todas maneras debía comprobarlo antes de dejar que el pánico la dominara. Fue al vestíbulo y descolgó el auricular.

En ese momento olvidó sus dolores. Cuando estaba marcando el número de Mack, oyó la llegada de un vehículo. El ruido no le resultó familiar, y por un momento, pensó que podría tratarse de la Policía, que iba a informarle de un accidente. Se quedó helada, pero su sentido común se impuso. Dejó el auricular en su lugar y fue hasta la puerta. «Quizá sea Mack», se dijo. Debía dejar de pensar lo peor. El corazón le dio un vuelco al ver que Logan salía de su BMW gris. Maddison no iba con él y no se le ocurrió ninguna razón para que estuviera allí, como no fuera que quizá era el portador de malas noticias.

Se agarró desesperadamente al marco de la puerta y dijo el nombre de su hija, consciente de las lágrimas que ya rodaban por sus mejillas. Logan subió corriendo los escalones que la separaban de ella.

— Maddison está bien — le aseguró, con voz ronca — . Está con mi secretaria — le secó las lágrimas con delicadeza — . Hubo una retención de tráfico en la F12. Por eso he tardado tanto.

— ¿Una retención? — repitió débilmente — . No entiendo nada.

— ¿Podemos entrar para que te lo explique? No me apetece darle a la señora Reynolds motivos para cotillear.

Casey asintió, y se apartó para que Logan entrara. Pero se movió tan bruscamente, que sintió un latigazo en la espalda.

— ¿Estás bien? — le preguntó.

Como tantas veces, antes, Logan estaba de pie en el vestíbulo. Al oír aquellas palabras, a Casey se le llenaron los ojos de lágrimas. Seguro que alguien le había hablado de su caída. Probablemente Maddison.

— Sí — aseguró más animada, e hizo un esfuerzo para andar normal, pero su espalda protestó cuando entró en la sala — . Siento que Maddison te haya molestado. Como ves, estoy mejor.

— ¿Sí? — Logan entró en la sala y ella sintió sobre ella su mirada de halcón. Sin esperar ni un segundo, Casey se sentó con cuidado en el borde del sofá — . Maddison no me ha llamado. Ha sido tu madre.

— ¿Mi madre? ¿Pero, cómo...?

Logan se dirigió hacia ella y se quedó de pie al lado del sofá.

— Maddison ha llamado por teléfono a su abuela. Estaba preocupada por ti y parece que a la señora Coleman le ha parecido buena idea que lo hiciera. Después de hablar con tu madre, yo he llamado a la escuela y le he dicho a Maddison que me esperara allí. Después de ir a buscarla, he venido hasta aquí en cuanto he podido, por el problema del tráfico.

— No había necesidad...

Casey se encogió de hombros y se preguntó por qué siempre Logan la encontraría tan mal vestida. Bueno, aquella vez él tampoco tenía muy buen aspecto. Estaba despeinado y sin afeitarse. Pero ni siquiera así perdía un ápice de su atractivo.

— ¿No? — preguntó, y para su asombro se sentó a su lado. Los cojines se hundieron bajo su peso e hicieron que el asiento se inclinara de manera peligrosa. Casey se agarró del brazo del sofá para no caer en sus brazos — . ¿Qué te ha pasado?

Casey bajó la mirada, para evitar que viera la debilidad en sus ojos. No estaba en condiciones de enfrentarse a él en ese momento.

— Yo... — nada grave — . Me he caído, eso es todo. No me ha pasado nada. He llamado a la escuela para que Maddison supiera dónde me encontraba.

— ¿Cómo te has caído?

— He tropezado. ¿Dónde está Maddison? Has dicho...

— Te dije que con mi secretaria y así es. Kayleigh es muy buena con los niños. Probablemente, porque ella tuvo tres, más un par de nietos.

— ¿Nietos?

Casey estaba sorprendida y él la miró con ironía.

— Ya sé. Te imaginabas a una atractiva rubia, ¿no? — se echó a reír — . Bueno, es rubia, de cualquier manera, pero tiene cincuenta y seis años y está muy felizmente casada.

— Yo nunca... — se sonrojó. No era capaz de mentir — . Entonces, ¿dónde están? — frunció el ceño — . ¿No estarán en el coche?

— ¡Te imaginas a nuestra hija, dócilmente sentada en el coche, mientras tú y yo hablamos! No. Las he dejado a las dos sanas y salvas en Gloucester. Kayleigh tenía que hacer compras y después iban a ir juntas a tomar el té. Quería hablar contigo sin interrupciones, y ambos sabemos que sería imposible con Maddison aquí.

— ¿Pero, cómo volverán? — se estremeció.

— Deja que Kayleigh se preocupe por eso. Cuando la conozcas, te darás cuenta de que es una mujer muy eficiente.

— Estoy segura. Has sido muy amable al preocuparte...

— No he sido amable en absoluto — dijo con aspereza, y estiró las piernas — . ¡Por Dios, Casey! — buscó sus ojos y la miró frustrado — . ¡Estaba preocupado por ti! Cuando tu madre me ha dicho que Hayes y tú han cortado, me he sentido responsable.

— Mi madre no tenía derecho...

— Sí, claro que tiene derecho — Logan respiraba con dificultad — . Ella sabe lo que siento por ti; que todo lo concerniente a ti me interesa — hizo una pausa — . ¿Qué

pasó? ¿Averiguó que habíamos ido a Wasmeet? ¿O tu jefe le dijo que había ido a buscarte a la tienda? A Mack le gusta hacer esas cosas, ¡viejo bastardo! Bueno, si esperas que te diga que lo siento, no lo haré.

— Allan no sabe nada de nosotros — tembló — . Él... sospecha, pero ya no tengo nada que ver con él.

— Entonces... ¿quieres que hable con él? — le preguntó.

— ¿Qué?

— He dicho que si quieres que hable con él — Logan estaba tenso — . Lo haré si tú quieres. Le diré que fue culpa mía. Si tiene un ápice de sentido común, te perdonará.

— ¿Y si no quiero que me perdone?

— ¿Qué se supone que debo entender? — preguntó — . Casey, tu madre ha dicho...

— ¿Sí? ¿Qué te ha dicho mi madre? ¿Qué fui a buscarte al hotel?

— No. ¿Qué hotel?

Casey se enderezó y sintió una punzada en la espalda, pero no le importó.

— El Richmond, por supuesto, — replicó — , pero tú ya habías vuelto a Londres.

Logan la miró con mucha atención.

— ¿Fuiste al Richmond? — preguntó — , ¿Cuándo?

— El mismo día que te fuiste.

— ¿Para qué?

— ¿Por qué te fuiste? — preguntó, en lugar de responder.

— Tú sabes por qué — dijo con aspereza — . No es mucho lo que un hombre puede soportar sin perder su dignidad y la razón. Cuando salí de aquí, no quería volver a verte. Entre tú y yo todo había terminado, aquella vez, definitivamente.

— ¿Entonces, por qué has vuelto?

— Dios, tú lo sabes. Ha bastado que tu madre me insinuara que podrías estar herida para que haya dejado todo. Eso es lo que me pasa contigo, Casey; lo que siempre me ha pasado. Por eso me resultaba tan inconcebible que pudieras... ¡Oh, demonios!

¿Para qué?

Casey titubeó un momento y después puso una mano en la rodilla de Logan. Él se puso tenso y presionó la mano de Casey contra su pierna.

— ¡No!

— ¿Por qué no? — lo miró a los ojos — . ¿No te gusta?

— ¿Es un juego, Casey? — hizo una mueca — ¿Has encontrado una nueva manera de tenerme cautivo? Mira — levantó la mano libre — . Si tienes algo que decir, dilo. No me hagas hacer el ridículo, que yo lo hago con facilidad.

— Oh, Logan — Casey lo miró con expresión de dolor — . ¿No adivinas por qué fui al hotel? ¿No comprendes lo que estoy intentando darte a entender?

— ¿Fue antes o después de que terminaras con Hayes? — exigió, furioso, y con un pequeño grito de horror, Casey apartó la mano.

— Vete — se levantó del sofá y con paso titubeante cruzó la habitación — . ¡Adelante, vete! No quiero volver a verte.

Logan la alcanzó antes de que llegara a la puerta y la agarró de los brazos con fuerza.

— Lo siento — musitó acercándola a él — . Es que te quiero tanto — añadió con un hilo de voz — , y me siento tan herido, que no puedo evitar herirte a ti también.

Al estar tan cerca de Logan, Casey comprendió que no podía seguir luchando contra sus sentimientos. Era su esposo, su destino; el único hombre al que había amado, amaba y amaría. Dejó de resistirse, invadida por una dulce sensualidad. Logan le acarició la cintura antes de deslizar las manos por debajo de la blusa para iniciar una exquisita exploración de sus senos. Después de estrujarlos con suavidad, disfrutando de su tersura, empezó a rozarle los pezones.

De la garganta de Casey, escapó un pequeño grito.

— Casey, pase lo que pase — susurró Logan — , no me dejes otra vez, no podría soportarlo.

— Ni yo — aceptó ella — . Pero déjame contarte lo que sucedió. Quiero que sepas por qué fui al hotel.

— De acuerdo — Logan contuvo su impaciencia y la condujo al sofá.

Aquella vez él se sentó primero y luego tiró de ella con suavidad, para sentarla sobre sus piernas. Ella era consciente de su excitación y le resultaba muy difícil concentrarse en otras cosas cuando tanto lo deseaba.

— Continúa — le pidió él.

— Corté con Allan la noche anterior — confesó — . Tuvimos una pelea, porque no le dejé tocarme.

— ¿Por qué?

— Porque no lo amaba. Porque después de hacer el amor contigo supe que no lo haría con nadie más. Primero quise odiarte, pero después supe que lo que deseaba era que volvieras.

— ¿Estás segura?

— Completamente. Quiero que vuelvas conmigo si... si puedes perdonarme todo el dolor que te he causado.

— ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? — le acarició el pelo.

— El amor que siento por ti. Porque algunas veces es más importante hacerle caso a nuestros sentimientos que a la razón. Me he dado cuenta de que mis celos cegaban mi razón.

— Oh, Casey — la besó con ternura.

— Lo siento — murmuró.

— Lo único que siento es que hayas tardado tanto tiempo en recobrar el juicio — confesó, con voz ronca — . Tú eres mi única razón para vivir, Casey. Tú... y Maddison.

Algún tiempo después, Casey despertó en la cama. Recordaba vagamente que Logan la había llevado en brazos hasta allí y que habían hecho el amor. Recordó el interés de Logan por no lastimar. Al principio, habían hecho el amor con una pasión desesperada, pero después habían construido juntos un mundo de delicadeza y ternura. Al volverse se dio cuenta de que él también estaba despierto. Curiosamente se sintió turbada. Hacía mucho tiempo que Logan no la veía así, desnuda; pero cuando estaba buscando a tientas la sábana, él se lo impidió. La miró con ternura.

— No, déjame mirarte. Sabes que eres preciosa.

— Pero estoy un poco gorda.

— No estás gorda — deslizó las manos hasta su vientre — . No me gustarías de otra manera.

— ¿Habrías vuelto si no me hubiera caído? — preguntó, con voz ronca.

— ¿Tú qué crees? Habría vuelto en cuanto me hubiera enterado de que no ibas a casarte con Hayes.

— Eso espero. ¿Por qué me llevaste a Wasmeet? — preguntó, antes de que su excitación no se lo permitiera — . ¿Pensabas que recordaría el nombre de los Livingston?

— Bueno, lo recordaste, ¿no? ¿No es esa la razón por la que fuiste al hotel?

— No — contestó indignada — . Ya te lo he dicho. Fue porque creía en ti. Ni siquiera pensé en los Livingston, hasta que encontré la fotografía de Kassandra, hace unos días.

— ¿Su fotografía? — frunció el ceño — . No sabía que tuviéramos una.

— Pues la teníamos. Nos la envió cuando respondió a nuestro anuncio, ¿recuerdas? Estaba de pie, afuera de la casa.

— ¿Qué casa? Oh, ¿Wasmeet?

— Sí.

— ¡Dios!, lo había olvidado. ¿Te acordaste entonces? Bueno, ¿y eso supuso alguna diferencia?

— Sólo para mí — repuso con tristeza y le acarició la mejilla — . Estoy segura de que nunca me perdonarás, ¿pero por eso me llevaste a la casa, no?

— Bueno, esa noche quería decirte muchas cosas, pero ya ves lo que ocurrió. Yo no soñaba siquiera en que hiciéramos el amor. Había olvidado que eras una mujer muy sensual.

— Ese no es el adjetivo que a mí se me ocurre.

— Bueno, a mí sí. Ahora dejemos de hablar. Tenemos cosas mejores que hacer. Volvieron a dejarse llevar por el deseo y, después de aquel maravilloso momento, Casey se acordó de Maddison.

— ¿Qué hora es? — preguntó, convencida de que llevaban allí más de dos horas.

— Casi son las seis y media — miró el reloj — , y sí, Kayleigh debe de estar a punto de llegar con Maddison, pero no te preocupes. Le he dado una llave por si necesitaba llevarte al médico.

Casey gritó sofocada.

— ¿Quieres decir que ella puede entrar y...

— Bueno, estamos casados — le recordó Logan en tono guasón — . Y antes de que me preguntes, te diré que tengo dos copias de las llaves. Las hice cuando tu madre estaba aquí.

— Supongo que por sugerencia de ella — movió la cabeza.

— Así es.

— ¡Oh, Logan! — le rodeó el cuello con los brazos — . ¿Qué voy a hacer contigo?

— Volver a aceptarme en tu vida, espero — sugirió con modestia — . No he escrito una

palabra desde que me dijiste que querías el divorcio, y como hablaba en serio acerca de comprar una casa más grande en el distrito, creo que deberías ayudarme a superar este bloqueo mental.

Knox Harbour estaba compuesto por dos puertos, el Waiteta y el Makua. Desde el Puerto Waiteta se dominaba una isla, llamada Rangeto, y Alex le dijo a Casey que no importaba desde qué ángulo se viera, siempre era igual de bella.

La ciudad misma, como Roma, había sido construida sobre siete colinas, aunque en el caso de Knox se trataba de volcanes apagados. A Casey le fascinó. También estaba encantada con su generoso padrastro. A ella, a Logan y a Maddison los hacía sentirse como en casa, y ni siquiera se mostraba un poquito molesto por el llanto de Lewis, el nuevo niño.

El nacimiento de Lewis había sido para Casey uno de los mágicos acontecimientos de su vida. Al contrario de lo que había ocurrido en otras ocasiones, había sido un embarazo fácil y un alumbramiento fácil, también. No obstante, éste había retrasado un poco la visita a su madre y a su hermano James.

En ese momento el niño ya tenía tres meses, y la necesidad de promocionar el último libro de Logan fue una excusa ideal para combinar los negocios con el placer.

Logan salió de la cama aquella fría mañana de abril, para descorrer las cortinas, y luego volvió temblando de frío a la cama. Casey continuó recordando.

Habían tenido placer y un sentimiento de estabilidad que ya nada podía estropear. La vista desde su habitación era espectacular. La casa de Alex estaba construida sobre la ladera que dominaba el puerto y todas las habitaciones tenían una vista espectacular. Iban a echar de menos aquel lugar cuando volvieran a Inglaterra dos días después. Irían primero a Londres y después a la casa que Logan había comprado en Willsdre. Todavía les pertenecía la casa de Norton, pero se la habían alquilado a Mack, desde que el Departamento de Bomberos había insistido en que no podía vivir en el mismo edificio de la tienda durante más tiempo. Nadie sabía quién había informado a las autoridades, pero el señor Webster reía perversamente. siempre que se mencionaba el asunto.

— ¿Te entristece volver a Inglaterra? — preguntó Logan.

— ¿Volver a casa? — preguntó Casey — . No, claro que no. Echaré de menos a mi madre, a Alex, y a James y su familia, pero ellos vendrán a visitarnos este año y sé que Kayleigh está deseando ver al niño. Además, Maddison tiene que volver al colegio — sonrió — , y sé que está deseando hablar a sus amigos de su nuevo hermanito. Recuerda que cambiará de escuela en otoño.

Maddison había aceptado con pragmatismo la llegada del niño. Trataba a su hermano con un aire de orgullo, mezclado con vanidad. Pensaba que el papel que había jugado en lo referente a la reconciliación de sus padres había sido de mucha importancia, y que ella siempre había sabido lo que iba a suceder. Casey había dejado que lo pensara. No le importaba cómo Logan y ella habían salvado la brecha que los separaba. Lo importante era que estaban de nuevo juntos y que ella era más feliz que nunca.

— Mmm — murmuró Logan, evidentemente complacido con su respuesta — . ¿Y qué

pasará contigo? ¿Estarás deseando volver a trabajar en cuanto Lewis tenga edad suficiente para quedarse con una niñera?

— No — replicó.

Sabía que para Logan era más doloroso que para ella recordar la intrusión de Cassandra en sus vidas. Ella le había contado lo que Allan le había dicho de la francesa y Arthur Livingston, y sabía que él todavía estaba algo resentido por el tiempo que habían perdido durante su separación. Pero sólo a veces, y esas ocasiones eran cada vez menos frecuentes. No obstante, ella no tenía intención de hacer nada que volviera a herirlo y, en cualquier caso, cuidar a Lewis absorbía todo su tiempo.

— No me importaría, lo sabes.

Casey, consciente de cuánto le había costado decirlo, se volvió hacia él y lo abrazó.

— A mí me importaría — le aseguró firmemente — , por lo menos en el futuro inmediato. Además, cuando Maddison era pequeña queríamos tener cuatro hijos. ¿Ya hemos abandonado esa ambición? ¿O necesitas pensarlo mejor?

Logan rió entre dientes. No necesitaba pensarlo ni un minuto.

Fin